



“Ser fraternos:
necesidad y
tarea”

†Mons. Eduardo Muñoz Ochoa

“La devoción a la
Virgen María desde la
piedad popular”

† Mons. José
Rafael Palma

“El sacerdote de Cristo
no se pertenece”

P. Roberto
González, L.C.

“La revolución sexual”

P. Fernando Pascual,
L.C.



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS

Estimados hermanos en el sacerdocio de Cristo:

Deseándoles paz y bien en El Señor, presentamos nuestra revista Sacerdos en su edición de julio-septiembre del presente año.

En la dimensión humana, y buscando fomentar y motivar el sentido de hermandad entre nosotros sacerdotes, presentamos precisamente un artículo sobre la necesidad de ser fraternos, lo cual exige y conlleva una tarea. En efecto, esta característica intrínseca al Evangelio que predicamos, y que antes buscamos vivir nosotros mismos, implica un esfuerzo de nuestra parte, como bien sabemos. Pero, al mismo tiempo, en un mundo cuya cultura hodierna nos empuja tanto al individualismo, y, en definitiva, al egoísmo, este rasgo tan propio del cristianismo se torna en un verdadero auxilio, pero el cual requiere un esfuerzo real de nuestra parte.

El apartado de lo estrictamente espiritual, incluimos tres trabajos que abordan diversos aspectos de esta dimensión principal de nuestra vida de presbíteros. El primero afronta la virtud esencial de la fe en su relación con el don del entendimiento, uno de los siete dones del Espíritu Santo que recibimos con el bautismo; el segundo nos recuerda que el sacerdote no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a Dios y, por amor a Dios, a los demás; el último es una explicación de lo que es la dirección espiritual como verdadero ministerio de amor a las almas.

En el rubro de la formación intelectual, sea filosófica como teológica, un escrito sobre Víctor Frankl y la logoterapia, con motivo de los 25 años de su muerte este próximo septiembre, no s puede ayudar, sea a descubrir sea a recordar, la riqueza de esta llamada 'tercera escuela vienesa de logoterapia', sobre todo por ser sí una psicología y una terapia abierta a la trascendencia, y, en definitiva, a Dios; el segundo trabajo es un estudio del verbo "venir a" utilizado por el mismo Jesús en el Evangelio, en diversas formas y tiempos, que hace ver muy bien cómo ése encierra en realidad una invitación a la comunión con Dios mismo.

En el apartado de la pastoral, se ofrecen cuatro artículos: uno sobre la devoción a la Virgen María desde la piedad popular; otro trata sobre el así llamado "eneagrama" y los peligros de fondo que representa esta especie de método pseudocientífico y pseudomístico de autoconocimiento y de supuesta matriz para la clasificación de la personalidad humana para la fe católica y la espiritualidad católica; uno más hace una presentación –sucinta pero bastante completa- de la historia de la así llamada "revolución sexual"; el último de los trabajos es un comentario a un discurso de Benedicto XVI a los presidentes de las Comisiones Episcopales de la Familia de América Latina, el cual refleja el pensamiento profundo y la preocupación constante del Papa Emérito por el tema del matrimonio y la familia, en general y América Latina en particular.

Como tema de actualidad, un breve ensayo sobre lo positivo que ha podido traer consigo la pandemia del Covid-19 nos puede ayudar precisamente a sacar todo el bien posible de esta prueba permitida por la Providencia Divina.

Finalmente, como testimonio ofrecemos un breve escrito sobre esas mujeres católicas

EDITORIAL

que apoyaron de diversas maneras a los cristeros durante la gloriosa gesta de los católicos en pro de la libertad religiosa durante los años de la así denominada “guerra cristera” o, para decirlo con el título de una conocida obra histórica sobre dicho episodio de la historia de México, la “cristiada”. Sirva este artículo como remembranza de esas mujeres valientes.

Que Dios nos conceda la gracia de ser también nosotros testigos fieles del Verdad y anunciadores valientes de su Evangelio, única buena noticia que nos hace libres, como dice el mismo Jesús: “La Verdad les hará libres” (Jn 8,32).

Unidos en oración los unos por los otros, Dios les bendiga.

P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Centro Sacerdotal Logos

ÍNDICE



DIMENSIÓN HUMANA

- "Ser fraternos: necesidad y tarea"** 7
†Mons. Eduardo Muñoz Ochoa



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

- "La virtud de la fe y el don del entendimiento"** 14
P. Ignacio Andereggen

- "El sacerdote de Cristo no se pertenece"** 25
P. Roberto González, L.C.

- "La dirección espiritual para el Maestro Ávila como auténtico 'amoris officium': 'ministerio de amor'"** 31
P. Antonio Rivero, L.C.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

- "Viktor Frankl: antropología y logoterapia"** 40
P. Fernando Pascual, L.C.

- "«Venid a mí» ...» [Mt 11,28] – llamada a la comunión con Dios"** 51
P. Pedro Mendoza Magallón, L.C.



DIMENSIÓN PASTORAL

- "La devoción a la Virgen María desde la piedad popular"** 57
†Mons. José Rafael Palma

- "El eneagrama, La fe católica y la espiritualidad"** 61
†Mons. José Rafael Palma

- "La revolución sexual"** 66
P. Fernando Pascual, L.C.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

ÍNDICE

- "El pensamiento y preocupación de
Benedicto XVI por la familia en América
Latina"** 73
P. Alfonso López Muñoz, L.C.



ACTUALIDAD

- "¿Santa pandemia? Consideraciones"** 88
P. Juan Pablo Ledesma, L.C.



TESTIMONIO

- "Fieles discípulas de Cristo y su maternidad
espiritual"** 102
P. Luis Alfonso Orozco, L.C.

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López / Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo / † Obispo Auxiliar de Xalapa, S.E. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México, †S.E. Mons. Eduardo Muñoz / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara, P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, P.P. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En *Sacerdos* velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



PROGRAMAS NACIONALES
2022



Si lo que buscas es un espacio de silencio, oración y reflexión, estos son tus:

Ejercicios Espirituales para sacerdotes

“Yo los elegí a ustedes no ustedes a mí”

FECHA:
Del 10 al 14 de octubre

Impartidos por:
P. Roberto González, L.C.

Centro de Retiros Santa María de la Cascada en Amecameca

Costo:
\$4,000.00 en habitación individual.

Registro:
13:00 hrs. del lunes

*Llevar Estola, Alba, Liturgia de las horas y Biblia. Los Ejercicios concluyen hasta después de la comida del viernes

Contacto:
Gabriela Sordo

Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales
Mail: logos@caesc.com
Tels. 55 55 20 54 11 / 5585 **Celular** 5517298670
Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.

Síguenos:
Centro Sacerdotal Logos

www.centrologos.org

Contacto:

Gabriela Sordo

Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales

Mail: logos@caesc.com

Tels. 55 55 20 54 11 / 5585

Celular 5517298670

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.

Síguenos:

 **Centro Sacerdotal Logos**

www.centrologos.org



Ser fraternos: necesidad y tarea



† Eduardo Muñoz Ochoa
Obispo auxiliar de Guadalajara

INTRODUCCIÓN

Aunque estamos familiarizados con el término y el significado de "Fraternidad sacerdotal", me gustaría nos dedicáramos a reflexionar sobre ella desde el ángulo terminológico de "**Comunidad fraterna sacerdotal**"; aunque resultaría obvio, alguno preguntará: ¿qué acaso la palabra fraterno no implica ya hablar de dos o más personas, y en este sentido está implícito el aspecto comunitario? Pues, aunque esto parezca así, si me atrevo a proponer el término **comunidad fraterna sacerdotal** es para hacer más evidente la vinculación relacional de comunidad y no sólo la certeza personal de ser fraterno afectivamente o sólo quizás limitada a un grupo exclusivo que descarta la posibilidad de abrirla al resto de la comunidad fraterna. La propuesta de nuestra reflexión va en la línea del Papa Francisco, presentada a los jóvenes en la Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* y en la Carta encíclica *Fratelli tutti*; obviamente, aplicada aquí para nosotros diáconos, presbíteros y obispos:

Frente a un mundo tan lleno de violencia y egoísmo, los jóvenes pueden correr el riesgo de encerrarse en pequeños grupos, y así privarse de los desafíos de la vida en sociedad, de un mundo más amplio, desafiante y necesitado. Sienten que viven el amor fraterno, pero quizás su grupo se convirtió en una mera prolongación de su yo" ¹.



Propongo a los jóvenes ir más allá de los grupos de amigos y construir la «amistad social, buscar el bien común...» ².

El planteamiento pretende, además, recuperar todas las dimensiones formativas y las funciones sacerdotales y presbiterales del concepto de fraternidad, y no una sola parte: el todo es superior a la parte. Es decir, no afirmar que se es fraterno cuando se ha cuidado sólo la dimensión humana y se ha descuidado por otra parte la dimensión espiritual, intelectual y pastoral, además ignorando de vivir en comunidad fraterna las funciones presbiterales de enseñar, santificar y apacentar el rebaño del Señor.

¹ *Christus vivit* 168.

² *Christus vivit* 169.



Haré dos planteamientos sobre la comunidad fraterna:

1. PLANTEAMIENTO ANTROPOLÓGICO

Nos resulta más que evidente el hecho de que no existimos solos, aislados; no nos hemos dado la existencia nosotros mismos; la historia propia y la cultura de la que nos alimentamos con todas sus expresiones no la hemos fabricado nosotros, no es fruto de un solo individuo; detrás de nosotros hay un mundo de relaciones y vínculos humanos. No somos nosotros la única fuente de nuestra propia historia; no es cada uno de nosotros un Rey que vive solo en su planeta (Principito); y aunque así lo fuera, eso no quita el aceptar que la vida que hemos recibido tiene ya relación a otros seres por quien nos ha venido la existencia. La vida cotidiana está marcada, querámoslo o no, por relaciones humanas, afectivas, comerciales e incluso virtuales en este tiempo de avances tecnológicos; éstas son expresión de una relacionalidad buscada en la que se pretende alimentar una pertenencia. Estas evidencias nos hacen ver que, a nivel simplemente antropológico, el hombre no está llamado a vivir solo, encerrado en sí mismo. El hombre por naturaleza está llamado para el otro; su ser verdadero se garantiza en la relación Yo-tú destinado a ser un nosotros, como afirmarían Martín Buber en la línea filosófica personalista

de Emmanuel Mounier, Gabriel Marcel, Emmanuel Levinas, Romano Guardini, entre otros; o en la reflexión teológica de Hans Urs von Balthasar en la teodramática, volumen 2, al tratar sobre la complementariedad del hombre en sus relaciones: hombre-Dios; hombre-mujer; individuo-comunidad; inmanencia-trascendencia.

La fraternidad, la **communio fraterna**, es la tarea a fortalecer hoy en nuestro tiempo –así como lo ha expuesto el Padre Gaspar Hernández Peludo en el reciente Simposio sobre el Sacerdocio en Roma-, pues la comunión es lo que más amenaza el individualismo, por una cultura marcadamente narcisista y autorreferencial.

Si las relaciones humanas, desde el punto de vista antropológico, están llamadas a madurar en la comunidad fraterna, ¿qué sentido tiene ésta desde la dimensión de la fe? ¿Le suma algo al hombre en su dimensión de *homo socialis*?

2. PLANTEAMIENTO DOCTRINAL

Abordado desde la fe y, por lo mismo, mirando a su origen y fuente: Dios.

a) Fraternidad y amistad social:

Dios al crear al hombre a su imagen y semejanza vincula a cada hombre y mujer a una fraternidad, “a un amor que va más allá de las barreras de la geografía y del espacio”³; pues todos tenemos a un mismo Dios como padre. “Dios ha creado todos los seres humanos iguales en los derechos, en los deberes y en la dignidad, y los ha llamado a convivir como hermanos entre ellos”⁴. Con estas palabras el Papa Francisco llama a reflexionar

³ FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti* 1

⁴ FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti* 5



DIMENSIÓN HUMANA

sobre la fraternidad y la amistad social. La fraternidad, podemos decir, implica en su mismo dinamismo otras especificaciones:

- b) Comunión fraterna con todo el pueblo de Dios por el sacerdocio bautismal:

Comunidad fraterna tiene que ver con la expresión latina *fraterna communio*, presente en la muy antigua literatura monástica, y está tomada del nuevo testamento, *hagia koinonia*, que viene a manifestar la comunión santa, la santa participación, presente particularmente en Hechos de los Apóstoles 2,42: “Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión (*koinonia*), a la fracción del pan y a las oraciones”. Los versículos siguientes precisan en qué consiste esta *koinonia*: puesta en común de los bienes, asistencia común al Templo, unidad de espíritu y de corazón, comida en común en medio de la alegría y sencillez de corazón⁵. En esto se pone de manifiesto lo vivencial de la comunión: es una acción que expresa el poner en común lo que se tiene y lo que se recibe. La comunión es un estilo de vida que puede ser vista, valorada, apreciada y evaluada: “gozaban de la estima de todo el pueblo”.

La comunión fraterna como acción de Dios es la



perfección de lo que por naturaleza hemos recibido, según aquello de Santo Tomás: “la Gracia divina no anula, sino que supone y perfecciona la naturaleza humana”. ¿En qué sentido la perfecciona? En el sentido de que nos saca del abandono a nosotros mismos, nos libra de encerrarnos en el egoísmo; nos saca de la exclusión y nos lleva a la comunión; nos hace partícipes de su acción salvífica presente en la comunidad como lugar de caridad, de misericordia, de curación, de paz, de oración, de vida divina, de comunión. Así, entonces, esta *fraterna communio* es una acción de Dios, es Él quien nos congrega. “Nadie puede formar una comunidad ni colaborar en su formación con sus propias fuerzas. Se trata de una iniciativa divina: es el Señor quien construye su Iglesia”⁶. Si el Señor no está en la base de toda esta obra, “si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores” (Sal 126,1).

La fuerza que une y reúne a la Iglesia, y a toda comunidad en su seno, se halla en Dios y se nos revela en Jesucristo. Esta acción de Dios de *comunidad fraterna*, de *Ekklesia*, tiene en nosotros su origen por la gracia sacramental en el bautismo y por el Orden presbiteral.

La fraternidad sacerdotal, considerándola como vivencia relacional en su término amplio y rico, es lo que nos integra no sólo a nosotros sino también a los fieles laicos por el sacerdocio bautismal. “EL Concilio Vaticano II afirma: «el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo de grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo»” (LG 10). No es, desde luego, este el momento para detenernos a profundizar en el *qué* y los *cómo* vivir la comunión fraterna con los fieles laicos, hermanos nuestros: pueblo sacerdotal. Será necesario acudir a las valiosas aportaciones teológicas ofrecidas en el recién concluido Simposio sobre el sacerdocio, tanto el bautismal como el ministerial y su mutua relación. Simposio efectuado en Roma del 17 al 19 de febrero de 2022.

⁵Cf. A. LOUF, ocs; *Vivir en una Comunidad fraterna en Cuadernos Monásticos* 77 (1986) 177-191.

⁶DA. LOUF, ocs; *Vivir en una Comunidad fraterna en Cuadernos Monásticos* 77 (1986) 179.¹



DIMENSIÓN HUMANA



“Si aman sólo a los que los aman, ¿qué hacen de extraordinario? También los pecadores aman a los que los aman. Si hacen el bien a los que les hacen el bien, ¿qué hacen de extraordinario?... Ustedes, en cambio, amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar recompensa. Así tendrán un gran premio y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno hasta con los malos e ingratos” (Lc 6,32-35).

c) Comunión fraterna presbiteral

“Los presbíteros constituidos por la ordenación en el Orden del presbiterado, están unidos todos entre sí por una íntima fraternidad sacramental; pero especialmente, en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el obispo propio, forman un presbiterio... Todos tienden ciertamente a un mismo fin: a la edificación del Cuerpo de Cristo que, sobre todo en nuestros días, exige múltiples trabajos y nuevas adaptaciones. Es de suma trascendencia, por lo tanto, que todos los presbíteros, diocesanos o religiosos, se ayuden mutuamente para ser siempre colaboradores de la verdad. Así, pues, cada uno está unido con los demás miembros de este presbiterio por vínculos especiales de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad” (PO 8).

La Ordenación presbiteral se nos ha sido dada en gracia por otro, y esto ya tiene en su origen un carácter de comunión con Dios, con el obispo, con los hermanos presbíteros y los hermanos fieles laicos por el sacerdocio bautismal.

CARACTERÍSTICAS DE LA COMMUNIO FRATERNA: fe, misericordia y caridad.

Profundizando el texto leído, considero que tenemos que reconocer que la fraternidad nos pide una espiritualidad de comunión que va más allá de los sentimientos, de los estados de ánimo. No son ellos los que definen si hoy somos o no fraternos. La espiritualidad de comunión nos lanza más allá, no nos limita. Puedo no tener ganas, puedo estar indispuesto para ayudar y alimentar, puedo no estar de acuerdo con tales acuerdos; pero si somos Iglesia, si somos comunidad, entonces así procedo.

a) Se edifica sobre la debilidad humana:

“Dios nos ha elegido a causa de nuestra debilidad; y más concretamente a causa de nuestro punto flaco, de nuestra más profunda vulnerabilidad, para curarla con su poder y convertirla en piedra angular... Y esta debilidad fundamental por la que Dios nos ha elegido define también nuestra relación con los hermanos” (A. Louf)

b) Es un lugar de perdón, de corrección fraterna.

c) Es un lugar de curación. Una comunidad cristiana cura, por el hecho de que está fundamentada sobre el perdón.

La fraternidad no es parcial o fragmentada; es integral. Se ha de contemplar no sólo en los eventos de relaciones humanas, sino también en la amplitud según las funciones que nacen por el sacramento del Orden; a saber: en la



función de enseñar, santificar y apacentar el rebaño.

ASPECTOS QUE LA ALIMENTAN Y LASTIMAN

- Que la alimentan: unidad visible, cercanía con Dios (fuente), con el Obispo (por él y en comunión con él participamos del Orden presbiteral), con los hermanos presbíteros y con el pueblo de Dios. Por el sacramento estamos llamados a ser signo visible de unidad y de comunión en medio de la comunidad:

“Guiados por el espíritu fraterno, los presbíteros no olviden la **hospitalidad**, practiquen la beneficencia y la **asistencia mutua**, preocupándose sobre todo de los que están **enfermos, afligidos**, demasiado recargados de trabajos, **aislados**, desterrados de la patria, y de los que se ven perseguidos. **Reúnanse también gustosos y alegres para descansar, pensando en aquellas palabras con que el Señor invitaba, lleno de misericordia, a los apóstoles cansados: “Venid a un lugar desierto, y descansad un poco” (Mc., 6, 31)**. Además, a fin de que los presbíteros encuentren mutua **ayuda en el cultivo de la vida espiritual e intelectual**, puedan cooperar mejor en el ministerio y se libren de los peligros que pueden sobrevenir por

la soledad, foméntese alguna especie de vida común o alguna conexión de vida entre ellos, que puede tomar formas variadas, según las diversas necesidades personales o pastorales; por ejemplo, vida en común, donde sea posible; de **mesa común, o a lo menos de frecuentes y periódicas reuniones**. También han de estimarse grandemente y ser diligentemente promovidas aquellas asociaciones que, con estatutos reconocidos por la competente autoridad eclesiástica, fomenten la santidad de los sacerdotes en el ejercicio del ministerio por medio de una adecuada ordenación de la vida, convenientemente aprobada, y por la fraternal ayuda, y de este modo intentan prestar un servicio a todo el orden de los presbíteros.

Finalmente, por razón de la misma comunión en el sacerdocio, siéntanse los presbíteros especialmente obligados para con aquellos que se encuentran en alguna dificultad; ayúdenles oportunamente como hermanos y aconséjenles discretamente, si es necesario. **Manifiesten siempre caridad fraterna y magnanimidad para con los que fallaron en algo**, pidan por ellos instantemente a Dios y muéstrenseles en realidad como hermanos y amigos”. (PO 8).

Atención a los sacerdotes en crisis.

Tenemos una gran deuda de caridad, de gratitud y de justicia con nuestros sacerdotes ancianos (aunque podemos hablar también de los sacerdotes enfermos, aislados, alejados, etc...). *“¡Qué bien sienta el juicio a las canas, a los ancianos el tener el consejo! ¡Qué bien parece la sabiduría en los viejos, la reflexión y el consejo en los ilustres! Corona de los viejos es la mucha experiencia, su orgullo es el temor del Señor”* (Sab 25, 4-6).

Decía el Papa S. Juan Pablo II: “Invitar a los jóvenes a estar al lado de ellos. Los ancianos pueden daros mucho más de cuanto podáis imaginar... Será cada vez más urgente promover esta cultura de una ancianidad acogida y valorada, no relegada al margen”⁷.

⁷S. Juan Pablo II, *Carta a los ancianos*, 12. 13



- Que la lastima y hieren: individualismo, narcisismo, autorreferencialidad, complicidad. Fraternidad sacerdotal entre párroco y vicario: deseamos que la comunión y relación sean más fraterna en lo que verdaderamente implica el concepto. Limitarla a una comunicación sólo vía un tercero: secretaria, sacristán o whatsapp no es realmente fraterna. Si se ha de tener una comunicación por estas vías, se recomienda ésta sea sólo en vistas a encontrarse lo más pronto posible en lo personal. Privilegiar más la relación y comunicación personal que la virtual.

La tentación de encerrarnos en nosotros mismos.

“Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos”⁸. En la medida de las posibilidades, no dejemos de unirnos a otros: sea con los coetáneos o los contemporáneos, “para tratar de las cosas que son experiencia común, poniéndolo todo bajo la mirada de Dios, el cual nos envuelve con su amor y nos sostiene y conduce con su providencia”⁹.

No a la guerra entre nosotros mismos

“Me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas”¹⁰.

Chesterton, en su obra *La esfera y la cruz*, plantea entre dos de sus personajes un dilema: “debemos matarnos el uno al otro, o convertirnos el uno al otro”.



“Cuan feo es el cinismo de un anciano que perdió el sentido de su testimonio, desprecia a los jóvenes y no comunica una sabiduría de vida”¹¹.

PROMOVERLA Y PROVOCARLA

A tiempo y a destiempo. Si los tiempos, lugares y circunstancias no la facilitan, hay que buscarla y provocarla creativamente. La vida fraterna “debe determinarse de manera que sea para todos una ayuda mutua en el cumplimiento de la propia vocación personal” (c. 602). Por eso hay que promoverla, provocarla.

Estrategias según el carácter y la personalidad de cada uno: ¿Qué es lo que puedes? Eso hazlo, multiplícalo, permite que la comunidad fraterna te lleve más allá de donde estás. Esto es cuestión de fe, y la fe es creativa. Por la fe se han hecho muchas hazañas (Cf. carta a los Hebreos).

- Generacionales
- Decanatos

⁸EG 87.

⁹S. Juan Pablo II, *Carta a los ancianos*, 1.

¹⁰EG 100

¹¹Papa Francisco, *Audiencia general*, miércoles 11 de marzo de 2015.



DIMENSIÓN HUMANA

- Vicarías
- Amistades

DON Y TAREA

En la **fraterna comunio**: “es importante atreverse a mirar de frente las debilidades del grupo y tener la posibilidad de hacerlo, porque ellas son los puntos importantes para su crecimiento espiritual”. En el fondo esto es necesario: observar la reacción que tenemos tanto a nivel personal como a nivel comunidad fraterna presbiteral. El camino del reconocimiento, de la aceptación y de la docilidad para ser sanados por el Señor en la comunidad fraterna será la vía que asegurará seguir experimentando la acción salvadora de Dios para esas debilidades reconocidas. La negación y la cerrazón lo entorpecerán e impedirán. Por eso, para romper un idealismo enfermizo de una comunidad perfecta, “*todos tenemos que vernos decepcionados por nuestra propia comunidad. Tocar y ver nuestras miserias y debilidades es una decepción inevitable, despiadada, pero saludable*” (André Louf).

“*No necesitan médico los sanos sino los enfermos; no he venido a llamar a justos sino a pecadores*” (Mc 2,17). Esta expresión me hace pensar en dos posiciones en las que nos podemos encontrar:

1. Si nosotros nos consideramos sanos y justos, seguramente la consciencia de ser llamados y buscados por Jesucristo ha desaparecido, y manifestamos directa o indirectamente que Él ya no tiene nada que ofrecernos;
2. pero si estamos seguros que el Señor nos sigue llamando es porque sabe que como enfermos y pecadores seguimos necesitando de su curación por su gracia y por la comunidad fraterna bautismal y presbiteral a la que nos ha agregado.

San Pablo escribía a su discípulo Timoteo: “*Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo*”. *Qué alegría experimentar en la fraterna comunio sacerdotal la curación de Cristo Jesús, y poder decir: “el primero de los enfermos y pecadores en ser curado he sido yo”.*

Dios los bendiga y muchas gracias por su caridad fraterna.





La virtud de la fe y el don del entendimiento



P. Ignacio Andereggen

Doctor en Teología Espiritual
Doctor en Filosofía

Entramos en la vida de la Santísima Trinidad de una manera velada, hasta que se nos descubre todo lo que Dios es en su esencia, en su vida interpersonal. Para ello no es suficiente el conocimiento de la razón, sino que se necesita un don, el cual es estrictamente necesario para la salvación. Sin el don de la fe no puede haber salvación, como se dice en la *Carta los Hebreos*: “Sin la fe es imposible agradar a Dios”.¹

Santo Tomás nos ilumina en su *Suma Teológica* acerca de la necesidad de la virtud de la fe para alcanzar la bienaventuranza:

En todo conjunto ordenado de seres vemos que hay dos cosas que concurren a la perfección de la naturaleza: una de ellas, el impulso propio; otra, el que reciben de la naturaleza superior. El agua, por ejemplo, por propio impulso tiende hacia el centro; pero por el impulso que recibe de la luna se mueve alrededor de ese centro con un movimiento de flujo y reflujo. Otro tanto ocurre con las esferas de los planetas: por si mismas se mueven de occidente a oriente; impulsadas por la primera esfera van de oriente a occidente. Pues bien, la naturaleza racional creada es la única entre todos los seres que dice un orden inmediato a Dios, participando de la perfección

divina o en el ser, como los seres inanimados, o también en la vida y el conocimiento de las cosas singulares, como las plantas y los animales. Pero la naturaleza racional, en cuanto conoce la razón universal del bien y del ser, dice un orden inmediato al principio universal del ser. Por lo tanto, la perfección de la naturaleza racional no consiste solamente en lo que le compete por su naturaleza, sino también en lo que recibe por participación sobrenatural de la bondad divina. Por eso hemos dicho en otro lugar que la bienaventuranza última del hombre consiste en la visión sobrenatural de Dios. Pero esa visión sobrenatural no puede conseguirla el hombre si no es tornándose en discípulo que aprende de Dios, su doctor, a tenor de la expresión de San Juan: *Todo el que escucha al Padre y aprende de su enseñanza, viene a mí* (Jn 6, 45). Sin embargo, el hombre no se hace partícipe de esa enseñanza de repente, sino de una manera progresiva, según el modo de su naturaleza. De ahí que la fe es necesaria en todo el que aprende, para así llegar a la perfección de la ciencia, como lo atestigua el Filósofo: *Es necesario que el discípulo crea*. En conclusión, para que el hombre esté en condiciones de llegar a la visión perfecta de la bienaventuranza, debe creer en Dios como el discípulo en el maestro que le enseña.²

¹Hb 11, 6

²Sth II-II, q. 2, a. 3, c.: “In omnibus naturi ordinatis invenitur quod ad perfectionem naturae inferiores duo concurrunt,



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Hay dos capacidades en el hombre: con una se comunica con todo el universo del cual forma parte y, por eso, tiene su perfección natural. Pero, por estar el hombre colocado por encima de todo el universo –puesto más allá de todas las criaturas– tiene una condición especial, según la cual está puesto delante de Dios. Tiene un *más allá*, una sobreabundancia natural, que es como una preparación para un don superior: el don de la gracia. Don por el que se puede directamente contemplar la naturaleza de Dios. Esta contemplación no se alcanza por un solo acto, sino que es necesario un movimiento progresivo. Ese movimiento comienza en la fe.

La fe es el inicio de la bienaventuranza; es el punto de partida que lleva al Cielo. Y, en el Cielo, se tiene la perfección de aquello que está en la fe. Es entonces cuando la fe desaparece.

El hombre, de esta manera, se hace discípulo de Dios, por encima de todas las cosas creadas, de todos los seres del mundo material, pues aunque estos tengan la participación de la vida, del ser, no llegan al conocimiento racional.

Es precisamente por este modo de conocer que el hombre está capacitado para ir *más allá*, lo cual es un don de Dios, puesto que el hombre no lo puede alcanzar

por su propia capacidad natural.

Por eso se dice que el hombre tiene potencia obediencial para conocer a Dios y, por tanto, para recibir el don de la fe. Esa potencia obediencial significa que el hombre está preparado, por su naturaleza, para ser elevado a otro nivel superior.

Esta es la puerta de entrada para todos los dones sobrenaturales. Por tanto, es imposible la salvación sin la fe. Ella nos obliga a creerle a Dios explícitamente lo que Él revela, cuando nos es conocido, como dice la Carta a los Hebreos en el mismo pasaje citado al principio: “El que se acerca a Dios, ha de creer que existe y que recompensa a los que lo buscan”.³



unum quidem quod est secundum proprium motum; aliud autem quod est secundum motum superioris nature. Sicut aqua secundum motum proprium movetur ad centrum, secundum autem motum lunae movetur circa centrum secundum fluxum et refluxum, similiter etiam orbis planetarum moventur propriis motibus ab occidente in orientem, motu autem primi orbis ab oriente in occidentem. Sola utem natura rationalis creata habet immediatum ordinem ad Deum. Quia ceterae creaturae non attingunt ad aliquid universale, sed solum ad aliquid particulare, participantem divinam bonitatem vel in essendo tantum, sicut inanimata, vel etiam in vivendo et cognoscendo singularia, sicut plantae et animalia, natura utem rationalis, in quantum cognoscit universalem boni et entis rationem, habet immediatum ordinem ad universale essendi principium. Perfectio ergo rationalis creaturae non solum consistit in eo quod ei competit secundum suam naturam, sed etiam in eo quod ei attribuitur ex quadam supernaturali participatione divinae bonitatis. Unde et supra dictum est quod ultima beatitudo hominis consistit in quadam supernaturali. Dei visione. Ad quam quidem visionem homo pertingere non potest nisi per modum addiscentis a deo doctore, secundum illud Ioan. VI, omnis qui audit a patre et didicit venit ad me. Huius autem discipliniae fit homo pariticeps non statim, sed successive, secundum modum suae naturae. Omnis autem talis addiscens oportet quod credat, ad hoc quod ad perfectam scientiam perveniat, sicut etiam philosophus dicit quod oportet addiscentem credere. Unde ad hoc quod homo perveniat ad perfectam sisionem beatitudinis praeexigitur quod credat Deo tanquam discipulus magistro docenti.”
3 Hb 11, 6.



Los preceptos de la Ley que está obligado a observar el hombre versan sobre los actos de las virtudes, que son el camino para llegar a la salvación. Las virtudes son como *medios* que tenemos para unirnos con Cristo, el cual es centro de todas las virtudes.

Cuando Santo Tomás explica las virtudes, en la segunda parte de la *Suma Teológica*, nos dice que todas confluyen en Cristo. En la tercera parte se dice que esa es la culminación de toda la actividad teológica, siendo especialmente la perfección de la vida moral, es decir, de la vida de las virtudes. Luego, todas estas tienen por centro y objetivo a Jesucristo, a su vida, que es la fuente y objeto de las virtudes perfectas en el hombre: la fe, la esperanza y la caridad.

Por tanto, Cristo es el principal Doctor de la fe –nos enseña lo que tenemos que creer–, y es, a la vez, fuente de la misma, pues, como Verbo de Dios, nos la infunde interiormente. Es el Maestro interior, pero es además objeto de la fe, porque con ella nosotros creemos en Cristo.



El objeto propio de la fe es aquello que hace al hombre bienaventurado. Le pertenece, en cambio, de manera accidental y secundaria todo aquello que está en la Escritura y que es Tradición divina. Es decir, con la fe creemos directamente en la Persona de Cristo –centro de la Escritura– y en la Santísima Trinidad, que es revelada en Jesucristo. Alrededor de este centro hay otras verdades: la del Cielo o vida eterna, la de la gracia, la de las virtudes que Dios nos da y la de la misma fe. Para salvarse es necesario creer explícitamente en el misterio de Jesucristo.

San Agustín afirma en el libro *Acerca de la corrupción y la gracia*: *Es fe recta aquella por la que creemos que ningún hombre, grande o pequeño, es liberado de la infección de la muerte y de la esclavitud del pecado si no es por el único mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo.*⁴

Esto mismo es lo que nos dice la Sagrada Escritura en los Hechos de los Apóstoles, cuando en el discurso de Pedro se dice que “no hay otro nombre bajo el cielo por el cual nosotros podemos obtener la salvación.”⁵ En efecto, solamente por Jesucristo es posible obtener la salvación.

Todo el organismo de las virtudes tiene su inicio en la fe. Sin ella no es posible tener la caridad ni la esperanza, como así tampoco las otras virtudes infusas: justicia, prudencia, fortaleza y templanza. Por otro lado, sin la fe tampoco es posible –de manera completa, armoniosa, equilibrada– tener las virtudes humanas, es decir, la justicia, fortaleza, prudencia, templanza, y todas sus muchas partes, en cuanto adquiridas por el esfuerzo humano. Esto es así porque la naturaleza humana está de tal manera deteriorada por el pecado, que sin la gracia

⁴Sth II-II, q. 2, a. 7, sc.: “Agustinus dicit, in libro de cor. Et gratia, illa fides sana est qua credimus nullum hominem, sive maioris sive parvae aetatis, liberari a contagio mortis et obligatione peccati nisi per unum mediatorem Dei et hominum Jesum Christum”.

⁵Hch 4, 12



no puede cumplir su bien humano. Es decir, ejercitar las virtudes que la habilitan para las obras buenas. No puede ejercitar las virtudes sin la gracia, y no puede haber gracia sin fe. No puede haber fe sin creer explícitamente en el misterio de Cristo, según nos enseña Santo Tomás:

Pertenece al objeto propio y principal de la fe aquello por lo que consigue el hombre la bienaventuranza. Ahora bien, el camino por el que llega el hombre a la bienaventuranza es el misterio de la encarnación y pasión de Cristo, según este testimonio: *No hay en el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos* (Hch 4, 12). Luego en todo tiempo fue necesario que el misterio de la encarnación de Cristo fuera de alguna manera conocido por todos los hombres. Pero esta fe ha revestido modalidades distintas según la diversidad de tiempo y de persona. Antes del pecado tuvo el hombre fe explícita en la encarnación de Cristo en cuanto que iba ordenada a la consumación de la gloria, mas no en cuanto ordenada a la liberación del pecado por la pasión y la resurrección, pues el hombre no podía conocer con antelación su futura caída en el pecado.⁶

Adán y Eva, antes de la caída en el pecado original, tenían fe en Cristo. Por eso dice el Doctor Angélico que su matrimonio también era una unión en vista de Cristo, así como el matrimonio por la institución del sacramento por parte de Cristo significa la unión entre el mismo Cristo y la Iglesia. Ellos, ya desde el principio de la creación, prefiguraban, sin saberlo, esa



unión entre Cristo y la Iglesia. Más aún: creían en Cristo.

En todo tiempo fue necesario creer en el misterio de la encarnación. Sin creer en este misterio no es posible la salvación.

Parece, sin embargo, que tuvo presciencia de la encarnación de Cristo por las palabras que dijo: *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se adherirá a su mujer y vendrán a ser los dos una sola carne* (Gn 2, 24), palabras que comenta el Apóstol: *Gran misterio es este, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia* (Ef 5, 32). Y no es creíble que este misterio fuera ignorado por el primer hombre.⁷

Ese primer hombre era aquel que preparaba, en el plan de Dios, la venida de Cristo. Era el que prefiguraba a Cristo; era el primer Cristo, según las

⁶*Sth II-II, q. 2, a. 7, c.*: "Illud proprie et per se pertinet ad obiectum fidei per quod homo beatitudinem consequitur. Via autem hominibus veniendi ad beatitudinem est mysterium incarnationis et passionis Christi, dicitur enim Act. IV, non est aliud nomen datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri. Et ideo mysterium incarnationis Christi aliquo modo oportuit omni tempore esse creditum apud omnes, diversimode tamen secundum diversitatem temporum et personarum. Nam ante atatum peccati homo habuit explicitam fidem de Christi incarnatione secundum quod ordinabatur ad consummationem gloriae, non autem secundum quod ordinabatur ad liberationem a peccato per passionem et resurrectionem, quia homo non fuit praescius peccati future".

⁷*Ibidem*: "Videtur autem incarnationis Christi praescius fuisse per hoc quod dixit, propter hoc relinquet homo patrem et matrem et adhaerebit uxori suae, ut habetur Gn. II: et hoc apostolus, ad Ephes. V, dicit sacramentum magnum esse in Christo et ecclesia: quod quidem sacramentum non est credibile primum hominem ignorasse".



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



palabras de San Pablo.⁸ Por eso su misión era tan elevada no sólo en el orden natural como cabeza de toda la humanidad, sino también en el orden sobrenatural. Adán era verdaderamente cabeza de la humanidad y, por lo mismo, creía de alguna manera en Cristo. Lo que no sabía era que Cristo vendría por su pecado.

Pero después del pecado fue creído explícitamente el misterio de Cristo no sólo en cuanto a la encarnación, sino también en cuanto a la pasión y a la resurrección, por las cuales es liberado el género humano del pecado y de la muerte. De otra suerte no se hubiera podido prefigurar la pasión de Cristo en ciertos sacrificios tanto antes como bajo la Ley. Estos sacrificios tenían, ciertamente, un significado conocido explícitamente por los mayores; los menores, en cambio conocían algo bajo el velo de tales sacrificios, creyendo que habían sido dispuestos

divinamente en orden a Cristo que había de venir. Y así, como ya hemos expuesto, las cosas que se refieren al misterio de Cristo las conocieron de una manera tanto más clara cuando más cercanos estuvieron a Cristo.⁹

De esta manera, los que se salvaban en el Antiguo Testamento lo hacían de la misma manera que en el Nuevo: por la fe en Jesucristo y por la Revelación que Dios les había dado –de manera velada– del mismo.

La salvación de Adán estaba también prevista por Dios respecto de la fe en Jesucristo. Por eso antes del pecado había fe.

Más en el tiempo de la gracia revelada mayores y menores están obligados a tener fe explícita en los misterios celebrados solemnemente en la Iglesia y que se proponen en público, como son los artículos de la encarnación de que hablamos en otro lugar. En cuanto a otras consideraciones sutiles sobre artículos de la fe, hay quienes están obligados a creer de manera más o menos explícita, según el estado y oficio de cada cual.¹⁰

La fe tiene exigencias distintas según las condiciones de las personas. En la Ley Nueva, la ley de la gracia, estamos todos obligados a creer de una manera explícita en Jesucristo, en la medida en que su misterio nos es predicado por la Iglesia en la celebración de los sacramentos. Cada uno está obligado a creer más o menos según lo que conoce de ese misterio, es decir,

⁸Cf. Rm 5,14.

⁹*Sth* II-II, q. 2, a. 7, c.: "Post peccatum autem fuit explicite creditum mysterium Christi non solum quantum ad incarnationem, sed etiam quantum ad passionem et resurrectionem, quibus humanum genus a peccato et morte liberatur. Aliter enim non praefigurassent Christi passionem quibusdam sacrificiis et ante legem et sub lege. Quorum quidem sacrificiorum significatum explicite maiores cognoscebant, minores autem sub velamine illorum sacrificiorum, credentes ea divinitus esse disposita de Christo venturo, quodammodo habebant velatam cognitionem. Et sicut supra dictum est, ea quae ad mysteria Christi pertinent tanto distinctius cognoverunt quanto Christo propinquiores fuerunt."

¹⁰*Ibidem*: "Post tempus autem gratiae revelatae tam maiores quam minores tenentur habere fidem explicitam de mysteriis Christi; praecipue quantum ad ea quae communiter in Ecclesia solemnizantur et publice proponuntur, sicut sunt articuli incarnationis, de quibus supra dictum est. Alias autem subtiles considerationes circa incarnationis articulos tenentur aliqui magis vel minus explicite credere secundum quod convenit statui et officio uniuscuiusque".



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

según aquello que le llega por su estado de vida, su oficio, su responsabilidad, su estudio o su vida religiosa. Cada uno tiene una relación personal, en la virtud de la fe, con Cristo, pues cada uno configura la virtud de la fe según la relación en la cual está establecido por Dios con el mismo Jesucristo.

Todos tenemos que buscar la verdad: es la obligación primera del hombre por el hecho de ser racional. La primera verdad que debemos buscar es la verdad de la fe, lo cual quiere decir que tenemos que conocer a fondo los misterios de Cristo, según la condición de nuestro propio estado y de nuestros propios dones.

Santo Tomás comenta cómo la misericordia de Dios incluso puede haber llegado mucho más allá del pueblo de Israel:

Muchos gentiles tuvieron Revelación de Cristo



como consta por las cosas que predijeron sobre él. Así, en Job se dice: *Bien sé yo que mi defensor está vivo* (Job 19, 25). Asimismo, la Sibila, según el testimonio de San Agustín, predijo algo sobre Cristo. La historia de los romanos nos refiere también que, en tiempo de Constantino Auguste y de Irene, su madre, se encontró un sepulcro sobre el que yacía un hombre que tenía en el pecho una lámina de oro con esta inscripción: *Cristo nacerá de una virgen y creo en Él. ¡Oh sol! En tiempo de Constantino y de Irene me verás de nuevo*. Si ha habido quienes se hayan salvado sin recibir ninguna revelación, no lo han sido sin la fe en el Mediador. Pues aunque no tuvieran fe explícita, la tuvieron implícita en la divina Providencia, creyendo que Dios es liberador de los hombres según su beneplácito y conforme Él mismo lo hubiere revelado a algunos concedores de la verdad, a tenor de las palabras de Job: *Nos instruye más que a las bestias de la tierra* (Job 35, 11).¹¹

Todos los hombres estamos ordenados a Cristo, abarcados en la mirada de Dios, que es salvadora de la humanidad. Sin embargo, para obtener la salvación es necesaria para todos la fe, y la única fe es la fe en la encarnación del Verbo de Dios. Esa fe obliga a cada uno de manera diferente, a Adán de un modo, a los del Antiguo Testamento de otro, y, sobre todo, a nosotros a partir del Nuevo Testamento conforme al estado de cada uno.

El misterio de la salvación llega más allá de los confines de la Revelación hecha en la Iglesia visible. Por eso dice Santo Tomás que en el Antiguo Testamento algunos gentiles recibieron la Revelación de Cristo; se

¹¹*Sth II-II, q. 2, a. 7, ad 3: "Multis gentiliū facta fuit revelatio de Christo, ut patet per ea quae praedixerunt. Nam Job XIX dicitur, scio quod redemptor meus vivit. Sibylla etiam praenuntiavit quaedam de Christo, ut Augustinus dicit. Invenitur etiam in historiis Romanorum quod tempore Constantini Augustinus et Irenae matris eius inventum fuit quoddam sepulcrum in quo iacebat homo auream laminam habens in pectore in qua scriptum erat, Christus nascetur ex virgine et credo in eum. O sol, sub Irenae et Constantini temporibus iterum me videbis. Si qui tamen salvati fuerunt quibus revelatio non fuit facta, non fuerunt salvati absque fide mediatoris. Quia etsi non haberunt fidem explicitam, habuerunt tamen fidem implicitam in divina providentia, credentes Deum esse liberatorem hominum secundum modos sibi placitos et secundum quod aliquibus veritatem cognoscentibus ipse revelasset, secundum illud Job XXXV, qui docet nos super iumenta terrea."*



salvaron –si así fue– por la Revelación de Jesucristo. En efecto, Dios les reveló al mismo Jesucristo, aunque de manera distinta que a nosotros. Más aún, “si ha habido algunos que se salvaron sin recibir ninguna revelación, no se salvaron sin la fe en el Mediador”. En otras palabras, también esos tenían que tener fe sobrenatural en Jesucristo. Estaba implícita en la fe que tuvieron en la Divina Providencia, creyendo que Dios es liberador de los hombres, según su beneplácito y conforme Él mismo lo hubiera revelado a algunos conocedores de la verdad. Esa fe implícita implica, por una parte, un movimiento del alma de adhesión a Dios: por la otra, implica no poner obstáculos, impedimentos o límites a la acción de Dios.



No se puede creer explícitamente en el misterio de Cristo sin la fe en la Trinidad. El misterio de Cristo, efectivamente, incluye que el Hijo de Dios asumió nuestra carne, que renovó al mundo por la gracia del Espíritu Santo, y también fue concebido del Espíritu Santo. Por eso, del mismo modo que, antes de Cristo, el misterio de Él fue creído explícitamente por los mayores, y, por los menores, de manera implícita y como entre sombras, así también el misterio de la Trinidad. Por consiguiente, en el tiempo subsiguiente a la divulgación de la gracia están todos obligados a creer explícitamente el misterio de la Trinidad. Y cuantos renacen en Cristo lo consiguen por la invocación de la Trinidad, según consta en San Mateo: *Id, pues, y hacer discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mat 28, 19).¹²

La fe necesaria para la salvación es la fe trinitaria. Y si algunos se salvaron antes de Cristo sin haber recibido el mensaje del Evangelio, eso no fue sin la fe en Cristo y, por tanto, sin la fe en la Santísima Trinidad.

Lo mismo ocurre para aquellos que no han recibido explícitamente la Revelación de Dios. Revelación de su vida íntima en el Evangelio. Es necesario de cualquier modo, si algunos se salvan en esa condición, que crean en Cristo y, por lo tanto, en la Santísima Trinidad.

Crear en Ella no es simplemente creer en la bondad de Dios: es algo mucho más profundo. Implica una elevación, una renovación de la inteligencia, del espíritu, que no se puede dar sin una gracia, y esa gracia es la gracia de la virtud de la fe.

La bondad soberana de Dios, conocida, como ahora, por los efectos, puede ser conocida también sin la Trinidad de personas. Pero conocido Dios en sí mismo, tal como lo ven los bienaventurados, no puede entenderse sin la Trinidad de personas. Por eso, la misión misma de las divinas Personas nos encaminan hacia la bienaventuranza.¹³

El hecho de llegar al Cielo es ya parte de la vida

¹²*Sth II-II, q. 2, a. 8, c.: “Mysterium Christi explicite credi non potest sine fide Trinitatis, quia in misterio Christi hoc continetur quod filius Dei carnem assumpserit, quod per gratiam spiritus sancti mundum renovaverit, et iterum quod de Spiritu Sancto conceptus fuerit. Et ideo eo modo quo mysterium Christi ante Christum fuit quidem explicite creditum a maioribus, implicite autem et quasi obunbrate a minoribus ita etiam et mysterium Trinitatis. Et ideo etiam post tempus gratiae divulgatae tenentur omnes ad explicite credendum mysterium Trinitatis. Et omnes qui renascuntur in Christo hoc adipiscuntur per invocationem Trinitatis, secundum illud Matth. Ult., euntes, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti”.*



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

trinitaria. Y el mismo camino que conduce al Cielo es, misteriosa e inicialmente, parte de la vida trinitaria. Es parte, porque ese camino consiste en creer en Jesucristo. Pero creer en Jesucristo significa también creer en el Espíritu Santo.

Tampoco se puede creer en el Hijo ni en el Espíritu Santo sin creer en el Padre que los ha enviado, y, por lo tanto, sin creer en la relación del Hijo con el Padre, del Padre con el Hijo y del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo.

Ese conocimiento es el que comienza –imperfecta y misteriosamente– en la fe. Por eso la fe sobrenatural, según la condición en que cada uno recibe la Revelación, según el estado –que incluye una obligación, mayor o menor, de encontrar y conocer aquello que está en la Revelación–, es camino para la salvación. Principio del camino que termina, como fin, en la bienaventuranza, que es el estado en que nos abrimos explícita, definitiva y totalmente a la vida de la Santísima Trinidad, vida que había comenzado muy humildemente en nuestra inteligencia, cuando ella se abrió al misterio de Dios, creyendo por virtud de la fe. Cuando comenzó a ir *más allá* de sí misma, más allá del orden natural y de la condición del hombre en este mundo, para obedecer a Dios, abriéndose al orden sobrenatural. Como enseña el Concilio Vaticano II, la fe es la obediencia a Dios que revela.¹⁴

Santo Tomás continúa en esta segunda parte de la Suma Teológica diciendo que el hombre, por su colocación en el conjunto de los seres del universo, está preparado para obedecer a Dios de esta manera. Es que, por su razón, tiene algo más que todos los otros seres del universo. Por esa razón puede abrirse a Dios que, a su vez, lo trata de una manera especial –le revela su vida– para que llegue a Él.

La virtud de la fe se completa, intrínsecamente, con la confesión de la fe. En efecto, es necesaria la confesión de la fe para la salvación. No puede haber fe cuando esta permanece escondida, no es manifestada ni se da testimonio de ella:

Lo necesario para la salvación cae bajo precepto de la ley divina. Pues bien, como la confesión de fe es algo afirmativo, no puede menos de caer bajo un precepto afirmativo. De ahí que haya que considerarla entre las cosas necesarias para la salvación, de la misma manera que puede caer bajo precepto positivo de la ley divina. Ahora bien, los preceptos positivos, hemos expuesto, obligan siempre, aunque no en todo momento. Es decir, obligan en su lugar, tiempo y demás circunstancias que limitan el acto humano para ser virtuoso. En consecuencia, para salvarse no es necesario confesar la fe ni siempre ni en todo lugar, sino en lugares y tiempos determinados, es decir, cuando por omisión de la fe se sustrajera el honor debido a Dios o la utilidad que se debe prestar al prójimo; por ejemplo, si uno, interrogado sobre su fe, callase y de ello se dedujera o que no tiene fe o que no es verdadera;



¹³*Sth II-II*, q. 2, a. 8, ad 3: "Summa bonitas Dei secundum modum quo nunc intelligitur per effectus, potest intelligi absque trinitate personarum. Sed secundum quo intelligitur in seipso, prout videtur a beatis, non potest intelligi sine trinitate personarum. Et iterum ipsa missio personarum divinarum perducit nos in beatitudinem".

¹⁴Cf. *Dei Verbum*, 5.



o que otros, por su silencio, se alejaran de ella. En casos como estos la confesión de fe es necesaria para la salvación.¹⁵

La Sagrada Escritura misma nos dice que la fe tiende a manifestarse porque es principio de salvación, no solamente de un hombre sino de todos ellos, sin exclusión, porque todos estamos ordenados a la salvación en el misterio y en la Persona de Cristo, como hemos visto antes. Por eso decía San Pablo: "Con el corazón se cree para la justicia y con la boca se confiesa para la salvación."¹⁶ Es decir, hay que creer con el corazón, con la inteligencia y con la voluntad, pero también hay que manifestar con la boca lo que se cree.

La vida humana, en su condición concreta, en su relación con los demás, tiene que estar determinada, signada por la virtud de la fe. La vida cristiana es vida de fe. Sin ella permeando todas las actividades humanas no hay vida cristiana.



No obstante, el precepto de confesar la fe no obliga siempre de la misma manera ni en todas las circunstancias. Es semejante a la diversidad según la cual estamos obligados a creer lo que se contiene en la Revelación. Es decir que cada uno está obligado a creer según la función que tiene. Luego, hay verdades de la fe que un teólogo está obligado a conocer de una manera distinta a la de un simple fiel. De la misma forma, hay circunstancias en las que estamos obligados a confesar la fe, según la obligación que tiene cada uno en conocer y aceptar la Revelación de maneras distintas, dado que es un precepto positivo.

Los preceptos positivos no obligan siempre de la misma manera, como veíamos, sino que obligan según el lugar, el tiempo y las circunstancias. En cambio, los preceptos negativos obligan siempre y para siempre de la misma manera.

La virtud de la fe es tal que con ella se creen todos los misterios juntos. No es posible creer en una verdad de la fe sin creer en las otras. Las verdades de fe, en efecto, están conectadas entre sí. Si se pierde la fe en una verdad se pierde, en realidad, la fe en todas las verdades. De esta manera, la persona comienza a creer solamente por el hecho de que elige qué es lo que hay que creer, es decir, "le parece bien" un artículo de fe y deja de lado otro. Por tanto, es necesario creer en todas las verdades conectadas entre sí, esto es, creer íntegramente en todos los artículos de fe.

¹⁵Sth II-II, q. 3, a. 2, c.: "Ea quae sunt necessaria ad salutem cadunt sub praeceptis divinae legis. Confessio autem fidei, cum sit quoddam affirmativum, non potest cadere nisi sub praecepto affirmativo. Unde eo modo est de necessariis ad salutem quo modo potest cadere sub praecepto affirmativo divinae legis. Praecepta autem affirmativa, ut supra dictum est, non obligant ad Semper, etsi Semper obligent, obligant autem pro loco et tempore et secundum alias circumstantias debitas secundum quas oportet actum humanum limitari ad hoc quod sit actus virtutis. Sic igitur confiteri fidem non Semper neque in quolibet loco est de necessitate salutis, sed aliquo loco et tempore, quando scilicet per omissionem huius confessionis subtraheretur honor debitus Deo, vel etiam utilitas proximis impendenda; puta si aliquis interrogatus de fide taceret, et ex hoc crederentur vel quod non haberet fidem vel quod fides non esset vera, vel alii per eius taciturnitatem averterentur a fide. In huiusmodi enim casibus confessio fidei est de necessitate salutis."

¹⁶Rm 10, 10



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

La herejía consiste en esto mismo: la separación de un artículo de la fe de los otros. Por la herejía la persona que se separa de la verdadera fe elige lo que hay que creer: cree en una verdad y des cree de las otras verdades. La verdadera fe implica aceptarlo todo, incluso aquello que puede parecerse contrario a la razón. Porque lo que parece contrario a la misma, sólo en apariencia lo es, es decir, lo parece por la deficiencia de la inteligencia humana. Siempre es necesario creer que lo que uno no entiende de las verdades de fe, justamente no lo comprende por su propio defecto, y no por deficiencia de las verdades de la fe.

La virtud de la fe está acompañada de un don del Espíritu Santo que la perfecciona, a saber, del don de entendimiento. Por el don de entendimiento el Espíritu Santo mueve nuestra inteligencia para penetrar profundamente en esas verdades de fe para poder, de esa manera, entenderlas de una manera superior, de una manera divina, manera que no es la visión beatífica, sino que es preparación para esa visión que se nos da en la vida eterna.

Sucede que la luz natural de nuestro entendimiento es limitada, y sólo puede penetrar hasta unos niveles determinados. Por lo tanto, necesita el hombre una luz sobrenatural que le haga llegar al conocimiento de cosas que no es capaz de conocer por su luz natural. A esa luz sobrenatural otorgada al hombre la llamamos don de entendimiento.

El don de entendimiento es aquel que actúa especialmente cuando comienza la vida contemplativa en el sentido más propio. La vida de la fe, por sí misma, es ya inicio de la vida contemplativa. Pero ella, al principio, se ejercita de una manera imperfecta, de una manera tal que el hombre está tentado de no creer, pues hay veces que le parece que lo que cree es irracional, y el hombre no puede ir contra su propia razón, contra su propia naturaleza.



Para no desesperar es necesario que la inteligencia humana sea elevada por el don del Espíritu Santo, el cual hace entender más allá de lo que la razón natural puede entender.

Con el don del Espíritu Santo empezamos a entender lo que creemos. No, ciertamente, al objeto de la fe, es decir, a Dios, pero sí comenzamos a entender lo que Dios ha revelado y todo aquello necesario para aceptar esa Revelación. Comenzamos a entender, también, las verdades humanas, es decir, las verdades filosóficas necesarias para captar lo revelado, de manera tal que el entendimiento no se revele contra Dios.

Muchos filósofos en la historia de la humanidad han llegado a este punto. Es decir, a tener fe y, al mismo tiempo, usar la razón. Sin embargo, al estar tan adheridos a la propia razón, finalmente perdieron la fe. Por el hecho de parecerles que lo que está revelado por Dios es, en cierta manera, absurdo –o más allá de la comprensión humana–, han abandonado la fe. Otros no lo han hecho, pero sí han dejado de vivir según todas las consecuencias de la fe, volviéndose a una vida meramente naturalista, vivida solamente al nivel de la razón natural, del sentido común, de la prudencia humana, de lo que la propia inteligencia puede entender.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

En cambio, el conjunto de nuestra vida sobrenatural como camino hacia la vida de la Santísima Trinidad es vida de fe. Toda entera tiene que estar permeada por esta virtud teologal, y toda entera debe mantener ese carácter misterioso y sobrenatural. De otra manera, nos convertimos en pequeños herejes sin apenas darnos cuenta. Así, empezamos a vivir eligiendo algunos misterios de la fe y dejando de lado otros. Es decir, que es necesario para la salvación creer en todos los misterios de la fe; y no sólo lo es para la salvación, sino también para crecer en la vida espiritual. El crecimiento en ella está necesariamente acompañado por el crecimiento en la virtud de la fe. Ciertamente, cuanto más amor se tiene a Dios tanta más fe se tiene; y, por tanto, cuanto más fe se tiene, tanto más se penetra y se conoce la Revelación divina.

Es imposible amar a Dios, que es nuestro bien, sin creerle; como así también es imposible creerle sin atender profundamente a lo que Dios ha revelado. Para poder ir más allá de nuestra razón –limitada, engegucida, deformada por las consecuencias del pecado– Dios nos da, junto con la gracia y con la fe –cuando se va avanzando en el camino de la perfección–, el don del entendimiento para que, así, tengamos luz; para que podamos propiamente contemplar con este don del Espíritu Santo.

Por eso es necesario ir más allá del modo natural de usar la razón humana, es decir, de lo que nos parece bien o razonable en lo que recibimos como Revelación. Es necesario ir más allá de lo que entendemos en el Evangelio, más allá de lo que captamos con nuestro sentido común y con nuestros razonamientos. Es necesario penetrar con una luz propiamente sobrenatural.

Por el don del entendimiento del Espíritu Santo no solamente captamos las verdades que se refieren a Dios, sino también el modo de ir a Dios. Por eso este don tiene un aspecto contemplativo y otro práctico: “Principio del

saber es el temor de Yahvé. Muy cuerdos son todos los que lo practican”¹⁷. El don del entendimiento conlleva un aspecto práctico dado que no versa solamente sobre las cosas que de forma directa y principal incumben a la fe, sino también sobre todo lo que está ordenado a ella.

Las acciones humanas tienen alguna relación con la fe, como ya dijimos. Toda la vida entera, concreta, en todas sus elecciones, guarda relación con la fe, pues, como dice San Pablo, “la fe actúa por la caridad”¹⁸.

¹⁷Sal 111, 10.

¹⁸Gal 5, 6.



El sacerdote de Cristo *no se pertenece*



P. Roberto González Alonso, L.C.
Doctor en Teología Moral y Bioética
Licenciado en Filosofía y en Teología Dogmática

"No se pertenecen" (1Cor 6,19)

El Apóstol San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto les dice: *El Espíritu Santo, que han recibido de Dios, habita en ustedes, y, por lo mismo, ustedes son templos de Dios, no se pertenecen* (1Cor 6,19). La conclusión del Apóstol: *no se pertenecen*, es para todos nosotros muy de meditar. Todo cristiano en el mundo, por la presencia del Espíritu Santo, recibido en el Bautismo, se convierte en santuario de Dios, es propiedad santa de Dios; ese santo Sacramento lo ha hecho pasar a la esfera de Dios, *no se pertenece*. Si esto es verdad de todo bautizado, con mayor razón lo es de todo sacerdote, gracias al Sacramento del Orden: *no se pertenece*. De hecho, Cristo mismo se presenta como el templo supremo y definitivo de Dios: *Destruyan este templo y yo lo levantaré en tres días...* Y el Evangelista san Juan comenta: *Él hablaba del templo de su cuerpo* (Jn 2,19 y 21). Nosotros sacerdotes, que por la ordenación somos presencia sacramental de Cristo sacerdote para todo el Pueblo de Dios, somos en nombre de nuestro Señor Jesucristo templos de Dios, *no nos pertenecemos*.

Hagamos algunas consideraciones a este propósito para darnos cuenta de la profundidad teológica de este dato sacramental: *no te perteneces*.

1. Lo sacramental y lo voluntario de mi transformación sacerdotal

Veamos, ante todo lo sacramental y lo voluntario de nuestra ordenación sacerdotal. El Sacramento del Orden, transforma un bautizado-confirmado en otro Cristo. En esta transformación consideramos dos aspectos: el aspecto sacramental: lo que sucede, gracias a esa intervención divina, en quien es ordenado; y el aspecto voluntario, lo que este hecho divino requiere en la mente y voluntad y en toda la presencia visible de quien es ordenado.

Ante todo, hay que tener presente que el Sacramento del Orden es una acción divina que, por medio de la imposición de las manos del Obispo y la oración consagratória, transforma eficazmente la persona del elegido en Cristo, Único y Eterno Sacerdote, sea en el orden ontológico, es decir, en el orden de ser: es Cristo presente; sea en el orden operativo, es decir, en el orden del obrar, es decir obra, en efecto, in Persona Christi, es decir personifica a Cristo en su humanidad: Dice: *Este es mi cuerpo...* Dice: *Yo te absuelvo de tus pecados...* Esto tiene lugar realmente ante Dios, ante los ángeles de Dios y ante toda la Iglesia, triunfante, purgante y militante.

Hay que notar también que esta transformación la realiza Dios en el Sacramento, en unos cuantos minutos; como el agua, que primero llenó las tinajas en las bodas de Caná de Galilea, debido, primero, al consejo de María Santísima, nuestra Madre: *Hagan lo que Él les diga*; y luego por indicación de Jesús: *Saquen y lleven al*



maestresala...; y quedó convertida en vino.

El Sacramento del orden es un gesto maravilloso, que en breves minutos hace presente a Cristo Sacerdote en un cristiano elegido en la Iglesia militante, purgante y triunfante, para toda la eternidad. La parte sacramental de mi sacerdocio se realiza en pocos minutos, sin embargo, la parte voluntaria, es decir, esa parte consciente y libre de mi obrar y de mi modo sacerdotal, implica mucho tiempo en edificarse, en *hacerse*; esta parte no la hace el sacramento, sino que me toca a mí llevarla a cabo a ciencia y conciencia, con la gracia de Dios. A mí me toca transformar mi humanidad, que es la materia del Sacramento, sea preventivamente, como preparación a la ordenación, sea consecuencialmente, como la expresión más propia de mi humanidad transformada en signo sacramental de Cristo Sacerdote, que en ella se hace presente otra vez en el tiempo y el espacio que yo ocupo en la historia. Dicho de otra manera, me toca hacer de mi humanidad el signo sacramental de Cristo Sacerdote, presente en mí.

Una analogía puede iluminar esta nuestra exposición. En el Sacramento de la Eucaristía, gracias a las palabras de la consagración, la substancia del pan se hace el Cuerpo de Cristo y la substancia del vino se hace sangre de Cristo. El pan que veo y el vino que veo ya no son otra cosa que el Cuerpo y la Sangre de Cristo, realmente presentes dentro de ese pan y dentro de ese vino; y el pan que veo y el vino que veo son los signos sacramentales que me señalan esa Santa Presencia de Cristo, que no se ve a simple vista, pero está ahí, realmente presente, bajo los signos sacramentales. Lo que en la Eucaristía son el pan y el vino, en el Sacramento del Orden es mi humanidad, que yo me convierto, consciente y voluntariamente, con el auxilio de la gracia, en el signo sacramental de Cristo Sacerdote presente en mí. Por eso, esta parte de mi sacerdocio tarda años en *hacerse*, porque requiere todo un sistema de formación en el seminario, y, luego, de formación permanente, que tiene como fin implantar en mi humanidad todos los modos de Cristo: su pensar, su hablar, sus modos y los sentimientos de su divino Corazón.



Es por eso que es necesario que yo vaya dando a mi humanidad los rasgos y la impronta cristiana que hagan de ella el signo real y eficaz de la presencia de Cristo Sacerdote en mí. Es indispensable que me pregunte qué cuidado tengo de la materia del Sacramento del Orden en mí, es decir, es necesario que me pregunte si cuido de que mi humanidad signifique y deje ver realmente la presencia del Cristo Sacerdote que soy. Este es el sentido profundo del dicho de San Pablo: *no se pertenecen*. Así lo entendió y así lo vivió él mismo; por eso escribió a los Gálatas esto: *Estoy vivo, pero ya no soy yo el que vivo, sino que es Cristo el que vive en mí* (Gal 2,20); esto mismo profesó San Juan Bautista, precursor de Cristo, al tomar conciencia de la presencia del Cristo, que él había venido a anunciar: *Es necesario que Él crezca y que yo disminuya* (Jn 3,30). Mi humanidad ya no me representa, mi humanidad ya no tiene que presentar mis rasgos y mis modos, yo ya no cuento; mi humanidad tiene una misión vital, debe hacer visible a Cristo, a Jesús de Nazaret, al Hijo de Dios e Hijo de Maria, no a mí; a mí me toca desaparecer, porque el Salvador de las almas es Cristo, no yo; y las almas no me están esperando a mí, sino que esperan realmente a Cristo; sería una tremenda injusticia y un tremendo fraude, hacer presente a las almas un hombre simplemente, o, peor aun, un hombre cualquiera, cuando, en realidad, lo que ellas están esperando es sólo a Cristo Señor, Cristo Hijo de Dios, Salvador, presente en mi humanidad. Por esto mismo San Pablo escribe a Timoteo: *Procura ser para los creyentes modelo en las palabras y en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza... Vela por ti mismo y por la enseñanza; persevera en estas disposiciones, porque obrando así,*



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan (1Tim 4,12 y 16).

Para iluminar un poco más lo que vamos exponiendo, examinemos nuestro *nacer* y nuestro *crecer*. Yo nazco, es decir, mi padre y mi madre me hacen nacer. Yo, en mi nacer, no tengo ninguna iniciativa ni responsabilidad alguna: a mí *me nacen*; por lo mismo, si nazco feo, yo no tengo la culpa, y si nazco guapo, el mérito ciertamente no es mío. De mi nacer no soy responsable; sin embargo, sí soy responsable de mi crecer. Baste contemplar en la vida diaria cuántos hijos de buena familia, en el crecer consciente y libremente, se *convierten* en plebeyos o en delincuentes; o, por el contrario, cuántos nacen en familias desastrosas, y en el crecer consciente y libremente se *hacen* de muy buen talante. Yo nací hombre, cristiano y sacerdote; y de mi nacer yo no respondo. Nacer como hombre, como cristiano y como sacerdote fue algo muy precioso, algo sublime, fue un gran don de Dios; sin embargo, *hacer crecer en mí* al hombre, al cristiano y al sacerdote que Dios *hizo nacer en mí* es una responsabilidad mía, que no puedo eludir de ningún modo, ya que para ello cuento también con la gracia divina, que auxilia este trabajo mío, la cual, de parte de Dios, nunca me faltará.

Además, dado que ha sido Dios el que *me ha hecho nacer* como hombre, cristiano y sacerdote, tengo que saber que no puedo crecer como a mí me parece, como a mí me da la gana, sino según el hombre, el cristiano y el sacerdote que *Dios me hizo*. Así, *mi nacer* hombre, cristiano y sacerdote, por voluntad de Dios, se convierte en la norma de *mi crecer*. Debo consciente y voluntariamente *hacer crecer en mí* el hombre, el cristiano y el sacerdote que Él quiso *hacer nacer en mí*. *Hacer crecer lo que Él quiso hacer nacer en mí*, es decir, *hacer crecer lo que Él creó en mí*, llevando a plenitud el hombre, el cristiano y el sacerdote que Él creó en mí; sabiendo que en esto, es decir en llevar a plenitud mi crecimiento, soy insustituible ante Él. *Hacer crecer lo que Él me hizo*, es decir, *lo que Él hizo en mí*, es el sagrado deber de mi vida. En una palabra, la norma de mi crecimiento como hombre, cristiano y sacerdote no es mi capricho, ni mi fantasía, ni la moda de los tiempos y

de las generaciones, ni lo que otros hacen o dicen, sino el hombre, el cristiano, el sacerdote que Dios mismo hizo nacer en mí y que responde a una idea precisa de Dios, no mía.

La llamada a ser sacerdote, desde el primer día en que la percibo, me obliga a implantar en mí el pensar, el querer y el sentir de Cristo Sacerdote; esto lo pone el Sacramento del Orden, bajo el punto de vista entitativo, pero bajo el punto de vista operativo, es decir, en mi vida consciente y libre, me toca a mí, con la gracia de Dios, realizarlo. Desde el día en que me siento llamado, me toca ir preparando la materia del sacramento: mi humanidad, que será, nada más y nada menos, que el signo sacramental de la presencia de Cristo Sacerdote en mí. Y aquí es indispensable recordar aquel adagio teológico que dice: *La gracia no suprime ni sustituye la naturaleza, sino que la presupone y la eleva*. Soy responsable ante Dios, ante los ángeles de Dios, ante la Iglesia y ante todos los hombres de transformar mi humanidad en la humanidad de Cristo Sacerdote, de poner mi humanidad al paso del Cristo Sacerdote que soy sacramentalmente, responsable de pensar, de querer, de hablar y de comportarme como Cristo Sacerdote, de tener en mi corazón los mismos sentimientos de Cristo (Filip 2,5). Esto me toca vivirlo, no como una devoción opcional, como un “plus” que puedo muy bien no elegir, o como una opción que yo elijo porque me gusta o porque gusta a los demás, sino porque constituye la esencia misma de la vocación y de la misión sacerdotal en la que me coloca el Sacramento del Orden.





San Agustín nos hace presente esta responsabilidad cuando escribe esto: *Date cuenta de que Dios te creó sin ti. Es decir, Dios no te pidió tu consentimiento para crearte. ¿Cómo podías tu darle tu consentimiento, si todavía ni existías? Tu misma existencia responde sólo a un acto de la Voluntad de Dios, del querer de Dios. Sin embargo, Él, que te creó sin ti, no te justifica sin ti (no te santifica sin ti, no te salva sin ti). Ciertamente, te creó sin que tú lo supieras, pero no te justifica (no te santifica, no te salva) a no ser que tú lo quieras* (Sermo 169, PL 38,923, lin.8).

Por medio del Sacramento del Orden Dios me hizo sacerdote: *ex opere operato*, es decir, eficazmente. Pero no me hace plenamente sacerdote sin mí: *ex opere operantis*, es decir sin que yo consciente y voluntariamente acepte y haga mío este Santo Misterio. Es decir: tengo que tener presente que la transformación sacramental es un gesto divino, que hace de mí un sacerdote: Cristo Sacerdote, y que esa transformación implanta en mí la responsabilidad personal de hacer aparecer en mi humanidad, como signo sacramental, el Cristo Sacerdote que soy, o sea la responsabilidad de que mi pensar, mi hablar y mi obrar dejen ver en mí la presencia de Cristo sacerdote. El cumplimiento de esta vocación y de esta misión permitirá que los hombres se den cuenta de que vivimos en los tiempos de Cristo, y de que Cristo está cumpliendo la promesa que ha hecho a su Iglesia: *He aquí que yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28,20).



2. Cristo nuestro Señor es la norma de todo lo que estamos diciendo

San Pablo escribe: *El Espíritu Santo que han recibido de Dios, habita en ustedes, y, por lo mismo, ustedes son templos de Dios, no se pertenecen* (1Cor 6,19). Jesucristo mismo dejó ver en su humanidad que *no se pertenecía*:

Él había venido a este mundo a procurar la Gloria del Padre y la salvación de los hombres: *Al entrar en el mundo dice: no quisiste oblaciones, ni sacrificios, no te agradaron holocaustos y sacrificios por el pecado, pero me has dado un cuerpo. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad. Así está escrito en el rollo del libro* (Heb 10,5ss). Jesús reconoce que ha venido a procurar la gloria del Padre, que se encuentra en el mundo para cumplir la Voluntad del Padre; todo ello como precio del rescate de la salvación de todos los hombres. De hecho, después de su entrada triunfal en Jerusalén Jesús dice: *Ahora mi alma esta turbada, ¿qué voy a decir, Padre líbrame de esta hora? Pero yo vine para esta hora. Padre, glorifica tu Nombre* (Jn 12,27). Como si se dijera a sí mismo: ¿Cómo esté Yo, o cómo me vaya a Mí, no cuenta, cuenta la Gloria del Padre! Jesús no se pertenece: vino a cumplir la Voluntad del Padre. Su oración en el huerto de los olivos deja ver esta misma verdad: Jesús *no se pertenece*; en su oración, sumamente sufrida, dice: *Padre, si es posible, que yo no tenga que beber este cáliz, pero que no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú* (Mt 26,39). Si Jesús se dice: yo no cuento, cuenta la Gloria del Padre, yo no cuento, cuenta la Voluntad del Padre, ¿me parece un exceso decirme también a mí mismo: yo no cuento, cuenta la Gloria del Padre, cuenta la salvación de los hombres? ¿Me parece excesivo decirme que *no me pertenezco*? ¿Me parece excesivo el que yo tengo que disminuir para que en mí crezca y aparezca sólo Cristo Sacerdote?

San Pablo hace presente también otro dato que dice lo mismo: *no me pertenezco*. Nos recuerda que: *A los que de antemano conoció, los predestinó a ser Imagen de su Hijo, y a los que predestinó a esos los llamó* (Rom 8,29).



Los llamados vienen a este mundo *predestinados a ser Imagen del Hijo*. No se trata de un parecido teatral o cinematográfico, hecho de cosméticos y con el cometido de representar un personaje más o menos interesante; tampoco se trata de un simple parecido en el rostro o en algunos rasgos de la vida, sino de una identificación en el orden de ser y en el orden operativo. Según el adagio *agere sequitur esse*: el obrar es consecuencia del ser. Nuestra elección nos pone entre los predestinados, por voluntad divina, a vivir un parecido real con Jesucristo Sacerdote, Hijo de Dios encarnado, en el ser y en el obrar. Venimos, como el profeta Jeremías, con una predestinación divina que dice: *Antes de que Yo te formara en el vientre, te conocía, y antes de que nacieras te consagré y te constituí profeta de las naciones* (Jr 1,5). Los llamados al sacerdocio venimos sellados ya con ese nobilísimo destino: *ser Imagen del Hijo*, y recordemos también que la Imagen dice la propiedad: *no nos pertenecemos*, pertenecemos a aquel de quien somos Imagen. Es una enseñanza de Cristo mismo. En efecto, los escribas y los herodianos, en una ocasión, astutamente le preguntaron si tenían que pagar el tributo al Cesar. El pidió que le dejaran ver la moneda con la que se pagaba el tributo, y le mostraron un denario; Él preguntó de quién era la imagen que está en la moneda, y le dijeron que era la imagen de Cesar; Él concluyó entonces: *den a Cesar lo que es de Cesar y a Dios lo que es de Dios*. El razonamiento era muy claro: si la imagen dice la propiedad, aquella moneda, que tenía la imagen de Cesar, era de Cesar, y, por lo mismo, aquella moneda se tenía que devolver a Cesar. Jesús añadió: *den también a Dios lo que es de Dios*. Es

decir, si todo hombre que viene a este mundo trae en sí la Imagen de Dios, pues Dios hace a cada persona a su Imagen y Semejanza, ello quiere decir que todo hombre es de Dios, es propiedad de Dios, tiene que devolverse a Dios: *Den a Dios lo que es de Dios*. Por tanto, está claro que *no nos pertenecemos*; y si eso vale ya sólo por el hecho de ser persona humana, con mayor razón, si somos cristianos y sacerdotes.

San Pablo, una vez más, hace presente nuestra pertenencia a Cristo cuando escribe: *si vivimos, vivimos por el Señor, si morimos, morimos por el Señor; sea que vivamos, sea que muramos, somos del Señor* (Rom 14,8); y también cuando escribe: *Pablo, Apolo, Pedro, el mundo, la muerte, el presente, el futuro, todo es de ustedes, pero ustedes son de Cristo y Cristo es de Dios* (1 Cor 3,22).

3. Concluimos, viendo una vez más que somos propiedad de Dios

El Sacramento del Orden incluye una *segregación* y una *destinación*. El sacerdote es, ante todo, un hombre segregado, separado, para ser dedicado al culto divino y a la predicación de la Palabra.

Primero: El Sacerdote es un segregado-separado. El texto profético de este hecho se encuentra en el libro del Éxodo; dicho texto se refiere al Cordero Pascual, profecía de Cristo Salvador: *Este mes será para ustedes el primer mes del año. El día diez de este mes, cada familia aparta un cordero, sin defecto, macho, de un año, hasta el día catorce del mes y ese día, por la tarde, lo inmolarán* (Ex 12,5). Es el cordero pascual, el cual es separado, porque queda dedicado, consagrado, destinado exclusivamente al sacrificio que es destinado a su vez a ser gloria de Dios y salvación de los hombres. Eso mismo hace Cristo con los suyos: los aparta, para Sí. *Si ustedes fueran del mundo, el mundo los amaría, por ser del mundo; pero, como ya no son del mundo, porque yo, al elegirlos, los he sacado del mundo, por eso el mundo los odia* (Jn 15,19).



Los sacerdotes somos segregados, sacados del mundo, destinados a ocuparnos exclusivamente de los hombres en todo lo que tiene que ver con Dios. *Jesús eligió doce, para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar* (Mc 3,14). El fin de la elección no es segregar, separar, sacar; aunque ello, sí, constituye una premisa necesaria; el fin de la elección es esencialmente positivo: los llamó para estar con Él. *Estar con Él* es mucho más que simplemente *estar junto a Él*. *Estar con Él* es identificarse con Él, correr su misma suerte. La elección de Cristo nos hace de Cristo, nos destina a correr la misma suerte de Cristo Cordero Pascual. El cordero que es apartado, segregado, porque destinado a la Gloria de Dios y salvación del Pueblo de Dios. Por eso Jesús, a los elegidos, los saca del mundo, espiritual y moralmente, no físicamente. Cristo, a los suyos, *los quiere en el mundo, pero los quiere con Él, no con el mundo*. Así lo expresa en su oración al Padre en la última Cena: *Yo les he dado tu Palabra y el mundo los odia, porque no son del mundo, como Yo no soy del mundo. No los retires del mundo, sino líbralos del mal. Pues ellos no son del mundo, como yo no lo soy* (Jn 17,14-16). Cristo pide al Padre que a sus sacerdotes, mientras están en el mundo, los libere del mal, porque sabe que cuanto hay en el mundo es del maligno.

Segundo: La Carta a los hebreos repite este mismo esquema: dice que el sacerdote es uno, sacado de entre los hombres, destinado a ocuparse de los hombres, en todo aquello que se refiere a Dios, es decir, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados y para que se compadezca de los que no saben y se equivocan, teniendo en cuenta que también él, como hombre, participa de esa limitación (Heb 5,1ss).

Como la escalera de Jacob, el sacerdote conecta la tierra con el cielo y viceversa. Por eso Jesús dice que han de estar en el mundo. La escalera, que une cielo y tierra, debe estar bien plantada en la tierra, pero debe llegar hasta el cielo con sus dos palos y sus peldaños. De hecho, la escalera tiene dos palos: el de mi humanidad y el de la llamada de Dios, y en esos dos palos se apoyan los peldaños de la escalera, que son la gracia carismática de la escalera; esos peldaños no son para la escalera, son para el servicio que la escalera está llamada a prestar, es decir, los peldaños están apoyados en la escalera, para que las almas y las oraciones de las almas puedan subir



al cielo y lleguen a Dios, y para que por ella baje Dios a las almas, juntamente con Su Gracia.



La dirección espiritual para el Maestro Ávila como auténtico “*amoris officium*”, A modo de resumen (2)



P. Antonio Rivero, L.C.

Doctor en Teología Espiritual

Licenciado en Filosofía

Licenciado en Humanidades Clásicas

¿Cuáles son las características y cualidades del dirigido y del director espiritual según san Juan de Ávila?

Características y cualidades del dirigido

Apertura total, docilidad y humildad -no necesariamente obediencia-. Así se evitan dos errores: el de la autosuficiencia personalista y el de la confianza exagerada en un hombre. No hay que olvidar nunca que el verdadero director es el Espíritu Santo¹.



La apertura de corazón por parte del dirigido para con el director es evidentemente indispensable para que la dirección sea una verdadera ayuda en el itinerario espiritual.

El mismo san Juan de Ávila, en algunas de sus cartas, escribe de la necesidad de esta apertura del propio corazón para recibir “parecer ajeno”: “... y para éstos también es necesario que den parte de su disposición interior, para ver si han menester ser llevados por consideración de amor o de temor, tristes o alegres; y conforme a lo que hubiere menester, aplicarles el remedio”².

Esta apertura de corazón es transparencia que se exige a la persona que pide ser acompañada espiritualmente. Es imprescindible que la persona sea totalmente sincera consigo misma a la hora de abrirse, no reservándose ni escondiéndose nada por vergüenza o temor, pues de lo contrario, la ayuda que reciba servirá de poco.

Es fundamental que el director conozca todo

¹Cf. *Audi, Filia* [II], 55; Sermón 27.

²Carta 6, 22-23.



aquello que necesite ser conocido y que pueda ser causa de posibles desvíos, desórdenes...que precisen de ser corregidos y sanados, siempre desde el amor y con amor. Debe tener noticia de cuanto puede disturbar lo que debe ser una buena marcha en el camino espiritual hacia la perfección.

En relación con esto, escribe san Juan de Ávila en su *"Audi, Filia"*: "Y pues tanto os va en acertar con buena guía... fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa de él, buena o mala; la buena, para que la encamine y os avise; la mala, para que os corrija"³.

La sinceridad supone el reconocer lo que Dios pide, que no siempre coincide con lo que uno quiere. Cuántos hubo que pidieron consejo al Maestro Ávila para casarse y les aconsejaba que fuesen religiosos; y a otros que querían entrar en religión les decía que se casasen⁴. Se entiende que, si el dirigido no se abre, no se confía a su padre espiritual, difícilmente éste podrá aconsejarle correcta y adecuadamente y darle los "remedios" apropiados, o asesorarle con tino.

Lo importante es "darle a entender las raíces de la tentación, de manera que él (el confesor sabio y experimentado) quede satisfecho y entienda el negocio..."⁵. El dirigido ha de acudir a la oración para pedir la gracia necesaria en el discernimiento de la voluntad de Dios y las mociones del Espíritu Santo, siempre con una apertura total.

Aquí no se trata de la manifestación de los pecados, que se hace en otra sede –la confesión-. Es más bien, traer la propia persona, con todas sus inquietudes, dudas, avances, retrocesos, luces y oscuridades... y ponerla en manos de ese padre espiritual. Y juntos hacer luz. Después será el dirigido quien deberá hacer su propio discernimiento.

Para esto se necesita una gran sintonía entre director y dirigido, pues no se le puede obligar a esa persona a una apertura total si ella no quiere. El dirigido lo debe hacer libre y espontáneamente. Es él quien busca al director y no viceversa.

Todo esto lo sabía san Juan de Ávila. Y sin buscarlo, eran muchos los que le buscaban y le abrían de par en par las puertas de sus corazones, totalmente confiados en sus manos y seguros de lo acertados que eran sus consejos.

Por eso es muy importante que el padre espiritual conozca bien el corazón humano. El santo conocía muy bien el alma de sus hijos espirituales, y ellos se confiaban a su "padre y maestro".

³Audi, Filia [II], 55, n. 5.

⁴Cf. VVJdA III, 11.

⁵Audi, Filia [II], 28, n. 1.



¿Obediencia?

No se trata propiamente de obediencia jurídica al director, sino de docilidad y humildad, para no fiarse de sí mismo ni tampoco apoyarse o condicionarse de modo absoluto a nadie: "No confiéis en el saber ni fuerza del hombre, mas en Dios, que os hablará y esforzará por medio del hombre"⁶. Pues, "el siervo de Dios, el confesor y el predicador, no te han de ser estorbo para el Espíritu Santo; basta de ser una escalera para que tú subas a Dios"⁷. El verdadero director es el Espíritu Santo.

La persona que busca este consejo espiritual debe pedir esta gracia (que es un don de Dios) y disponerse a discernir la voluntad de Dios y las mociones del Espíritu Santo, con una actitud de oración confiada, de sinceridad y docilidad. "Y pues tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os la encamine Él de su mano, y, encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa de él, buena ni mala"⁸.

La obediencia, como docilidad, es "el camino más seguro para acertar en la vida espiritual"⁹. Seguir los consejos del director, además de reflejar la prudencia y la humildad por parte del dirigido, denota también una verdadera obediencia, aunque sin obligación de pecado¹⁰.

Juan de Ávila sabe que "la fidelidad a la voluntad de Dios se manifiesta en la aceptación de los signos de esta misma voluntad divina comunicada por medio de otras personas"¹¹. Y él, a unos y a otros, les aconseja encarecidamente seguir el parecer de persona ajena para ser fieles a tan alta voluntad:

Y cosa de importancia no la hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que Él pondrá en el corazón y lengua a vuestra guía lo que conviene a vuestra salud... Y tened por cierto que aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos, y tan obrado por muchos de ellos...¹².

La obediencia al director ayudará a evitar dos peligros: el de la autosuficiencia y el de la confianza exagerada en un hombre:

...Y de esta manera huiréis de dos males, y extremos: uno, de los que dicen: «No he menester consejo de hombre; Dios me enseña y me satisface». Otros están tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa, sino que es hombre, que les comprende aquella maldición, que dice: Maldito el hombre que confía en el hombre. Sujetaos vos a hombre, y habréis

⁶Audi, *Filia [II]*, 55, n. 5.

⁷Sermón 27, 261ss.

⁸Audi, *Filia [I]*, El director espiritual, 31.

⁹JUAN ESQUERDA BIFET, *Diccionario de san Juan de Ávila...*, 656.

¹⁰JUAN ESQUERDA BIFET, *Diccionario de san Juan de Ávila...*, 61.

¹¹JUAN ESQUERDA BIFET, *Diccionario de san Juan de Ávila...*, 656.

¹²Audi, *Filia [I]*, 55, n. 5.

¹³Audi, *Filia [I]*, 55, n. 5.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

escapado del primer peligro; y no confiéis en el saber ni fuerza del hombre, más en Dios, que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habréis evitado el segundo peligro¹³.

En una de las cartas escritas a san Juan de Dios, le invita a discernir, a la luz de la obediencia, el campo de la caridad en el que está empeñado. Le dice en dicha carta, que se deje guiar en todo por la obediencia al padre Portillo en la administración de los pobres a fin de evitar así posibles desvíos:

Ruégoos, hermano, otra vez por amor de nuestro Señor, me hagáis esta caridad, que toméis agora el mismo concierto y obediencia, hasta que nuestro Señor quiera que yo vaya allá o vos vengáis a verme... más en ausencia se han de parecer los amigos e hijos obedientes a sus padres...¹⁴.

El hecho de someterse a parecer ajeno evita, además, los engaños del diablo, por lo cual: "El demonio anda por quitar esta obediencia y paz"¹⁵.

La obediencia al director supone docilidad y humildad, para no fiarse de sí mismo y para conseguir otros beneficios, como podemos ver en una carta que dirige al padre Diego de santa Cruz:

Aprovéchese de la obediencia a ajena voluntad y probará que anda Dios en la tierra para responder a nuestras dudas, para encaminar nuestra ignorancia, para dar fuerza a lo que, obrado por

nuestra voluntad, no teníamos fuerza para ello...¹⁶.

En otras de sus misivas dirigida a un discípulo, pone a Cristo como ejemplo de obediencia para todos nosotros y estímulo en el camino de la fe:

... el Unigénito de Dios, Señor nuestro, fue probado con obediencia muy agra, mandándole su Eterno Padre que se ofreciese a beber el cáliz muy amargo de la pasión. Aunque su carne sintió trabajo de esta obediencia... de corazón se ofreció todo a la voluntad de su Padre, y quiso que aquélla fuese cumplida, queriendo más quedar con la obediencia que quedar con la vida... Y quedó hecho ejemplo de obediencia a los hijos adoptivos, al cual mirando, se esforzasen en obedecer...¹⁷.

San Juan de Ávila pedía docilidad a las mociones del Espíritu Santo y a los consejos del padre espiritual. No era esclavitud ni obediencia ciega, sino docilidad, es



¹⁴Carta 141, 18-23.

¹⁵Carta 141, 30-31.

¹⁶Carta 220, 60-64

¹⁷Carta 171, 12-19.21-22.

¹⁸La palabra "*docibilitas*" es mucho más que "*docilitas*". "*Docibilitas*" es aquella condición interna que permite aprender durante toda la vida a fin de crecer en el propio proyecto vocacional. "*Docilitas*" hace mención a la disposición interna de acogida humilde ante una disposición dada, aquí y ahora.



decir, dejarse enseñar e instruir, que de ahí proviene la palabra docilidad¹⁸ (“doceo”). Esta docilidad no es algo meramente pasivo por parte del dirigido, sino actitud activa, porque empeña su libertad para continuar aprendiendo por toda la vida, no sólo de su director, sino de cualquier persona y circunstancia, y confirmar así su propia opción inteligente y libre, en el proceso de la propia madurez humana y espiritual.

Otra cualidad del dirigido es la *discreción*: “Conviene mucho a los hijos que de nuevo nacen encomendar el silencio; porque, como sienten un poco de vino nuevo en el corazón, luego querrían hablar de lo que sienten, y quedan por esto vacíos”¹⁹. Más adelante en la misma carta: “Callen y obren, y disimulen todo lo posible el don que nuestro Señor les ha dado”²⁰.

Junto a estas cualidades, el hijo espiritual debe pedir a Dios que le ponga en el camino la mano del “padre espiritual” para poder escogerlo: “Y pues tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os la encamine Él de su mano...”²¹. Así le dice a doña Sancha Carrillo²². El dirigido no puede ponerse en manos de cualquier director²³. Ya explicaremos después cuáles deben ser las cualidades del director espiritual: persona letrada y experimentada²⁴. Encontrar una persona así, con estas características y cualidades, no siempre es fácil. El Maestro Ávila sí las tenía; por eso, acudían tanto a él en busca de consejo y luz. San Francisco de Sales, como ya vimos, aprendió del Maestro Ávila en este consejo.

Características y cualidades del director espiritual

Después de haber visto las cualidades del dirigido, veamos ahora las cualidades por parte del director, para llevar a cabo este “*amoris officium*”.

Juan de Ávila parece exigir dos premisas²⁵ a los que quieran y deban ser “padres de almas”: primera, espíritu de hijo para con Dios; y, segunda, espíritu de padre para con los que Dios le diere por hijos.

Primera premisa: espíritu de hijo para con Dios. Así lo declara el santo:

Será reverenciadísima aquella altísima Majestad, adorándola con humildad muy profunda, no haciendo cuenta de su propio ser, metiéndolo en



¹⁹Carta 1, 271-274.

²⁰Carta 1, 275-276

²¹Audi, filia [II] 55, n. 5.

²²Hija del señor de Guadalcazar y hermana del sacerdote don Pedro Fernández de Córdoba, uno de los primeros discípulos de san Juan de Ávila. Por consejo de su hermano, se confesó con el Maestro, y a raíz de esta confesión se consagró al Señor en la virginidad, oración y penitencia en su propia casa. A ella le dedicó Ávila la primera redacción del “Audi, filia”. El Maestro la dirigió hasta su muerte en 1537.

²³Cf. Audi, filia [II] 54-55.

²⁴Cf. Audi, Filia [III] 55; Reglas de Espíritu II, n. 9.

²⁵Cf. CARLOS ABAD, *La dirección espiritual en los escritos y vida del Beato Juan de Ávila*, Manresa 18 (1946) 43-74.



el inefable abismo del suyo, y serle fiel, buscando en todo y por todo la gloria de Él, renunciando y abjurando ex toto corde la propia... Esta reverencia y celo de la honra del Padre y esta obra hasta la muerte de cruz, no se aparte de la memoria del que es llamado para el oficio de publicar la gloria de Dios como fiel hijo²⁶.

Distingue dentro de este espíritu de hijo, tres aspectos:

En primer lugar, una profunda reverencia a la altísima Majestad de Dios que nace del conocimiento de la propia nada, conocimiento que debe ir unido al conocimiento de Dios, pues si no es así, se cae en miedos y turbaciones²⁷. La raíz de toda santidad, exigida a todo "padre espiritual", viene de este doble conocimiento: Dios es grandeza y rico en misericordia; yo soy pequeñez y pobreza.

Después, es necesaria una fidelidad y lealtad a Dios por parte del director espiritual. Sólo así no le

quitará a Dios la gloria que le pertenece, no le robará el amor de las almas con apegos humanos:

La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno; que si a otro la queremos dar, ¿qué cosa más mal casada ni mayor adulterio que la gloria del Criador con la criatura? Esposa buscamos, no nos alcemos con ella, ánimas, en las cuales sea Cristo aposentado y nosotros olvidados, porque más se acuerden de Él, salvo en cuanto Él ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen a Él²⁸.

Y un gran espíritu de sacrificio por la honra de Dios Padre: "esta reverencia y celo de la honra del Padre y esta obra hasta la muerte de cruz..."²⁹.

Respecto a la segunda premisa, es decir, espíritu de padre para con los que Dios le diere por hijos, es muy importante que el "padre espiritual" rece por sus hijos espirituales, que se sacrifique para poder llevar adelante la educación y maduración de sus dirigidos. Es lo que Juan de Ávila llama como "cuidadoso amor", que nace de tener sobre el pecho un corazón de padre y madre, sin el cual "los sinsabores, peligros y cargas de esta crianza no se podrían llevar si este espíritu faltase"³⁰.

Hermosas también estas palabras del santo:

No basta para un buen padre engendrar él y dar la carga de educación a otro; mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándolos de este lugar de

²⁶Carta 1, 33-37; 54-56.

²⁷Cf. JESÚS OROZ RETA, *San Juan de Ávila, padre de almas*, Scripta Fulgentina, 11 (1996) 54.

²⁸Carta 1, 39-45.

²⁹Carta 1, 54-55.

³⁰Carta 1, 90-91.

³¹Carta 1, 61- 66.



peligro, como el padre suele tener gran cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada³¹.

Ese "cuidadoso amor", ese amor paterno obliga al padre espiritual a estar dispuesto a ofrecer su vida a Dios por sus hijos: "A peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos a los que son verdaderos padres, y no una, sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida a sus hijos, como suelen hacer los padres carnales"³².

Y con oración por ellos: "¡Qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos, porque no se mueran"³³.

Sólo así Dios pondrá en su pecho "un corazón tierno y muy de carne", para tener compasión de esos hijos espirituales, comprenderlos, tenerles paciencia; y otro corazón de "hierro", fuerte y resistente, para aguantar las decepciones e indecisiones, los desaires e indiferencias que ellos mismos le provocarán. Estas dos cualidades –corazón tierno y corazón de hierro– será el objeto de la cuarta y última parte del libro, vistas como manifestación de ese "amoris officium".

¡Qué humano este gran santo! ¿Cómo Dios no le iba a conseguir a él este corazón tierno y fuerte, paciente y compasivo al mismo tiempo "para no cansarse de una y otra y mil veces oírlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles a decir lo que ya se les dijo"³⁴.

Dijimos, fuerte. El santo no quiere que el hijo espiritual esté tan dependiente de su padre espiritual que no piense por sí mismo y quiere que siempre se le



dé todo hecho. No. Tiene que haber un límite en ese darse. He aquí las palabras de Juan de Ávila:

Sea el primero que no se dé a ellos cuanto ellos quisieren, porque a cabo de poco tiempo hallará su ánima seca, como la madre que se le han secado los pechos con que amamantaba sus hijos. No les enseñe a estar del todo colgados de la boca del padre; mas si vinieren muchas veces, mándeles ir a hablar con Dios en la oración aquel tiempo que allí habían de estar... Y de aquí es que no crecen más un día que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre hablando; y así hacen perder el aprovechamiento a su padre y no crecen ellos cosa alguna³⁵.

Por último, digamos que el Maestro Ávila pide para el director espiritual que sea "persona letrada y experimentada en las cosas de Dios"³⁶.

No una ciencia abstracta y filosófica, sino una ciencia imbuida de los dones del Espíritu Santo,

³²Carta 1, 105-108.

³³Carta 1, 125-127.

³⁴Carta 1, 123-125.

³⁵Carta 1, 172-185.

³⁶Audi, *Filia* [II] 55, 3; 2SJAOC Reglas de espíritu, II, n. 9.

³⁷CARLOS ABAD, *La dirección espiritual...*, 55.



especialmente del don de sabiduría. Según el P. Abad: "Más que la ciencia especulativa exigía la sabiduría práctica, y a poder ser, experimental"³⁷. Esta sabiduría del Espíritu está conforme al "amoris officium" de todo director espiritual.

Sí, la sola ciencia no basta. Ni la sola experiencia. Las dos unidas por el Espíritu Santo.

Resumamos las cualidades que debe tener un padre espiritual, según san Juan de Ávila: ciencia y experiencia, prudencia y paternidad –que no paternalismo-. Hombre de oración guía y padre, confesor sabio y experimentado y maestro³⁸. "Les enseñe a andar poco a poco y sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, mas tengan algún nervio de virtud; y no se dé él tanto a otros, que pierda su recogimiento y pesebre de Dios"³⁹. "No se meta en remediar necesidades corporales... y sépanlo así sus hijos, que no han de llegarse a él ni esperen de él favor temporal alguno"⁴⁰. "El siervo de Dios, el confesor y el predicador, no te han de ser estorbo para el Espíritu Santo; basta de ser una escalera para que tú subas a Dios"⁴¹.

"Todo lo cual se entiende cuando el hombre acierta con personas espirituales que tengan ciencia espiritual y don de consejo; y acertar con éstos es don de Dios muy particular; y darles crédito también lo es"⁴². "Mas lo que se debe en mucho estimar es cuando se junta ciencia divina con vida espiritual y perfecta y don

particular de consejo"⁴³.

Hay que compaginar, pues, ciencia y experiencia, además de la prudencia. Las letras solas ciertamente serían insuficientes. La experiencia que se basara sólo en cierta devoción subjetivista conduciría también a engaños. La verdadera experiencia consiste en el cumplimiento de la voluntad del Señor.

La falta de formación espiritual en algunos directores hace mucho daño: "¡Oh, cuánto mal ha hecho a sí y a otros, gente sin letras, que ha tomado entre manos negocio de la vida espiritual, haciéndose jueces de ella, siguiendo solamente su ignorante parecer!"⁴⁴. Ya lo vimos también en san Juan de la Cruz.



³²Carta 1, 105-108.

³³Carta 1, 125-127.

³⁴Carta 1, 123-125.

³⁵Carta 1, 172-185.

³⁶Audi, *Filia* [II] 55, 3; 2SJAOC Reglas de espíritu, II, n. 9.

³⁷CARLOS ABAD, *La dirección espiritual...*, 55.

³⁸Cf. Audi, *Filia* [II] 55.

³⁹Carta 1, 194-197.

⁴⁰Carta 1, 202-207.

⁴¹Sermón 27, n. 17.

⁴²Carta 11, 804-807.

⁴³Carta 11, 812-813.

⁴⁴Reglas de Espíritu, II, n. 9.



Si no es hombre de oración, no podrá dirigir bien a los demás, porque debe orar mucho al Señor la salud de su enfermo; y no cansarse porque le pregunte el tal penitente muchas veces una misma cosa... Encomiéndele la enmienda de la vida y que tome los remedios de los sacramentos. Además de la ciencia, experiencia y prudencia, el Maestro indica el sentido de paternidad (sin paternalismos), como expresión de su celo apostólico y fruto de su propia experiencia de Dios⁴⁵.

Entre las "Reglas de espíritu" (redacción 2ª), señala las mismas directrices que más tarde dará Juan de la Cruz, Teresa de Jesús y Francisco de Sales: "Conviene que para el regimiento de vuestra conciencia toméis por guía y padre alguna persona letrada, y experimentada, y ejercitada en las cosas de Dios, y no toméis quien no tenga uno sin otro"⁴⁶.

La carta número uno, dirigida a Fr. Luis de Granada, es un tratado práctico de dirección espiritual, principalmente en vistas a orientar al mismo director o confesor. Se describe el sentido de paternidad para guiar en la filiación divina adoptiva, al estilo de San Pablo (cf. 1Cor 4,15) y según la doctrina de San Juan (cf. 1Jn 3,1).

A veces habrá que usar la paciencia de un padre o de una madre que da de comer a su hijo pequeño, "aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros celestiales para descender a dar sopitas al niño"⁴⁷. Para ello "es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa". Y cuando las almas se pierden, "no hay dolor que a éste se iguale"⁴⁸. Por esto, "a quien quisiere ser padre, conviéndole un corazón tierno... para haber compasión de los hijos... y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da"⁴⁹.



La pedagogía interna de la dirección, además de las notas indicadas, debe orientarse hacia la maduración espiritual de la persona dirigida. El padre espiritual dará también algunos consejos prácticos ("receptas"), según la tradición de la Iglesia: frecuencia de sacramentos, lectura espiritual, meditación-contemplación, obras de caridad, estudio, etc.

Una de las características que debe reinar en una dirección espiritual es la sintonía paterna y amigable entre el director y dirigido. Esto nunca faltó en la relación del Maestro con sus "hijos espirituales". Esta nota la tuvo también santa Teresa de Jesús y san Francisco de Sales.

(continuará)

⁴⁵Cf. Carta 1.

⁴⁶Reglas de Espíritu, II, n.9.

⁴⁷Carta 1, 129ss.

⁴⁸Carta 1, 144ss.

⁴⁹Carta 1, 164ss.



Viktor Frankl: antropología y logoterapia



Fernando Pascual
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología

Introducción

Con motivo de los 25 años de la muerte de Viktor Emil Frankl (fallecido el 2 de septiembre de 1997), queremos ofrecer una consideración sobre dos aspectos importantes de su pensamiento. En primer lugar, sobre la antropología que sostuvo sus análisis y su práctica como psicoterapeuta; en segundo lugar, sobre algunos aspectos característicos de la logoterapia, esa corriente psicológica que nació precisamente gracias al trabajo incansable de quien supo comprobar, en primera persona, lo que es capaz de hacer el hombre que tiene un porqué para su vida.

1. La antropología de fondo

Toda psicología se construye sobre una concepción más o menos clara sobre lo que significa ser hombre; no puede prescindir de "una concepción antropológica, por muy poco consciente que sea para la psicoterapia"¹. ¿Qué reflexiones ofrece Viktor Frankl sobre la naturaleza humana?

Para Frankl es urgente superar cualquier reduccionismo, cualquier visión que diga que el hombre "no es más que"... Hay reduccionismo en la visión biologista, en el conductivismo, en el psicologismo, en el sociologismo, incluso en el antropologismo. Estas visiones reduccionistas llevan al nihilismo y construyen una imagen falsa del hombre, pues lo ven como un "homúnculo", como un artefacto...². De este modo, no comprendemos al hombre, sino que construimos una visión distorsionada, pobre, que podemos denominar como *homunculismo*, en el que el ser humano es visto como "un autómatas de reflejos o un conjunto de impulsos, como una marioneta de reacciones y de instintos, como un producto de impulsos, herencia y medio ambiente"³.

Sigmund Freud, por ejemplo, partió de una visión del hombre de tipo mecanicista y supuso válido el principio de la búsqueda de equilibrio como camino para explicar el comportamiento humano, lo cual es evidentemente falso, incluso en la misma vida animal. Además, Freud creyó, contra toda evidencia, que los instintos se autoregulan, como si un río fuese capaz de construirse sus propios diques por sí mismo... Alfred Adler, con su psicología individual, arrancó del biologicismo para explicar comportamientos psíquicos a partir de problemas de tipo somático, y luego desarrolló

¹Logoterapia y análisis existencial. *Textos de cinco décadas, traducción de Logotherapie und Existenzanalyse* (1987), Herder, Barcelona 1994, 2ª ed., p. 64. Omitiré el nombre de Frankl a la hora de citar sus escritos.

²Cf. *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia, traducción de Der leidende Mensch. Anthropologische Grundlagen der Psychotherapie* (1984), Herder, Barcelona 1990, 2ª ed., pp. 99, 271-273.

³Logoterapia y análisis existencial..., p. 65.



DIMENSIÓN INTELECTUAL



su visión del hombre a partir de la relevancia que dio al factor social y a la “voluntad de poder”. Por su parte, el sociologismo evidencia la importancia del factor social en la vida humana, pero la exagera hasta el punto de reducir lo objetivo (lo que es buscado en el conocimiento y el amor) a lo subjetivo⁴.

El hombre es animal, pero no solamente animal. No tenemos que olvidar que Frankl estudió a fondo neurología, y conocía los mecanismos reflejos e incontrolables de muchas reacciones del organismo humano. A la vez, sabía por experiencia directa y por experiencia clínica que el hombre es mucho más que un animal. A diferencia de los animales, los instintos humanos no dicen cómo han de ser llevados a cabo, cómo pueden ser satisfechos. Además, nuestra instintualidad necesita encontrar pautas o límites fuera de ella misma, lo cual

implica que el hombre es algo más que un instinto, pues lo pulsional, en el hombre, no se autolimita, como acabamos de decir. El hombre tiene que aprender a vivir, a sobrevivir, a construir sus hábitos de conducta con la ayuda de los demás. En este sentido, las tradiciones del pasado nos ayudaban a “conformarnos” con facilidad a comportamientos aceptados como buenos; hoy, con la crisis de las tradiciones, el hombre se encuentra más solo que nunca⁵.

Más allá de lo meramente animal, el hombre se ha formado de sí mismo, a lo largo de los siglos, una imagen que evidencia de manera especial la dimensión noológica o espiritual de nuestra especie. Son muchos los que han señalado como “*característica primaria y fundamental del hombre [...] su impronta espiritual y su orientación a un sentido*”⁶. La misma vida de instintos está permeada de espiritualidad, de forma que el ceder o no ceder a un instinto es algo que depende de una decisión personal... En una explicación más profunda, la ontología dimensional nos revela la existencia en el hombre de tres dimensiones: la física, la psíquica y la espiritual⁷; tres dimensiones que no se dan separadas, pero que pueden ser observadas por separado. La dimensión espiritual determina el ámbito de lo humano, sin que ello implique la eliminación de las otras dos dimensiones; más aún, el hombre es plenamente hombre en su tridimensionalidad, en su “tri-unidad”, lo cual implica superar cualquier monismo (no sólo el materialista, sino también el espiritualista)⁸, y cualquier visión de tipo racionalista o intelectualista⁹.

⁴ Son muchos los lugares en los que Frankl realiza una fuerte crítica a las visiones reduccionistas del hombre. Como ejemplo, cf. *La idea psicológica del hombre*, traducción de F. Fernández Turienzo de *Das Menschenbild der Seelenheilkunde* (1959), Rialp, Madrid 1999, 6ª ed., pp. 43_51, 91_94, 150_160, 166_182; *La voluntad de sentido. Conferencias escogidas sobre logoterapia*, traducción de *Der Wille zum Sinn. Ausgewählte Vorträge über Logotherapie* (1982), Herder, Barcelona 1994, 3ª ed., pp. 153-160; *Logoterapia y análisis existencial...*, pp. 98, 107-115, etc.

⁵Cf. *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia*, traducción de M. Villanueva de *Das Leiden am sinnlosen Leben* (1977), Herder, Barcelona 1990, 6ª ed., p. 133; *En el principio era el sentido. Reflexiones en torno al ser humano*, traducción de H. Piquer Minguijón de *Im Anfang war der Sinn* (1982), Paidós, Barcelona 2000, p. 104.

⁶*La idea psicológica del hombre*, p. 154, cursiva en el texto.

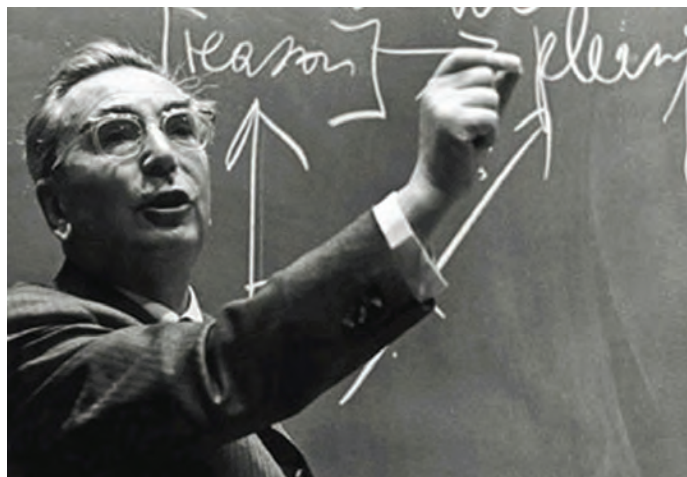
⁷Cf. *La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión*, traducción de J.M. López de Castro de *Der unbewusste Gott* (1974, 3ª ed.), Herder, Barcelona 1991, 8ª ed., pp. 26-27.

⁸Cf. *El hombre doliente...* pp. 96-97.

⁹Cf. *Logoterapia y análisis existencial...*, pp. 67_78. En esta obra encontramos una definición operativa de lo espiritual: “designamos como espiritual en el hombre aquello que puede confrontarse con todo lo social, lo corporal e incluso lo psíquico en él” (p. 100).



Nace aquí una pregunta que tiene su importancia desde el punto de vista filosófico: ¿de dónde viene el espíritu? Frankl nos recuerda, con la biología, que cada nuevo ser humano, concebido de modo sexual, es un único, un ser totalmente nuevo incluso desde el punto de vista de la genética. Pero ello no explica la condición espiritual, que debe venir, como ya había intuido Aristóteles, “desde fuera”: el espíritu no emerge de los cromosomas. Por eso, “lo espiritual tiene que entrar de algún modo en lo corpóreo-anímico; pero, una vez que ocurre esto, lo espiritual, el espíritu personal, queda velado: se oculta en su silencio. Calla y aguarda a que pueda comunicarse, a que pueda romper su silencio...”¹⁰.



Hay dos capacidades humanas que superan la visión insuficiente de los reduccionismos y que evidencian nuestra espiritualidad: el hombre es capaz de actuar el autodistanciamiento y de vivir la autotranscendencia. Por el autodistanciamiento, podemos “objetivarnos” y tomar conciencia de nuestros problemas y tensiones, y verlos con cierta objetividad. Por la autotranscendencia, por la capacidad de superar los límites del espacio y del tiempo, se puede decir que “el hombre es una esencia en busca de sentido”¹¹, un ser que se dirige necesariamente a algo o a alguien distinto de sí mismo¹². “Sumergiéndonos en el trabajo o en el amor, nos estamos trascendiendo, y por tanto nos estamos realizando a nosotros mismos”¹³.

Como el avión, el hombre puede (y debe) moverse en el suelo, pero muestra que es hombre cuando realiza la posibilidad del “vuelo”: “el hombre empieza a comportarse como hombre sólo si puede salir del plano de la facticidad psicofísico-organísmica y puede ir al encuentro de sí mismo, sin por ello tener que hacerse frente a sí mismo. Este poder es lo que quiere decir existir y existir significa: estar por encima de sí mismos siempre”¹⁴. En el fondo, la transcendentalidad humana nos dice que el hombre se configura a sí mismo no según las leyes de las teorías determinísticas, sino según su condición de imagen y semejanza de Dios: el hombre va más allá de la inmanencia y se dirige a su plenitud en la medida superior de lo absoluto, de Dios¹⁵.

Sólo si admitimos la espiritualidad humana comprenderemos la dignidad de todo hombre, también

¹⁰*El hombre doliente...*, p. 144. Un poco más adelante Frankl expresa una consecuencia paradójica de este origen ultramundano del espíritu: cada niño es hijo “corporal” desde el punto de vista fisiológico, mientras que “en sentido metafísico, todo niño es hijo adoptivo. Lo adoptamos en el mundo, en el ser. [...] En realidad no engendramos a un ser humano; sólo damos testimonio de ese milagro; la existencia personal, como espiritual que es, no se puede engendrar, sino sólo posibilitar. Los padres sólo podemos contribuir a esa autorrealización prestando a la existencia espiritual el mínimo existencial fisiológico” (p. 145). Cf. también *La voluntad de sentido...*, p. 107.

¹¹*Ante el vacío existencial...*, p. 133.

¹²Cf. *En el principio era el sentido...*, pp. 102-104.

¹³*La idea psicológica del hombre*, p. 27.

¹⁴*Logoterapia y análisis existencial...*, p. 78, cf. pp. 100-101.

¹⁵Cf. *El hombre doliente...*, p. 283.

¹⁶*La voluntad de sentido...*, p. 108. El texto recuerda la posibilidad contraria: si uno ve sólo el organismo y no llega a descubrir a la persona, no verá en ella ninguna dignidad cuando se encuentra en determinados estados patológicos. Podemos añadir nosotros que la actual difusión e, incluso, legalización de la eutanasia, nos dice cuánto hemos perdido la noción de la dignidad humana basada en su espiritualidad indestructible.



del enfermo que es incapaz de dar un sentido a su enfermedad, y entonces pierden su fuerza tentaciones como la de la eutanasia. Frankl hablaba de su “credo psiquiátrico” al reconocer su fe “en la continuidad de la persona espiritual aun detrás de los síntomas de la enfermedad psicótica”¹⁶.

a. Libertad y responsabilidad

Desde su espiritualidad el hombre descubre y reconoce dos notas fundamentales de su existencia: su *libertad* y su *responsabilidad*. Escoge su existencia y se decide ante los valores. Por lo mismo, se convierte en el responsable de la historia que escribe, la cual no es simplemente el resultado de una preponderancia de los instintos sobre el Yo consciente, pues el hombre es capaz de sobreponerse a las pulsiones más poderosas, a no ser que se encuentre en una situación patológica. Así se evidencia el profundo nexo que existe entre la libertad y la responsabilidad: “la libertad de la voluntad humana consiste, pues, en una libertad de ser impulsado para ser responsable, para tener conciencia”¹⁷. El problema de muchos hombres, no sólo de los neuróticos, radica en querer eludir la propia responsabilidad al negar su libertad bajo excusas, como, por ejemplo, admitir que



existe un supuesto determinismo causado por el medio ambiente, por la propia interioridad o por los demás, como si aceptase una visión fatalista de la vida¹⁸.

El tema de la *libertad* resulta más urgente en un mundo que ha promovido, desde una deformación de los ideales de la ciencia, concepciones de tipo determinista, como ya hemos visto en distintos momentos. Si bien la ciencia, en cuanto tal, no puede no ser determinista al fijarse en las dependencias y en las necesidades, la autocomprensión de nosotros mismos nos dice que somos libres, y que gozamos de autonomía respecto de aquello que necesitamos. La libertad humana se mueve en una triple dirección:

a) Respecto de los instintos: tenemos instintos, pero no estamos poseídos por ellos. Los necesitamos para poder caminar, pero no nos identificamos con ellos (cosa que sí ocurre en los animales).

b) Respecto de la herencia: la genética, especialmente al estudiar los casos de los gemelos monozigóticos, ha demostrado que pueden ser muy distintas las vidas de personas dotadas del mismo patrimonio genético. Cada uno, por lo tanto, tiene un enorme margen de decidir su existencia.

c) Respecto del medio ambiente o entorno: no es lo externo lo que nos configura, sino que nos “hacemos” según las decisiones que tomamos respecto de eso que nos rodea¹⁹.

Precisamente el ser hombre, el hacerse como individuo concreto e irrepitible, empieza en el otro lado,

¹⁷La presencia ignorada de Dios..., p. 57.

¹⁸ Cf. La voluntad de sentido..., pp. 47-48.

¹⁹ Cf. Logoterapia y análisis existencial..., pp. 94-97.



más allá de las variables dadas y de las “posiciones” que nos caracterizan y que son estudiadas por la biología, la psicología y la sociología. Nos encontramos en el ámbito de las decisiones, que escapan a toda observación meramente empírica, y que nos permiten el “cambio existencial”. De este modo, es necesario reconocer la posibilidad de la autosuperación, más allá de esas jaulas en las que nos encerramos bajo la excusa de nuestro “carácter”, cuando lo más importante es la capacidad que tenemos de decidir y de construir una personalidad nueva²⁰. Hay que reconocer también, contra interpretaciones de tipo psicologista, que el hombre puede conservar la libertad frente a muchos de sus estados psíquicos, incluso frente a algunas situaciones de naturaleza patológica²¹. Esto no implica que estemos afectados por algunos condicionamientos (que pueden ser dados, que pueden ser sufridos sin ninguna opción de fuga), pero lo importante es reconocer que “el hombre es y sigue siendo libre de tomar posiciones con respecto a estos condicionantes; siempre conserva la libertad de decidir su actitud para con ellos”²².

La grandeza de la libertad no está exenta de riesgos, incluso de resultados altamente negativos. Pero es mejor vivir en un mundo donde es posible escoger que no en un mundo donde todo esté determinado. En palabras de Frankl, “prefiero un mundo en el que sean posibles, por un lado, un fenómeno como el de Adolf Hitler y, por otro, el de tantos santos como han vivido”²³.

La propiedad correlativa de la libertad es la *responsabilidad*. “Luego que la orientación al sentido se vuelve hacia la confrontación con el sentido, se alcanza un estadio de madurez y desarrollo en el que la libertad -ese concepto tan subrayado por la filosofía existencialista- se vuelve responsabilidad”²⁴. La responsabilidad implica un

doble polo: uno es responsable de algo (soy el autor o la causa de un hecho en el mundo) y ante algo. Lo primero permite la imputabilidad. Lo segundo explica lo propio de la responsabilidad. ¿Y ante quién ha de responder el hombre libre? Debe responder, primeramente, ante ese algo que se llama la conciencia, entendida, desde luego, no como la entiende la psicología analítica; en segundo lugar, debe responder ante alguien, en virtud de la trascendentalidad de la conciencia. La conciencia no es la última instancia ante la que debemos responder, sino la penúltima; en el fondo, se refiere a Dios y depende de Dios²⁵.

b. El amor

Aquí se coloca la importancia del amor en la vida de cada uno. Ya hemos indicado que el hombre puede realizarse al hacer algo o al amar a alguien o al dar sentido a una situación de dolor. El amor es un aspecto de la autotranscendencia de la existencia humana, lo cual equivale a decir que es uno de los caminos de la



²⁰Cf. *Logoterapia y análisis existencial...*, pp. 97-103.

²¹Cf. *La voluntad de sentido...*, pp. 151-153.

²²*Psicoterapia y existencialismo. Escritos selectos sobre logoterapia, traducción de Psychotherapy and Existentialism (1967)*, Herder, Barcelona 2001, p. 19, cf. pp. 72-73.

²³*Psicoterapia y existencialismo...*, p. 29.

²⁴*Psicoterapia y existencialismo...*, p. 28.

²⁵Cf. *Logoterapia y análisis existencial...*, pp. 22-27; 115-121; *La presencia ignorada de Dios...*, pp. 61-66.

²⁶Cf. *El hombre doliente...*, pp. 58-59.



propia realización²⁶. Por el amor salimos de nosotros mismos para encontrar al otro, para descubrirlo en su riqueza propia. El amor permite llamar “tú” al otro, lo comprende en su singularidad e irrepitibilidad. Por eso “no es en absoluto correcto afirmar que el amor es ciego, al contrario, el amor devuelve la vista; es más, incluso es profético; puesto que el valor que el amor hace ver y resplandecer no es todavía realidad sino mera posibilidad; algo que todavía no existe, sino que se desarrolla, puede y debe desarrollarse”; “el amor contempla y abre posibilidades de valor en el tú amado”; “el amor, y sólo él, es capaz de contemplar a una persona en su peculiaridad como el individuo absoluto que es”²⁷. Por eso cualquier explicación del amor que implique someterlo a lo impulsivo o al Ello es insuficiente: no hay amor donde hay determinismo psicológico²⁸.

Colocado en el marco de la autotranscendencia humana, el amor nos abre a Dios, el ser que no podemos comprender y que, sin embargo, está tan cerca de nosotros, al que nos dirigimos no como un “él” sino como un “tú”. Lo descubrimos en la soledad, pues en ella descubrimos que no estamos solos, que siempre nuestros monólogos fueron diálogos con Alguien. Incluso se podría hablar de una vía emocional hacia Dios en nuestro anhelo de Él: “amo, ergo est”²⁹.

c. La singularidad personal

Conviene señalar, para terminar esta parte, una nota importante de la antropología frankliana. El hombre tridimensional (cuerpo-psique-espíritu) experimenta y es consciente de su irrepitible *singularidad*. Mi situación es rabiosamente mía, intransferible, totalmente distinta de la de cualquier otro hombre, incluso de quien haya vivido una existencia parecida a la propia. La singularidad es



una nota característica de toda existencia humana³⁰. Es imposible concebir dos biografías iguales, ni resulta correcto proyectar mi situación a otros, o descargar en terceros la responsabilidad de mis opciones personales. La frase con la que tantas veces nos justificamos: “Si tú estuvieses en mi lugar harías exactamente lo que yo hago” no tiene validez. Cualquiera que estuviese en mi lugar no actuaría según mis coordenadas individuales e intransferibles, sino según las suyas. La comparación entre las conductas humanas, que nos causan tantas veces envidias y complejos ocultos, no tiene sentido: “Ningún hombre ni ningún destino pueden compararse a otro hombre o a otro destino”³¹. Sólo es posible una comparación, la más radical y profunda de cada hombre, la de mi ser actual confrontado con mi “deber-ser” ideal... Por eso sentimos la necesidad de una realización personal, de un llegar a ser plenamente personas, para realizar así el sentido propio de nuestra existencia.

Esta singularidad se encuentra ligada a la *temporalidad*, a la *transitoriedad*³², un rasgo constitutivo de nuestra existencia que nos impide jugar con ella: no existe una “segunda oportunidad”. Por eso es tan

²⁷Logoterapia y análisis existencial..., pp. 81, 83, 84.

²⁸Cf. La presencia ignorada de Dios..., pp. 38-39.

²⁹Cf. El hombre doliente..., pp. 285-286, 288-297.

³⁰Cf. Psicoterapia y existencialismo..., pp. 31-32.

³¹El hombre en busca de sentido, traducción de Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager, Herder, Barcelona 1996, 18ª ed., p. 79.

³²Cf. La voluntad de sentido..., pp. 50-58.



importante responder bien y encontrar el sentido justo de la propia vida³³.

2. Actualidad de una psicología humanística

La psicología, para algunos, es todavía una ciencia joven. En una de sus primeras versiones, el psicoanálisis se vio centrado de un modo particular en el "sótano", en los misteriosos entresijos del inconsciente desde los que podríamos descubrir, según algunos, las causas de todas nuestras decisiones y comportamientos³⁴. Como ya hemos notado, Frankl critica con frecuencia a las dos principales escuelas de psicología de Viena, la de Freud y la de Adler, precisamente por haberse quedado en lo "profundo" y escondido, en detrimento de las aspiraciones superiores del ser humano, y por caer en una visión de tipo mecanicístico³⁵. No faltan tampoco



críticas a la teoría de los arquetipos ofrecida por Carl Gustav Jung³⁶, y a otros sistemas o teorías de tipo determinístico.

A pesar de las críticas, Frankl no quiso anular el trabajo anterior, sino complementarlo a partir de una visión antropológica más rica, que supiese concentrar la atención "en los fenómenos específicamente humanos, como son el deseo del hombre de encontrar un sentido para su vida y hacerlo realidad"³⁷. La "psicología profunda" necesita quedar enriquecida e integrada por una "psicología elevada", por una psicología que haga "justicia a los aspectos y aspiraciones más elevados del hombre, incluidas sus frustraciones"³⁸.

¿Y qué dimensión descubre la psicología espiritualista de Frankl? En ella se valoriza la dimensión del espíritu, la dimensión noética, que es regida por el reino de los valores. El psicoanálisis se ha dedicado a desenmascarar instintos ocultos que, desde el Ello, nos mueven, y ha cerrado los ojos al nivel superior: lo ha reducido a engaño o a superestructura. La logoterapia, en cambio, quiere hablarnos del verdadero y más pleno motor del hombre: el mundo axiológico, en el cual es posible encontrar el sentido de la propia existencia. "Uno de los postulados básicos de la logoterapia estriba en que el interés principal del hombre no es encontrar el placer, o evitar el dolor, sino encontrarle un sentido a la vida"³⁹. Esto no quita que los instintos tengan su papel en la vida del hombre, pero su función puede ser comparada a la energía que mueve algo superior, lo

³³Cf. *Logoterapia y análisis existencial...*, p. 152. Un breve resumen de la antropología frankliana se encuentra en *La voluntad de sentido...*, pp. 106-115 (*Diez tesis sobre la persona*).

³⁴En diversas ocasiones Frankl recuerda el texto de una carta de Freud a su amigo Ludwig Binswanger: "Yo me mantuve siempre en la planta baja y el subsuelo del edificio" (cf. *La voluntad de sentido...*, p. 141), como dando a entender que quedaba el trabajo de fijarse en lo que estaba por encima de los cimientos...

³⁵Cf. *La presencia ignorada de Dios...*, pp. 13-18.

³⁶Cf. *La idea psicológica del hombre*, pp. 51-54.

³⁷*Logoterapia y análisis existencial...*, p. 283; cf. A. LÄNGLE, Viktor Frankl. Una biografía, traducción de Macarena González de Viktor Frankl. Ein Porträt (1998), Herder, Barcelona 2000, pp. 221-222: la intención de Frankl era complementar las distintas psicoterapias, superando lo reductivo y las lagunas que pudiesen existir en ellas.

³⁸*Psicoterapia y existencialismo...*, p. 32.

³⁹*El hombre en busca de sentido*, p. 111.

⁴⁰Cf. *El hombre doliente...*, pp. 219-225; *Logoterapia y análisis existencial...*, p. 113.



espiritual; sólo en este nivel superior se decide la vida de cada uno⁴⁰.

A la vez, la psicología frankliana descubre en el nivel inconsciente la presencia de la espiritualidad negada por otras escuelas psicológicas, de forma que se puede hablar de un "inconsciente espiritual" o de una "espiritualidad inconsciente", que se convierte en la raíz sustentadora de la espiritualidad consciente. En esta espiritualidad inconsciente radica la conciencia en cuanto es posible considerarla como algo irracional, es decir, como "una comprensión de valores pre-moral que precede esencialmente a toda moral explícita"⁴¹.

¿Cuál sería la especificidad de la teoría psicológica frankliana? Se puede descubrir tal especificidad a partir del objetivo prefijado: "hacer ver y aparecer lo personal en la psicosis"⁴². Así, la logoterapia se convierte en la auténtica "psicología profunda", en la medida "en que desciende no sólo a lo inconsciente instintivo sino también a lo inconsciente espiritual"⁴³; es una "psicoterapia a partir de lo espiritual"⁴⁴, por lo que, como dijimos, complementa (no elimina) a la psicoterapia tradicional. Este "partir de lo espiritual" significa recurrir al *lógos* (término que coincide con "sentido"), en una terapia que mire a ayudar al paciente a orientarse hacia el sentido, el significado, de su vida. La metodología a seguir en la búsqueda de este objetivo es la del "análisis existencial", que consiste en desvelar o proponer aquellas posibilidades en las que la persona puede realizar el sentido de su existencia⁴⁵.

Hay textos en los que con claridad Frankl acepta la existencia de distintas vías de curación adecuadas al tipo de enfermedad que aqueje a cada tipo de pacientes.



En sus palabras, "en caso de una psicosis actuaré decididamente como psiquiatra, es decir, orientado más que nada hacia el proceso patológico orgánico. En el caso de una neurosis tendré que proceder de manera diferente [...]: someteré al enfermo a una psicoterapia (en el sentido más estricto)"⁴⁶. En cambio, si una depresión no tiene ni causa psicótica ni causa neurótica, la terapia tiene que ser distinta... Así, la logoterapia no puede ser vista como una psicoterapia "tradicional"; su especificidad consiste en penetrar "en el pensamiento peculiar del paciente y lo hace con una contraargumentación lógica [...]. La logoterapia trata [...] con armas espirituales sobre la lucha espiritual que ocurre dentro del paciente"⁴⁷.

Aquí radica otro de los principios fundamentales de la logoterapia. El hombre está orientado hacia fuera de sí mismo, hacia los valores, hacia los demás, hacia el sentido objetivo, como hemos visto anteriormente. Querer buscar la autoactualización o autorrealización es equivocarse. Querer evitar toda tensión y conquistar un equilibrio tipo psicoanalítico es orientarse al fracaso e, incluso, crear los presupuestos para caer en la

⁴¹Logoterapia y análisis existencial..., p. 82; cf. La presencia ignorada de Dios..., pp. 21-32.

⁴²Logoterapia y análisis existencial..., p. 91.

⁴³Logoterapia y análisis existencial..., p. 92.

⁴⁴La presencia ignorada de Dios..., p. 21.

⁴⁵Cf. La idea psicológica del hombre, pp. 99-100.

⁴⁶La voluntad de sentido..., p. 45.

⁴⁷La voluntad de sentido..., p. 46.

⁴⁸Cf. Psicoterapia y existencialismo..., p. 79.



enfermedad psíquica que se quería evitar⁴⁸.

Por lo tanto, todos estamos llamados a encontrar nuestro sentido, el porqué y el para qué de nuestra existencia, y esto resulta vital para lograr el equilibrio y el bienestar mental. La logoterapia quiere ayudar al paciente a enfrentarse con su situación, a asumir su responsabilidad, a ponerse en camino hacia el sentido de su vida, que no coincide, por lo tanto, simplemente con el existir⁴⁹. El mundo en el que vive el hombre “es un mundo pleno de sentidos (que constituyen las razones y motivaciones para actuar) y lleno de otros seres humanos (que constituyen las personas para amar)”⁵⁰. En este mundo cada uno tiene que decidir su vida, tiene que encontrar la respuesta que se le pide.

Podemos señalar aquí, en forma breve, dos aspectos típicos del trabajo del logoterapeuta. Si el hombre, como vimos, se caracteriza por sus capacidades de *autotranscendencia* y de *autodistanciamiento*, el logoterapeuta estimulará a la primera al encuentro del sentido único, personal e intransferible, de la propia vida, desde el cual puede ser curada la neurosis noógena. En este nivel de la autotranscendencia se coloca la teoría de la *desreflexión* o *derreflexión*. Frankl observa cómo muchas personas, por un exceso de reflexión, llegan a frustrar deseos profundos. Si uno, por ejemplo, quiere lograr el máximo placer sexual en su vida matrimonial, es fácil que su misma atención le impida lograr su meta. La desreflexión nos lleva a no fijarnos en nosotros mismos y a actuar con el deseo de salir de nosotros mismos, con



resultados que pueden sorprendernos profundamente⁵¹. Es interesante recordar aquí que el goce sexual exige la integración y humanización de la sexualidad en el amor. Cuando no se llega a esta maduración profunda, la sexualidad se vive en niveles subhumanos, como en los casos del onanismo, la pornografía, la promiscuidad o la prostitución⁵².

Estas ideas se pueden aplicar, en general, al tema de la búsqueda de la felicidad: no hay que considerarla como meta, sino como algo que acompaña al hombre que ha conseguido una meta (la realización del sentido). El problema del neurótico está precisamente en buscar como meta de su vida el placer, y no el sentido o la realización de los valores que traen consigo, como consecuencia, la conquista del placer. Por lo mismo, la curación inicia allí donde dejamos de buscar el placer para ir a lo más importante: el sentido⁵³.

⁴⁹Frankl contaba una anécdota simpática que ilustra bien lo “original” de su metodología terapéutica. “Un médico americano me preguntó en Viena que le explicara la diferencia entre logoterapia y psicoanálisis con una sola frase. Le contesté invitándole a que primero me dijera cuál era, a su entender, la esencia del psicoanálisis. Me dijo: «En el psicoanálisis, el paciente debe estar echado sobre un sofá y contarte cosas que a veces son muy desagradables de contar». Como bromeando le repliqué: «Pues, en logoterapia, el paciente puede permanecer sentado, pero tiene que oír cosas que a veces son muy desagradables de oír»” (V.E. FRANKL, *Psicoterapia y existencialismo...*, pp. 26-27).

⁵⁰*La idea psicológica del hombre*, p. 28.

⁵¹Cf. *En el principio era el sentido...*, pp. 127-133.

⁵²Cf. *El hombre doliente...*, pp. 60-62. Al final de estas páginas manifiesta Frankl una extraña incomprensión de la doctrina católica sobre la contracepción, como si el tener la “píldora” a disposición de todos significase una “humanización” de la sexualidad, cuando, en realidad, la hiere profundamente, como ya anticipó proféticamente Pablo VI en la encíclica *Humanae vitae*.

⁵³Cf. *El hombre doliente...*, p. 12.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

El *autodistanciamiento*, en cambio, puede ser aplicado en modo terapéutico incluso a neurosis de tipo psicótico, por medio de un sano buen humor que haga ver las cosas “desde fuera” y por medio de un “descubrimiento” de Frankl: la *intención paradójica*. Existen diversos tipos de neurosis que pueden ser tratados por medio de esta curiosa técnica. El primero es la neurosis de ansiedad: aparece un síntoma (miedo a salir de casa, por ejemplo); se desea huir de él; ello aumenta la aparición del síntoma y se agravan las consecuencias... El segundo tipo es la neurosis obsesiva: ante una cierta presión o síntoma (un temblor en las manos) se produce una lucha para hacerlo desaparecer, lo cual aumenta o fija aún más el síntoma que uno quiere quitar. La intención paradójica consiste en aceptar serenamente el riesgo o el síntoma, o incluso en querer que se produzca. Un ejemplo típico es el caso de la ausencia de sueño: muchos pacientes se han curado cuando han sido invitados a ir a la cama con el propósito de no dormir en toda la noche: en pocos minutos estaban durmiendo...⁵⁴.



Notamos así, en la logoterapia, una profunda revalorización del papel de la persona neurótica en la gestión de su misma enfermedad. Aunque uno pueda no ser responsable del originarse de una enfermedad psíquica, no por ello ha perdido toda responsabilidad en lo que se refiere a la actitud que pueda tomar respecto de la misma⁵⁵.

Hay muchos otros aspectos de la teoría y de la práctica logoterapéutica que deberían ser analizados, y que dejamos al juicio de los expertos. Queríamos recordar, para acabar este punto, una idea que aparece en distintos lugares de las obras de Frankl: la frecuencia con la que la gente recurre a los psicólogos para conseguir una curación espiritual, similar a la que se pedía en muchos casos a la figura del sacerdote, por lo que se puede hablar de una “cura de almas” médica⁵⁶. De modo especial, la logoterapia quiere responder a esta necesidad, sin que ello implique una especie de “competencia” o de rivalidad respecto del trabajo de los sacerdotes. Simplemente, frente a la necesidad de aquellos enfermos que necesitan también una atención espiritual que no quieren o no saben pedir al sacerdote, el psiquiatra no puede sustraerse a sus demandas. Ello no implica confundir psicoterapia (en general, incluida la logoterapia) y religión, pues la primera mira a la curación mental o psíquica, mientras que la segunda persigue la salvación del alma. Pero es posible que, como efecto concomitante de un tratamiento, el psicoterapeuta ayude a la salvación espiritual, y el sacerdote, en un encuentro de tipo pastoral, contribuya a la salud psíquica de una persona⁵⁷.

⁵⁴Cf. *En el principio era el sentido...*, pp. 114-127; *El hombre en busca de sentido*, pp. 119-123 (donde Frankl advierte que la intención paradójica no es una panacea para todo...).

⁵⁵Cf. *Logoterapia y análisis existencial...*, pp. 104-106.

⁵⁶“Antes, la gente frustrada en su voluntad de sentido se dirigía probablemente al pastor, al sacerdote o al rabino. En la actualidad, llena las clínicas y los despachos de consulta. El psiquiatra, entonces, se encuentra a menudo en una situación embarazosa; se enfrenta ahora a problemas humanos más que a síntomas clínicos específicos” (V.E. FRANKL, *Psicoterapia y existencialismo...*, p. 82).

⁵⁷Cf. *Logoterapia y análisis existencial...*, pp. 130-139; *La idea psicológica del hombre*, pp. 102-105; *La voluntad de sentido...*, pp. 77-81.



Conclusión

La logoterapia está en plena expansión, con una pluralidad de interpretaciones y de tendencias que muestran el carácter no dogmático de su fundador, como nos recuerda Alfried Längle⁵⁸.

Pero Frankl va más allá de lo que pueda ser una escuela de psicología. Su historia personal, su condición de superviviente de uno de los hechos más dramáticos de la humanidad, el holocausto de millones de hermanos hebreos, le convirtió en un portavoz de los derechos humanos, de la dignidad del hombre incluso en las condiciones más injustas y miserables que puedan ser imaginadas. Sus conferencias a lo largo del planeta no fueron escuchadas sólo por sus contenidos psicológicos (de por sí de alto interés), sino por la fuerza de la vida que los sostenía. "Se convirtió en el símbolo conmovedor de la resistencia de los hombres contra el absurdo del sufrimiento y a favor de la grandeza del espíritu humano, cuya capacidad lleva cada uno en sí mismo y es la que le constituye y la que funda su dignidad como hombre"⁵⁹.

Nos podríamos preguntar aquí: ¿cuál fue la misión de Viktor Frankl? ¿Cuál fue el sentido de su vida, la respuesta que dio a las circunstancias que lo rodearon? El mismo Frankl hizo esta pregunta a un joven universitario de los Estados Unidos que había ido a visitarlo. El joven contestó sencillamente: Ud. ha encontrado el sentido de su vida en el ayudar a los demás a encontrar el sentido de sus vidas⁶⁰.



El hombre sigue buscando el sentido de su vida. El sufrimiento será siempre un misterio que nos invita a levantar los ojos y a buscar un supersentido, a dialogar, en lo más profundo de nuestra conciencia, con Aquel que nos escribe y que nos ama. Frankl no dudaba en declarar, sin exageraciones, que había conocido al hombre, en su desnudez, en su radicalidad, en su existencia pura, en sus ojos que miran al cielo con una oración de súplica. Con sus palabras queremos cerrar estas páginas que son un sencillo homenaje a uno de los grandes protagonistas del siglo que ha terminado.

"Nosotros hemos tenido la oportunidad de conocer al hombre quizá mejor que ninguna otra generación. ¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre *decide* lo que es [...]. Después de todo, el hombre es el ser que ha inventado las cámaras de gas de Auschwitz, pero también es el ser que ha entrado en esas cámaras con la cabeza erguida y el Padrenuestro o el *Shema Yisrael* en sus labios"⁶¹.

⁵⁸Cf. A. LÄNGLE, *Viktor Frankl. Una biografía*, pp. 233-247. En Austria tiene su sede el Viktor Frankl Institute, que cuenta con una página en internet desde la que podemos acceder a una información general sobre los estudios e instituciones que han profundizado y promueven la logoterapia en el mundo (cf. logotherapy.univie.ac.at). Muy unido al trabajo de esta institución trabaja, en Italia, Eugenio Fizzotti, que dirige una Asociación de logoterapia y análisis existencial, también presente en internet (cf. www.logoterapiaonline.it). Son numerosas las sociedades de este tipo en los países de habla hispana, de las cuales se puede encontrar información en la página de internet del Viktor Frankl Institute.

⁵⁹A. LÄNGLE, *Viktor Frankl. Una biografía*, p. 115.

⁶⁰Cf. V.E. FRANKL, *Appunti per un'autobiografia*, in E. FIZZOTTI e R. CARELLI (a cura di), *Logoterapia applicata. Da una vita senza senso a un senso nella vita*, Salcom, Brezno di Bedero 1990, pp. 41-42; A. LÄNGLE, *Viktor Frankl. Una biografía*, p. 126.

⁶¹*El hombre en busca de sentido*, pp. 87 y 128.



Venid a mí... » (Mt 11,28) - llamada a la comunión con Dios



Pedro Mendoza Magallón, L.C

Doctor en Teología

Licenciado en Filosofía

Profesor ordinario de teología del Ateneo Pontificio

Regina Apostolorum.

La llamada o invitación de Cristo en los evangelios suele ser introducida por el verbo de movimiento “venir” y similares (en el texto original griego: ἔρχομαι o su equivalente ἦγω o ἀκολουθέω y dos adverbios con significado equivalente al verbo venir, δεῦτε y δεῦρο). Este es un dato significativo. Ya en sí mismo el verbo “venir” expresa gráficamente el desplazamiento de un lugar a otro, en este caso del propio entorno para dirigirse al lugar donde se encuentra quien formula la invitación, Cristo.

En este artículo deseamos presentar un estudio de una veintena de pasajes sobre el verbo “venir” utilizado por parte de Cristo en los evangelios. Buscamos catalogar el uso del verbo en estos pasajes, colocándolos en su contexto, para captar lo que significan.

1. Invitación a seguirlo (ser su discípulo)

Mt 4,18-20 es un pasaje clave en donde aparece en los evangelios, por primera vez, el verbo “venir” con la función de indicar expresamente la llamada de Cristo a seguirlo. Cristo utiliza este verbo en la forma de imperativo, como exhortación: “venid conmigo...” (v.19: δεῦτε ὀπίσω μου). En el contexto de esta invitación o exhortación está el encuentro de Cristo con unos pescadores, Simón Pedro y Andrés. A ellos Cristo les pide introducirse mar adentro y los invita a lanzar las redes para la pesca. El jefe de ellos, Simón Pedro, renuente

al inicio, termina por ejecutar la orden recibida. Como resultado acontece la pesca milagrosa. Y el desenlace de este encuentro es la llamada de Cristo a “venir” con Él (v.19: δεῦτε):

¹⁸ Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, ¹⁹ y les dice: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». ²⁰ Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron (Mt 4,18-20).

Mc 6,30-32 nos presenta otra invitación de Cristo: “venid” (v.31: δεῦτε). Después del primer llamado y de la positiva acogida del mismo, los discípulos forman una comunidad junto con Cristo. Comparten todo con Él: actividades, descanso, comidas, inquietudes y planes apostólicos, labores de predicación y curación. En esta ocasión la invitación va dirigida a los discípulos. Cristo los había enviado previamente a recorrer aldeas predicando la buena nueva y obrando todo tipo de bien a los enfermos y necesitados. Al volver, los discípulos se reúnen con Jesús y le cuentan cuanto habían hecho y enseñado. El Maestro quiere que lo acompañen y vayan con Él a un lugar apartado donde puedan descansar un poco de la fatiga del trabajo apostólico que han venido realizando. Cristo quiere que sus discípulos reciban el descanso merecido, antes de proseguir con el ritmo intenso de su labor apostólica.



³⁰ Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado. ³¹ Él, entonces, les dice: «Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco». Pues los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer ³² Y se fueron en la barca, aparte, a un lugar solitario (Mc 6,30-32).

2. Finalidad de su seguimiento

Los pasajes de Jn 5,39-40 (v.40: “no quieren venir” [οὐ θέλετε ἐλθεῖν]) y Jn 13,33.36 (v.33: “no pueden venir” [οὐ δύνασθε ἐλθεῖν]) nos descubren cuál es la finalidad de la “llamada” o “invitación” de Cristo. Su llamado es para que tengamos vida en Él. Pero su invitación respeta siempre la libertad del hombre. Jn 5,39-40 nos muestra cómo hay quienes no quieren acogerla, en este caso los “judíos”, y por lo mismo no pueden recibir el don de la “vida” en Cristo, esto es, la comunión plena con Él:

³⁹ Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí; ⁴⁰ y vosotros no queréis venir a mí para tener vida (Jn 5,39-40).

Por el contrario, a Pedro y a los demás discípulos que sí han acogido la llamada de Cristo, y que comparten con Él la última cena, Cristo asegura que lo acompañarán más tarde (cf. Jn 13,33.36). Por ahora no pueden seguirlo, pero sí lo harán más tarde, cuando el Señor los llamará a dar el mismo testimonio de fe hasta abrazar la muerte por permanecer fieles a Él:

³³ «Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les dije a los judíos, que adonde yo voy, vosotros no podéis venir, os digo también ahora a vosotros». [...] ³⁶ Simón Pedro le dice: «Señor, ¿a dónde vas?» Jesús le respondió: «Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde» (Jn 13,33.36).

3. Garantía de su seguimiento

La invitación de Cristo a acompañarlo y permanecer con Él fielmente está garantizada por el mismo Cristo, que ora por ellos (“ruego por ellos”: Jn 17,9; “cuida”: 17,11; “que sean uno”: 17,21). La comunión con Cristo no es resultado del esfuerzo humano, aunque lo requiere, sino sobre todo de la voluntad de Cristo y de su gracia que la hacen propicia y duradera. Cuando Cristo se está yendo de este mundo, en su discurso de despedida de los discípulos en la última cena, intercede en oración para que permanezcan unidos a Él y entre sí siendo una sola cosa:

⁹ Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; [...] ¹¹ Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. [...] ²¹ para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17,9.11.21).

4. Requisitos o exigencias para su seguimiento

a) *Primer requisito: recibir esta invitación a través del Padre*

Para seguir a Cristo una primera condición es la de recibir esta invitación y esta viene a través del Padre: vendrán a Él, “aquellos que el Padre le ha dado” (cf. Jn 6,37-40) y “los que el Padre conduce a Él” (cf. Jn 6,44-47). Jesús afirma que todo lo que el Padre le da viene a Él (v.37: πρὸς ἐμὲ ἦξει) y Él no rechaza a quien viene a Él (v.37: τὸν ἐρχόμενον πρὸς με). Afirma a continuación que la razón de ser de su misión en la tierra es cumplir la voluntad del Padre y esta voluntad consiste en no perder a ninguno de los que le ha dado sino en darles la vida



eterna con la resurrección (v.39). Vuelve a repetir que la voluntad del Padre es dar la vida eterna y resucitarlos el último día (v.40):

³⁷ Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera; ³⁸ porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. ³⁹ Y esta es la voluntad del que me ha enviado; que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día. ⁴⁰ Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día (Jn 6,37-40).

Quien experimenta y escucha la invitación a venir a Cristo es solo quien el Padre atrae hacia Él. Si no es así, dice Cristo: "nadie puede venir a mí" (v.44: οὐδείς δύναται ἐλθεῖν πρὸς με):

⁴⁴ Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae; y yo le resucitaré el último día. ⁴⁵ Está escrito en los profetas: «Serán todos enseñados por Dios». Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. ⁴⁶ No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre. ⁴⁷ En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna (Jn 6,44-47).

b) Segundo requisito: tener la disposición adecuada para recibir esta llamada o invitación

Si bien la llamada a entrar en comunión de vida con Cristo es un don que Él ofrece gratuitamente a quien



quiere, al mismo tiempo para que se haga realidad son necesarios otros requisitos o exigencias. La parábola de Mt 22,2-14 muestra esa invitación a la comunión con Él con la imagen del banquete de bodas (v.4: "venid, pues, a la fiesta de la boda" [δεῦτε εἰς τοὺς γάμους]). Ante la invitación hay diversas reacciones: muchos no la acogen, otros sí. Finalmente, entre los que acogen la invitación y se presentan al banquete hay alguno que no acude con el "traje de bodas" apropiado (v.12) y, por lo mismo, será rechazado de la participación en el banquete. Llevar "el traje de bodas" es uno de los requisitos para entrar en el banquete de la comunión con Cristo y participar en él:

² El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo. ³ Envió sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. ⁴ Envió todavía otros siervos, con este encargo: Decid a los invitados: «Mirad, mi banquete está preparado, se han matado ya mis novillos y animales cebados, y todo está a punto; venid a la boda» (Mt 22,2-4).

c) Tercer requisito: abrazar la cruz y las renunciaciones por amor a Él

El que quiera acoger su llamada para estar con Él y ser su discípulo (Lc 9,23: Εἰ τις θέλει ὀπίσω μου ἕρχασθαι), tiene que abrazar algunas renunciaciones, comenzando por la renuncia a sí mismo, y tomar su cruz.

²³ Decía a todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lc 9,23).

Cualquiera que quiera seguirlo (Lc 14,26: Εἰ τις ἕρχεται πρὸς με), debe, además, preferir a Jesús por encima de todo: familiares, posesiones, la propia vida, etc. De lo contrario no podrá ser su discípulo:

²⁶ Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío (Lc 14,26).

La renuncia a todo resulta, en algunos casos, una condición imprescindible para quien quiera seguir a Cristo de una manera más plena y perfecta. Así lo indica a aquel joven que se acercó a Él preguntando por el camino para alcanzar la vida eterna (cf. Mt 19,16-22). A



este joven le indica que no basta solo con ser una persona buena y cumplir los mandamientos, es preciso que vaya más allá y se desprenda de todo. Tal desprendimiento de los bienes materiales es necesario cuando tales bienes llegan a ser obstáculo para entrar en comunión con Cristo, como era el caso de aquel joven que buscaba la perfección. Solo después de haberse desprendido de todo podrá acoger su invitación: “ven y sígueme” (v.21: δεῦρο ἀκολούθει μοι).

¹⁶ En esto se le acercó uno y le dijo: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?» ¹⁷ Él le dijo: «¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». ¹⁸ «¿Cuáles?» - le dice él. Y Jesús dijo: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, ¹⁹ honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo». ²⁰ Dícele el joven: «Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?» ²¹ Jesús le dijo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme». ²² Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes (Mt 19,16-22).

d) *Cuarto requisito: hacer la verdad en la propia vida y vivir con coherencia*

En el encuentro de Jesús con la mujer samaritana aparece con fuerza que, para seguir y acoger a Cristo y su mensaje, es necesario hacer la verdad en la propia vida y vivir con coherencia. Esta es la finalidad del encuentro de Cristo con aquella mujer samaritana, a quien Él va en su búsqueda en un momento determinado de su vida, cuando ella se encontraba completamente abandonada y alejada de Dios (cf. Jn 4,5-42). Cristo le ofrece el agua viva, que es Él mismo, para que ya no vuelva a tener sed. Quiere que esa mujer experimente el gran don de su amor y de su presencia en su vida para que no vuelva a buscar la felicidad donde no se encuentra: en los pozos de agua de este mundo que no sacian la sed profunda del corazón. En ese diálogo con ella la va conduciendo poco a poco, con estrategia, a reconocer su situación personal irregular y a reconocer que Él quiere sanarla e invitarla a la comunión de vida con Él. Entonces, para conducirla a reconocer la situación irregular e incoherente en que vive



y para ayudarla a salir de ella, le pide que vaya a buscar a su marido y luego venga a Él (v.16: καὶ ἔλθε ἐνθάδε). El relato continúa y describe el cambio radical de vida que Cristo provoca en aquella mujer, convirtiéndola en una fiel discípula suya, que en seguida logra que muchos otros samaritanos de esa ciudad crean en Jesús y lo reconozcan como Mesías (v.39):

⁵ Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. ⁶ Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. ⁷ Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: «Dame de beber». ⁸ Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice a la mujer samaritana: ⁹ «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). ¹⁰ Jesús le respondió: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.» ¹¹ Le dice la mujer: «Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¹² ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?» ¹³ Jesús le respondió: «Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; ¹⁴ pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente



de agua que brota para vida eterna». ¹⁵ Le dice la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla». ¹⁶ Él le dice: «Vete, llama a tu marido y vuelve acá». [...] ³⁹ Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: «Me ha dicho todo lo que he hecho» (Jn 4,5-16.39).

e) *Quinto requisito: acoger a Cristo con la sencillez de un niño*

Cuando le son presentados a Cristo unos niños para que los bendijera (cf. Mt 19,13-15), nos deja una gran enseñanza: debemos acudir a Él con la sencillez y confianza con la que un niño acude a su padre o a su madre. Al ver que sus discípulos intentan impedir que los niños se acerquen a Él, les reprocha esa actitud (v.14: “no les impidáis que vengan a mí” [μη κωλύετε αὐτὰ ἐλθεῖν πρὸς με]) y les invita a aprender de esos niños a acudir a Él con plena sencillez y confianza, pues Él siempre acoge a quien acude así.

¹³ Entonces le fueron presentados unos niños para que les impusiera las manos y orase; pero los discípulos les reñían. ¹⁴ Mas Jesús les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos». ¹⁵ Y, después de imponerles las manos, se fue de allí (Mt 19,13-15).

f) *Sexto requisito: confirmar la fidelidad en su seguimiento con el amor*

Acoger la invitación de Cristo a seguirlo, no solo implica abrazar muchas renunciaciones y sacrificios, sino requiere también confirmarla en el amor a Él, sobre todo cuando ha habido infidelidades o traiciones, como fue en el caso de Pedro, que negó tres veces de haberlo conocido. Por ello, en una de las apariciones de Jesús a sus discípulos junto al lago, aprovecha para entablar con Pedro un diálogo sanador y reparador de la fidelidad en su seguimiento (cf. Jn 21,15-19). Después de interpelarlo por tres veces hasta dónde llega su amor a Él, lo confirma en su misión y lo invita a ser fiel a la misma: “Sígueme” (v.19: Ἀκολούθει μοι).

¹⁵ Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis corderos». ¹⁶ Vuelve a decirle por segunda vez: «Simón de Juan, ¿me amas?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas». ¹⁷ Le dice por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «¿Me quieres?» y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas. ¹⁸ En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras». ¹⁹ Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme» (Jn 21,15-19).

Precisamente, en el momento del juicio final uno de los criterios fundamentales para recibir el premio de la vida eterna será el haber vivido plenamente el amor a Dios y al prójimo. Así lo señala Cristo en el discurso del juicio final (cf. Mt 25,31-46) invitando a venir a Él y a tomar posesión del Reino a aquellos que practicaron las obras de caridad (v.34: «Venid, benditos de mi Padre» [δεῦτε, οἱ εὐλογημένοι τοῦ πατρὸς μου]):

³⁴ Entonces dirá el Rey a los de su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; ³⁶ estaba desnudo,



y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme» (Mt 25,34-36).

5. Peligro en el seguimiento de Cristo: el abandono

El peligro que está siempre al acecho en el seguimiento de Cristo y en la vivencia de la comunión con Él es el del abandono o infidelidad. Cristo previno de ello a sus discípulos durante el discurso de la última cena. Sabía que en el momento de la prueba, en la "hora" de la pasión, titubearían y terminarían por ser infieles momentáneamente (cf. Jn 16,32). El abandono de Cristo por parte de sus discípulos es el movimiento opuesto de "venir" a Cristo: "me dejaréis solo" (v.32: *κάμὲ μόνον ἀφήτε*).

³² Mirad que llega la hora (y ha llegado ya) en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo (Jn 16,32).

6. Frutos en el seguimiento de Cristo:

Como fruto representativo del seguimiento de Cristo, Él nos exhorta a acudir a Él (*δεῦτε πρός με*) para encontrar descanso y alivio de las cargas y fatigas que implica la vida de cada día (cf. Mt 11,25-28). Este fruto está representando todos los dones que Cristo otorga a quien entra en comunión de vida con Él: descanso, alivio, paz, seguridad, vida eterna, el don de sí mismo, etc.

²⁸ Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso (Mt 11,28).

Al concluir nuestro estudio del verbo "venir" y

similares (en el texto original griego: *ἔρχομαι* o su equivalente *ἦκω* o *ἀκολουθέω* y dos adverbios con significado equivalente al verbo venir, *δεῦτε* y *δεῦρο*) usado por parte de Cristo en los evangelios, podemos apreciar la riqueza de usos y significados que adquiere en el contexto en el que viene utilizado. Sirviéndose de este verbo, Cristo formula su invitación a su seguimiento, esclarece la finalidad del mismo, asevera la garantía para quien lo sigue, presenta los requisitos o exigencias de su seguimiento y señala algunos de los frutos de quien acoge su invitación a acudir a Él.

Palabras clave: Cristo, llamada, vocación, comunión, venir a Él.





Una aproximación hacia la devoción a la virgen María desde la piedad popular¹



† José Rafael Palma Capetillo
Obispo Auxiliar de Xalapa

Introducción

“Nunca tengas miedo de amar demasiado a la Virgen María. Jamás podrás amarla más que Cristo” (san Maximiliano María KOLBE, mártir).

La doctrina y el culto mariano no son fruto de un sentimentalismo superficial y pasajero, ya que el misterio de la Virgen María contiene verdades reveladas que se imponen a la inteligencia de los creyentes; desde luego, los que pertenecemos a la Iglesia católica tenemos la misión de conocer más a fondo, enseñar y promover tal devoción a nuestra madre del cielo.

Toda devoción¹ auténtica a la María Virgen y Madre nos conduce necesariamente al amor y compromiso con Cristo y con la Iglesia². La devoción que se tiene a la Madre de Dios se expresa principalmente en las oraciones dirigidas a ella, como intercesora; a las peregrinaciones con su imagen o hacia sus santuarios, y también a algunos signos, como las medallas, los escapularios, los colores (por ejemplo, azul y blanco) que se usan en su honor, etcétera.

1) La auténtica devoción a la Virgen María

Comúnmente la devoción a los santos se llama *dulía*, que es el culto debido a ellos, porque nos han dejado un ejemplo de virtudes heroicas, y porque siempre nos conducen a Dios.

Por otra parte, la invocación auténtica a la Virgen Santísima se llama *hiperdulía*, que significa un culto especial, una ‘super-devoción’ que se le debe exclusivamente a ella.

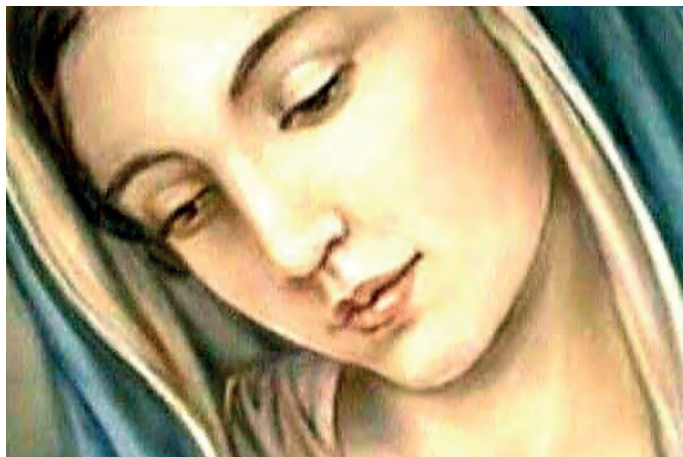
La misión de María en la historia de la salvación está estrechamente unida al misterio de Cristo y de la Iglesia, lo cual da un justo lugar a la doctrina mariana y a su devoción popular, descubriendo su vasta e inagotable riqueza espiritual. *“En la santa Iglesia, María ocupa el lugar más alto después de Cristo y el más cercano a nosotros”³*. Es la madre del redentor y camina con nosotros.

¹ El término latino *devotio*, *-ōnis*, significa amor, veneración o fervor (cf Diccionario de la lengua española).

²PABLO VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, 2 febrero 1974.

³CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium* 54.

⁴Dt 5,6-9: *“Yo soy el Señor tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto”*.



2) La adoración a Dios y el culto a la Virgen María y a los santos

La adoración se debe exclusivamente a Dios⁴. En cambio, nuestro amor y veneración a otras personas, especialmente a la Virgen María y a los santos, en su sentido propio son otro tipo de culto menor, que no puede igualarse a la adoración.

Nosotros tenemos imágenes (esculturas de madera, de piedra, de metal, etcétera) y cuadros de la Santísima Virgen y de los santos, porque ellos son un modelo maravilloso de quienes amaron a Cristo y nos conducen a él. Podemos invocarlos, incluso en la oración, pero propiamente **veneramos** tales imágenes; no podemos nunca adorarlas, porque caeríamos en la idolatría. Así es nuestra fe y el fervor que manifestamos, ya sea privada o comunitariamente.

María Santísima es una criatura humana como cualquiera de nosotros, sin embargo, fue preservada del pecado original, porque Dios Padre quiso prepararla como el primer sagrario que llevó a Cristo, cuando él vino al mundo. También María, al término de su vida terrenal, fue llevada en cuerpo y alma al cielo. Al respecto, decía el Arzobispo Fernando Ruiz Solórzano⁵: *“Todo en Cristo es humano, menos él; todo en María es divino, menos ella”*, para ayudarnos a comprender estos valiosos misterios que la Iglesia sostiene en su fervor.

En efecto, María Santísima es un ser humano ‘de carne y hueso’ (cf Gn 2,21), no es de manera alguna una diosa ni algo semejante; sin embargo, ella fue elegida por Dios Padre para ser la madre del redentor, es considerada la nueva Eva *“en enemistad con el mal”* (Gn 3,15), *“la llena de gracia”* (Lc 1,28), la siempre Virgen María.

Por eso nuestro culto a la reina del cielo es muy especial, popular y muy expresivo.

3) El rezo del santo Rosario

El Rosario es llamado así porque es una especie de ofrenda floral dedicada a la Virgen María.

El Rosario puede ser rezado por todos: niños, jóvenes, adultos, sanos, enfermos, profesionales y analfabetas, pero siempre es una oración muy recomendada por la Iglesia y la misma Virgen Santísima (como lo hizo ante los niños de Fátima, Portugal, en las apariciones desde el 13 de mayo de 1917).

En realidad, el Rosario es una **oración bíblica**, que nos permite enunciar en cada misterio los pasajes más significativos de la obra salvadora de Cristo. De hecho, el *Padre nuestro* y el *Ave María* tienen un contenido bíblico muy valioso para todos nosotros.

En el Rosario se usa el modo de orar repitiendo, como lo hacen los salmos (por ejemplo, el 107, *Acción de gracias*) y como Jesús nos dio ejemplo en su agonía en el Huerto de los Olivos (cf Mt, 26,36-46). Una de las grandes ventajas que tiene el Rosario es que se puede rezar de manera continuada, o si fuera necesario por algún motivo, se puede hacer interrumpiendo, es decir, por partes. Santo Domingo de Guzmán⁶ señaló que: *“El Rosario no es una oración cualquiera, sino un modo de predicar el evangelio de Cristo”*.

4) La devoción a la Virgen del Carmen y el escapulario

El Monte Carmelo se encuentra al Norte de

⁵Segundo Arzobispo de Yucatán (de 1944 a 1969), nacido en Pátzcuaro, Michoacán, el 10 de octubre de 1903.

⁶Un grande promotor del Rosario y a quien algunos atribuyen su invención.



la Tierra Santa. Es considerado un lugar de oración, allí se retiraban a orar los profetas Elías y Eliseo, y con frecuencia los acompañaban algunos otros seguidores suyos, los cuales se refugiaban en una gruta natural en la cima del monte.

En el período de los cruzados surgió entre los cristianos el anhelo de habitar sobre aquella montaña para llevar una vida de oración y penitencia. El patriarca latino de Jerusalén, san Alberto, dio a los ermitaños del monte Carmelo una regla religiosa en el año de 1212. San Simón Stock estuvo en este lugar y tuvo su célebre visión del escapulario carmelita.

El **escapulario**, en su origen, era un delantal que los monjes llevaban sobre el hábito durante el trabajo manual. Con el tiempo asumió el significado de llevar la cruz de cada día y se convirtió en el signo de la firme decisión de vivir como servidores de Cristo y de María. El escapulario carmelita ha simbolizado un vínculo especial con la Virgen María, que expresa la confianza plena en su maternal protección y el sensato compromiso para servir con amor al prójimo como ella. El escapulario representa, por tanto, la responsabilidad asumida por el que lo lleva de seguir a Cristo como María Santísima, ya que ella es el modelo perfecto para todo discípulo de Jesús. Este compromiso tiene su fuente en el bautismo que nos transforma en hijos de Dios, gozando de la defensa permanente de la Virgen María.

San Juan de la Cruz tomó el monte Carmelo

como el símbolo de la ascensión mística de todo seguidor de Cristo. Al subir el monte tiene que darse el esfuerzo de ir hacia arriba, lo cual es más cansado que caminar en lo plano, por lo cual es un signo elocuente de la superación cotidiana, necesaria y exigida por Dios en el crecimiento espiritual.

5) Aplicaciones

Aprendamos a amar más a la Virgen Santísima, invocándola en todo momento, con grande fervor, porque reconocemos su valiosa labor maternal que sigue ejerciendo con tanto amor y fidelidad a favor de nosotros.

Mientras más conocemos de María Santísima más podemos admirar la obra redentora de Cristo, que ha querido que su madre santísima se adelante a todos nosotros como "signo de consuelo y de firme esperanza"⁷, como modelo sublime de todo discípulo misionero de Cristo y de toda la Iglesia.

Su labor protectora es inagotable; siempre podemos invocarla, porque Cristo le ha dado una encomienda importante como madre y abogada nuestra.

Acudamos confiadamente a María, que nos mira, nos abraza, nos acompaña y nos enseña a servir con amor.

BIBLIOGRAFÍA

- ALSON, Javier, SMC, *Dogmas marianos* (internet)
- CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen gentium*
- DENZINGER, Enrique, *Magisterio de la Iglesia*
- DI FIORE, Stefano e MEO, Salvatore, *Nuovo Dizionario di Mariologia*, Edizioni Paoline, Milano 1985, Voces: *Madre de Dios, Madre nuestra, Anunciación, Asunta*
- GAMBERO, Luigi, *Testi mariani del primo milenio*,

⁷CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 68.



Tomo III, Città Nuova Editrice. Roma 1989

- JUAN PABLO II del 3 de enero de 1996, elaborado por María Angélica Sánchez de Llopart, info@udayton.edu

- LAURENTIN, R. María, en: *Diccionario teológico interdisciplinar III*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1982

- NOUVEAUX CAHIERS MARIALS, *Le Transitus Mariae*, agosto 2001

- PABLO VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, 2 febrero 1974

- PÍO IX, con la bula *Ineffabilis Deus*, 8 de diciembre de 1854

- *Testi mariani del primo millenio*, Editado por Georges CHARIB, Ermanno M. Toniolo, Luigi GAMBERO, Gerardo DI NOLA, Città Nuova Editrice, Roma 1990

- Universidad of DAYTON (internet)



El eneagrama la fe católica y la espiritualidad



† José Rafael Palma Capetillo
Obispo Auxiliar de Xalapa

Introducción

El *eneagrama* es totalmente incompatible con la fe católica y jamás debe ser usado como un método de espiritualidad cristiana.

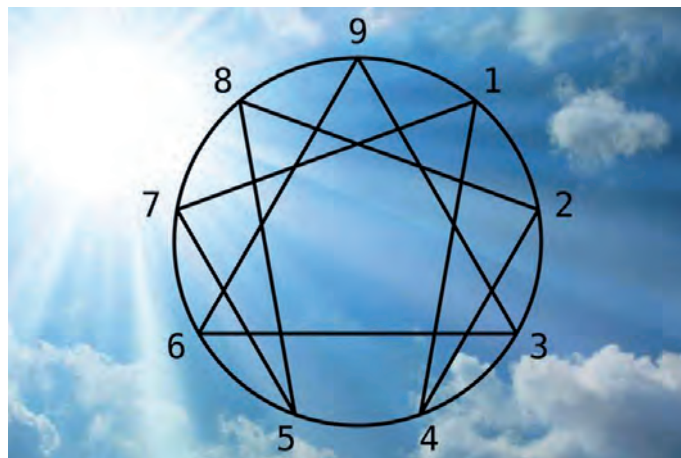
El *eneagrama* es una de las expresiones del *new age*, que da lugar a la *holística*, la cual se ha considerado como un recurso para el autoconocimiento y para la superación personal. El *eneagrama* ha atraído a un grupo numeroso de personas.

Cabe aclarar que esta reflexión no pretende ser un ataque a las personas que promueven el *eneagrama*, ya que algunos llevan muchos años practicándolo y enseñándola, sino que la única intención es ayudar a todos a tomar conciencia de su ubicación (u origen) y la finalidad hacia la que puede conducir a los que la asumen.

El *eneagrama* pretende despertar una actitud o postura que confunde y causa un daño cada vez mayor en los que lo promueven o practican. El *eneagrama* va en contra de la fe, de la verdad, de la espiritualidad, de la vocación y del espíritu de servicio.

1. ¿Qué es el eneagrama?

Quienes recurren a la "validez" del *eneagrama* reconocen que hacen el recurso a las *chacras* o puntos



físicos que se atribuyen al cuerpo humano –lo cual está inspirado en un planteamiento parcial y equivocado de la realidad del ser humano– y sostiene que en lugar de la gracia de Dios se tiene la "buena vibra", que equivale a una especie de *energía* que llevan más fuertemente algunos, los cuales –de acuerdo a esta hipótesis– pueden transmitirla, aunque no siempre se den cuenta.

Con el *eneagrama* se puede hacer una catalogación de la personalidad de cada individuo humano. En dicho catálogo con nueve niveles todos podemos ubicar nuestra conducta de acuerdo a la experiencia cotidiana. Se afirma que es un modo de conocernos, de aceptarnos, de tener una especie de explicación del comportamiento que se va dando en cada uno de nosotros. Sin embargo, está lleno de imprecisiones y círculos que se abren sin poderlos cerrar.

El *eneagrama* representa la actitud sincretista,



que significa de quienes escogen 'lo mejor' de cada doctrina. El problema de los sincretistas o eclécticos¹ es que su criterio para elegir 'lo mejor' es muy subjetivo, por lo cual escogen lo que les conviene o como se dice vulgarmente 'lo que les da la gana', con el peligro de sostener errores graves de índole de la fe y la moral².

*"El que ignora la historia repite los mismos errores del pasado"*³. Tal parece que eso se da en este tipo de sincretismo que sostiene la holística. Lamentablemente algunos no ven "nada de malo" en la presentación del *eneagrama*, sin reconocer que no basta sólo lo que es dulce al oído, pero hace olvidar en la realidad la cruz de cada día.

2. El eneagrama y la fe católica

San Agustín decía sabiamente en forma de oración: *"Señor que me conozca para que te conozca"*. En efecto el conocimiento de sí mismo siempre será de grande ayuda para la auténtica superación personal y la convivencia con los demás hermanos. Sin embargo, el *eneagrama* sólo pretende un autoconocimiento muy

limitado, pero no ayuda a dar el paso más importante, disponer el corazón para implorar a Dios.

Un problema particular contra la fe católica es que la *holística* toma elementos de la "cosmología". De por sí, el recurso a "los astros que influyen en el ser humano" es una realidad innegable, pero no definitiva y mucho menos pensar en el destino marcado por los astros o los signos del Zodíaco. El influjo de la cosmología es considerado como parte de la adivinación, que es una corriente supersticiosa, llena de falsedades (o invenciones), que estimula la imaginación y está plagada de aberraciones contra los valores humanos y cristianos. Los que sostienen el valor de este recurso lo declaran como "el ofrecimiento de elementos para conocerse mejor". Esto es totalmente equivocado y va contra la fe.

También se usa el método llamado 'oriental' que consiste principalmente en dejar vacía la mente, con la intención de "purificar la memoria y curar heridas". Sin embargo, tal método de 'liberación mental' aleja de la verdadera oración, como comunicación con Dios y suprime la revisión profunda de la conciencia⁴. Evidentemente es otro elemento que va en contra de la fe católica.

3. El eneagrama y la espiritualidad

La espiritualidad católica está siempre movida por la acción del Divino Espíritu. Sin embargo, lamentablemente el *eneagrama* no sólo es un evento lejano a la espiritualidad, sino con frecuencia es uno de los más grandes opuestos a la relación con Dios y con el prójimo.

La espiritualidad es un elemento clave para

¹La palabra eclecticismo viene del griego ἐκλέγω eklégō + -ismo. Es una escuela filosófica que procura conciliar las doctrinas que parecen mejores o más verosímiles aunque procedan de diversos sistemas (cf Wikipedia). En la antigüedad griega, el filósofo Epicuro fue uno de sus principales representantes.

²Cf CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium* 25.

³"Quien no conoce su historia está condenado a repetir sus errores", (Paul PRESTON, 12 noviembre 2016, historiador británico, cf Wikipedia).

⁴CONGREGACIÓN para la DOCTRINA de la FE, *Carta a los obispos sobre la meditación cristiana*, 15 octubre 1989.



descubrir y desarrollar la vocación –que es siempre la llamada de Dios y la respuesta del ser humano– y para discernir y cumplir con fidelidad las tareas cotidianas y la misión que Dios encomienda a cada uno. Ser cristiano es *vivir según el Espíritu*, de acuerdo a la expresión de Pablo (cf Rm 8,4)⁵. La acción del Espíritu Santo es verdaderamente divina, porque es discreta⁶, es decir, actúa en nosotros aunque no siempre nos demos cuenta, pero su labor es siempre eficaz y transformadora.

En la sinagoga de Nazaret, Jesús leyó el rollo del profeta Isaías: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha ungido y me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres...”*⁷. En efecto, Cristo se presenta como el ungido por excelencia, como el que se ha dejado invadir por el Espíritu, quien a su vez nos regala todos los dones. *“Me ha ungido y me ha enviado”* significa que Jesús es el verdadero Cristo o consagrado por el Espíritu y es el enviado o misionero por excelencia. El Santo Espíritu sigue actuando –desde el bautismo– en cada discípulo misionero para consagrarlo y enviarlo a llevar la buena nueva de salvación.

A veces, entre los fieles que acuden a nuestras celebraciones, se comenta con sencillez: ‘Tal persona es muy espiritual’ y otras veces se refieren a las personas consagradas, a los sacerdotes y a los laicos comprometidos... Ahora bien, tomando en cuenta esta expresión popular constatamos que, aunque siempre encontramos gente más piadosa y que refleja paz, en realidad todo discípulo de Cristo debe manifestar una espiritualidad viva y dinámica, que le permita ocupar su lugar en el mundo y desempeñar con alegría su servicio a favor de la evangelización. Cada fiel ya bautizado, en su estilo y estado de vida, es elegido por Dios para dejarse guiar por el Espíritu Santo. De modo que, todo discípulo de Cristo es espiritual de por sí, porque si no lo fuera se alejaría de su identidad y perdería la motivación profunda para realizar la tarea



propia como seguidor de Jesús y anunciador de su evangelio. Así se refieren también a algunas familias –e incluso comunidades– como ‘espirituales’, porque reflejan una vida interior, de oración y motivaciones profundas, que se proyectan en sus obras cotidianas.

Además, un número significativo de fieles laicos anhelan recibir orientación de los sacerdotes, que los escuchen, aconsejen y ayuden a discernir la voluntad de Dios. Esta hambre de Dios y de una atención personal, en algunos lugares se ve con frecuencia insatisfecha. Sin embargo, la experiencia y generosidad de varios sacerdotes que dedican largas horas para atender a sus fieles, abre la puerta a los fieles laicos para encontrar con esperanza quienes los confiesen u orienten cuando lo necesitan.

La piedad auténtica implica una actitud de un grande amor a Dios sobre todo y sobre todos; pero también implica una actitud de caridad y un espíritu permanente de servicio al prójimo. Se dice con toda razón, que algunos métodos como el que propone el *eneagrama* intenta concentrarse en sí mismo y se aleja

⁵Recordemos también las palabras del apóstol de las naciones: “Si viven ustedes según el Espíritu, no darán satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagonicos, de forma que no hacen lo que quisieran” (Gál 5,16-18).

⁶Cf CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 687.

⁷Lc 4,16-22; cf Is 56,1.



severamente de la solidaridad para con el prójimo. Piedad es el don que, a ejemplo de Cristo, nos hace mansos y humildes de corazón (cf Mt 11,29). En este sentido, piedad equivale a misericordia y compasión. Más que un sentimiento o una práctica externa, "piedad es un modo de vivir que nos hace tan humanos, que revela lo divino presente entre nosotros"^{ttv}.

Aplicaciones

En cuanto al tema del *eneagrama* para la psicología, esta ciencia de la mente humana se refiere propiamente al "inconsciente", y, por lo tanto, rechaza rotundamente todo lo que significa superstición y adivinanza. Nuestros psicólogos bien formados están convencidos que no se juega con la mente, ni con las emociones, ni con todo lo que se refiere a la persona humana y sus relaciones.

El lenguaje extraño de "chacras" y la "buena vibra" que algunos pretenden suplir las referencias tan acertadas de la anatomía humana y del sentido de la gracia en la relación del ser humano con Dios. Algunos que se han opuesto al *eneagrama* son calificados como rebeldes, contradictorios y enemigos, porque dicen la verdad y actúan coherentemente con la libertad de los hijos de Dios. Otros *eneagramistas* dicen a los opositores que son anticuados, que no están abiertos a las "nuevas" corrientes de pensamiento y acción. En realidad, siempre hay que obrar con firmeza y anhelar ser siempre fieles a la enseñanza de Cristo y de la Iglesia.



Constatamos que se ha estado perdiendo entre nosotros el sentido crítico ante asuntos serios, influyentes y con un impacto en la manera como se asume la religión y la vida. Todo lo que proviene de la fe, no puede estar movido por otros intereses de *snobismo*^o o afanes meramente materiales.

Algunos tipos de espiritualidad, mayormente con fuentes bíblicas, aprobados y sostenidos por grandes hombres y mujeres son sin duda las motivaciones más valiosas y siempre actuales que no pueden ser sustituidas por nada ni por nadie. Así se habla de la espiritualidad ignaciana, de la cruz, teresiana, misionera, eucarística, mariana, etcétera. Así se ha enriquecido la vivencia de la motivación espiritual más profunda que el Espíritu Santo sigue infundiendo en nuestros corazones.

Los tests (o pruebas) que propone el *eneagrama* no solamente son una pérdida de tiempo, sino también motivo serio de confusión y de daño para algunas personas. Siempre estamos a tiempo, con la ayuda de Dios, de abrir los ojos a la verdad guiados por el Espíritu Santo. La valoración auténtica de la fe, la espiritualidad y la psicología bien aplicada no necesitan *snobismos* o cosas extrañas, sino con la suficiente base científica, humana y cristiana para ayudar a todos.

Resumen:

¿Por qué el *eneagrama* va en contra de la fe católica y en contra de la espiritualidad?

En realidad, el *eneagrama* va en contra de la fe católica, de la espiritualidad, de la vocación (a amar y servir) y contra la verdad, por las siguientes razones principales:

- El sincretismo por el que opta el *eneagrama* es una tendencia a elegir "lo mejor" de cada doctrina, mentalidad o corriente de pensamiento y actitud. Lo cual significa que se puede elegir lo que sea, incluso contra la fe y la moral, y con esta actitud ecléctica (seleccionadora) se puede aceptar de todo, lo cual representa siempre un peligro que lleva a la desorientación de



ideas y acciones.

- Los mismos promotores del *eneagrama* reconocen su combinación con la astrología y el método "oriental" para dejar en blanco la memoria y la mente. Lo cual representa una actitud contraria a la fe católica, que rechaza todo lo que pueda significar un tipo de superstición como el recurso al "influjo" de las constelaciones, por lo tanto, sin una base propiamente científica. El lenguaje de la holística habla de *chacras* (puntos físicos del cuerpo, muy lejanos a las terminaciones nerviosas y otros centros del organismo humano) y de la *buena vibra o energía*, que pretende suplir la referencia a la gracia divina. Se habla también de "*heridas*" que no han sanado (alejando del sentido cristiano del sufrimiento humano).

- Desde la segunda mitad del siglo XX, cada día se ha ido profundizando en la valiosa conexión que se da entre la espiritualidad católica y la psicología como ciencia; sin embargo, algunos han querido sustituir la espiritualidad con la instrucción y las técnicas del *eneagrama* causando una grande confusión fatal, ya que no hay verdadera motivación espiritual, porque se hace a un lado ésta y a veces se quieren manipular algunos textos de la Sagrada Escritura sacándolos de su contexto.

- De acuerdo al famoso dicho: "*Quieren dar gato por liebre*", en el caso del *eneagrama* con frecuencia se ofrece un taller de espiritualidad y de autoconocimiento en lugar de verdaderos ejercicios espirituales. Se abre así una puerta falsa, se manejan círculos que no se cierran, se va creando una mentalidad de crisis permanente y de indiferencia ante las necesidades del prójimo, lo cual es lejano a la verdad y a la fidelidad de todo discípulo misionero de Cristo.

Bibliografía

- CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA
- CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen gentium* (núm. 25)
- CONGREGACIÓN para la DOCTRINA de la FE, *Carta a los obispos sobre la meditación cristiana*, 15 octubre 1989
- PEREIRA, José Carlos, *Los siete dones del Espíritu*, Ediciones Paulinas, México 2014
- MARTÍNEZ RAMÍREZVALDÉS, Ernesto, *El eneagrama*, Taller de vida y espiritualidad. Una herramienta de autoconocimiento, Buena Prensa, México 2011



La revolución sexual¹



P. Fernando Pascual, L.C.
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología

Desde hace décadas se han producido fuertes cambios en el modo de presentar y de vivir la sexualidad. Esos cambios permiten hablar de una profunda “revolución sexual”. Intentemos presentarlos de modo ágil, para luego ofrecer una reflexión conclusiva.

Hay que iniciar con una constatación: la actividad sexual ha sido vista de maneras distintas a lo largo de la historia y según las culturas que conviven en nuestro planeta. El modo de vivir las relaciones sexuales entre los griegos de los siglos V y IV a.C. era diferente al que se usaba entre los romanos de la misma época. Las éticas sexuales griega y romana son distintas de las éticas sexuales del judaísmo, del cristianismo y del mundo islámico. Existen códigos sexuales diferentes entre pueblos indígenas de África, Asia y Oceanía.

En el mundo de tradición cristiana (Europa, América y otras zonas que han recibido una profunda evangelización) se ha buscado fomentar un respeto profundo hacia todo lo que se refiere a la sexualidad. Se ha enseñado el pudor y la necesidad de conservar la virginidad hasta el matrimonio, el valor de la fidelidad conyugal, el respeto a la apertura a la vida que es propia de las relaciones sexuales, la responsabilidad de los esposos en todo lo que se refiere al mantenimiento y a la educación de los hijos.

Estos valores, desde luego, no eran igualmente observados por todos, pues siempre ha habido adulterios y abusos en lo que se refiere a las conductas sexuales, también entre quienes se consideraban cristianos. Pero, en general, había cierta claridad sobre lo que era bueno

y lo que era malo en este campo, aunque no todos viviesen según el ideal cristiano.

Preparación ideológica

La “revolución sexual” empieza a fraguarse en los siglos XVII, XVIII y XIX, cuando algunos intelectuales promueven en Europa un modelo cultural lejano y, en algunos puntos, opuesto a la fe cristiana. Una característica fundamental de este modelo, que podemos conglobar bajo la palabra “Iluminismo”, consiste en separar cada vez más la moral (privada y pública) de la religión. Ello ha promovido visiones éticas “laicas”, como, por ejemplo, la defendida por el utilitarismo.

Según el utilitarismo, tal y como lo propusieron autores como Jeremy Bentham (1748-1832) y John Stuart Mill (1806-1873), el criterio ético fundamental consiste en promover el máximo placer para el mayor número de



¹El presente trabajo fue publicado, con el mismo título, en *Ecclesia. Revista de cultura católica* 19(2005), 463-474. Lo reproduzco nuevamente con retoques y algunas actualizaciones.



personas, y en evitar el dolor como si fuese idéntico a lo "malo" desde el punto de vista ético. Es interesante recordar que John Stuart Mill acogió (modificándolas) ideas de Thomas Malthus (1766-1834) en favor del control de la natalidad, lo cual muestra la relación que existe entre utilitarismo, hedonismo y mentalidad anticonceptiva.

Estas teorías influyeron fuertemente en el modo de vivir la sexualidad, que para muchos sería más placentera si se consigue eliminar el "peligro" de la concepción de hijos que interpelan y exigen responsabilidades a quienes, con sus actos sexuales, han permitido el originarse de esos hijos. Este "peligro", según algunos, habría quedado muy reducido, a veces casi eliminado del todo, con la difusión de potentes medios anticonceptivos desde la segunda mitad del siglo XX.

Críticas a la institución matrimonial

Otro cambio cultural surge a partir de un modo nuevo de ver el matrimonio, especialmente después de la Revolución francesa. En distintos países ya no se consideró el matrimonio como un sacramento o como una institución natural, sino como el resultado de un contrato sometido a la regulación del Estado.

Conforme el matrimonio (también el matrimonio religioso) quedaba cada vez más subordinado al poder de las autoridades públicas, éstas (y no la Iglesia) podían establecer criterios para su validez (límites de edad, licitud o ilicitud de la poligamia, etc.) y para su cesación; es decir, quedaba abierta la puerta para legislar sobre

el divorcio. Todo ello se ha ido aplicando con mayor o menor velocidad tanto en Europa como en América y en otros países durante los siglos XIX y XX.

No faltaron, además, intelectuales que lanzaron fuertes críticas contra la institución matrimonial considerada en sí misma. Son famosos los ataques de Karl Marx (1818-1883) y de Frederick Engels (1820-1895) contra la relación "patriarcal" que (según ellos) se daba en el matrimonio. Los padres del marxismo deseaban superar tal situación a través del surgimiento de una sociedad en la que desapareciese la lucha de clases y la "lucha de sexos".

Un texto de Engels evidencia de modo claro esta posición: "el primer antagonismo de clases de la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer unidos en matrimonio monógamo, y la primera opresión de una clase por otra, con la del sexo femenino por el masculino" (Frederick Engels, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, 1884).

Si el matrimonio se origina como resultado de la opresión del hombre sobre la mujer, la "liberación" consistirá en independizar a la mujer de la dominación a la que ha sido sometida durante siglos en la "familia tradicional", especialmente en lo que se refiere a la maternidad. En sintonía con estos presupuestos, resulta lógico que uno de los primeros países que legalizase el aborto libre y gratuito fuese la Unión Soviética comunista, en 1920.

Teorías sobre la sexualidad humana

Junto a las teorías contra la familia, el siglo XX vio el desarrollo de un nuevo modo de ver la psicología y el lugar que ocupa la sexualidad en el ser humano. Evocar el nombre de Sigmund Freud (1856-1939) resulta, en este sentido, obligado, si bien para Freud la sexualidad necesitaba de diversos controles y frenos para poder permitir el desarrollo de la civilización humana.

Las ideas marxistas y las ideas de Freud fueron radicalizadas y reinterpretadas por diversos autores. Dos casos paradigmáticos son los de Wilhelm Reich (1897-1957) y Herbert Marcuse (1898-1979). Para Reich,



que se opone en cierto sentido a la posición original de Freud, hay que superar aquellos aspectos culturales que promueven la represión de la sexualidad, que impiden la plena satisfacción de algo que es natural y que debe ser aceptado por encima de los frenos morales. Es decir, hay que "progresar" hacia la revolución sexual.

Marcuse, por su parte, elaboró una especie de síntesis entre ideas de Freud (de quien criticó algunos aspectos de su teoría psicológica) e ideas de Marx, con lo que nació lo que podríamos llamar "freudomarxismo". Para Marcuse sería necesario suprimir toda represión sexual, lo cual permitiría vivir la sexualidad según nuevos modelos, especialmente con la ayuda de la fantasía.

Esto exigiría, siempre según Marcuse, combatir contra las estructuras que promoverían una sexualidad ordenada y empobrecida, especialmente combatir contra la familia (una especie de jaula de los afectos), contra la moral (que condiciona nuestros actos desde las categorías del bien y del mal), y contra la sociedad y sus reglas y sistemas laborales. Según uno de los puntos centrales de estas propuestas, habría que librar la actividad sexual de su relación con la procreación, es decir, permitir un uso del sexo completamente desligado de su sentido reproductivo (que solo sería algo admitido "de vez en cuando").

Mientras se difundían estas ideas, salieron a la luz dos estudios que han influenciado fuertemente el modo de ver la sexualidad humana. Alfred Kinsey (1894-1956), un investigador bastante discutible en sus métodos y en sus resultados, publicó primero un estudio sobre la vida sexual de los hombres (1948), y luego otro sobre la vida sexual de las mujeres (1952). Según estos estudios, la homosexualidad sería una práctica muy frecuente, así como la actividad sexual anterior al matrimonio o fuera del matrimonio.

De este modo, se hizo creer a la sociedad que muchos hacían uso de la sexualidad por encima de las normas convencionales, lo cual casi lo mismo que decir: "no te preocupes, no es algo tan malo, si muchos lo hacen...". Hoy sabemos que Kinsey no fue correcto en su investigación, y que incluso se permitió "experimentos" gravemente inmorales sobre niños.



Desarrollo del feminismo y de la teoría sobre el género

Paralelamente se desarrollaron diversas formas de feminismo y, posteriormente, lo que se conoce como teoría del género (*gender theory*). Resulta claro que no existe un único feminismo, y que esta palabra encierra muchos significados, algunos correctos, otros discutibles. Queremos ahora solo fijarnos en aquellas corrientes del feminismo que han promovido (en un modo similar a las ideas de Marcuse) la separación de la vida sexual respecto de la vida familiar y de la paternidad y maternidad.

Podemos recordar aquí a dos feministas famosas. La primera es Margaret Sanger (1879-1966), promotora de la liberación de la mujer en todos los campos y, especialmente, en el campo sexual. Fue Sanger la que quiso difundir y promover el uso de los anticonceptivos, y la que fundó una organización, la *Birth Control Federation*, que desde 1942 recibió el nombre de *Planned Parenthood Federation of America* (PPFA). De esta organización ha surgido la *International Planned Parenthood Federation* (IPPF), una de las principales organizaciones que promueven la anticoncepción y el aborto en todo el mundo.

La segunda es la francesa Simone de Beauvoir (1908-1986), autora de un libro "clásico", *El segundo sexo*, publicado en 1949. A partir de los análisis de esta pensadora sobre la condición de la mujer y sobre la relación de pareja como una relación de libertad, se ha ido desarrollando un modo de ver la condición femenina



cada vez más desligada de la maternidad, casi como si el ser madre pudiera ser un obstáculo a la plena realización de la mujer.

Junto a estos dos nombres, por lo que se refiere al *gender*, destaca el nombre de Judith Butler, que ha hecho suyas propuestas que llevan a un nivel elevado de confusión respecto de la propia identidad sexual, y también ha sido acusada de promover actividades altamente lesivas de la dignidad de los niños. Una decidida crítica a ciertas posiciones feministas y a la teoría del género se encuentra en el volumen de Gabriele Kuby, *La revolución sexual global*, traducido a varios idiomas desde el original en alemán (publicado en 2012).

La anticoncepción

La difusión de las ideas que hemos ido presentando hasta ahora llevó a algunos laboratorios a buscar maneras eficaces para evitar una de las "peores consecuencias" de la actividad sexual: los hijos. La idea del embarazo como un problema o una limitación de la libertad femenina había aparecido en diversos autores ya mencionados, como los casos de Sanger, de Beauvoir y el marxismo.

Solo a finales de la década 1950-1960 llegó al mercado la primera píldora estroprogestínica, realizada por Gregory Pincus (1903-1967). Pincus contó con el apoyo, para su investigación, de Margaret Sanger y de *Planned Parenthood Federation of America*, de la que ya hablamos antes. Este dato muestra cómo la ciencia



no trabaja por el puro deseo de conocer, sino desde ideas (en este caso, desde ideologías) y con la ayuda de dinero de quienes buscan alcanzar metas muy concretas. En el caso de la píldora anticonceptiva, el objetivo era claro: facilitar la vida sexual "liberada" completamente del "peligro" de un hijo.

El desarrollo de la anticoncepción hormonal significó, para muchos, un triunfo de la mujer, la liberación definitiva de su dependencia de la maternidad. Pero quedaron pendientes dos problemas de gravedad en todo lo que se refiere a la sexualidad humana. El primero se refería a los "fracasos" de los métodos anticonceptivos. Muchas mujeres quedaban embarazadas contra su voluntad, por no haber usado un buen método, o porque el método no funcionó correctamente. El segundo, a las enfermedades de transmisión sexual (ETS), como veremos un poco más adelante.

De la anticoncepción al aborto

La "solución" al primer problema (embarazos no deseados) no podría ser otra que la de aumentar la presión, a nivel nacional e internacional, para legalizar el aborto. Ya vimos cómo el aborto había sido legalizado en la URSS desde 1920. El nazismo alemán también promovió políticas en favor del aborto, si bien aplicado a ciertas categorías de individuos "inferiores" (por su raza, por su carencia de salud).

En la segunda mitad del siglo XX llegaba el aborto al mundo "libre", y tenía que ser presentado precisamente como una conquista de la libertad, como un derecho de la mujer para "escoger" cuándo y cómo llevar adelante o suprimir un embarazo, sin que el varón/padre tuviese ninguna posibilidad de intervenir sobre la decisión de la madre. Este aborto libre se convertiría, entonces, en la mejor "solución" a embarazos no deseados, en una especie de "anticoncepción" de emergencia (que no es anticoncepción, pues ya hay hijo, pero como no es amado se decide eliminarlo...).

Los hechos se sucedieron con rapidez. El aborto fue despenalizado o legalizado en Gran Bretaña (1967), Estados Unidos (a nivel federal, con la famosa sentencia *Roe vs Wade*, de 1973, que sería revertida en junio de

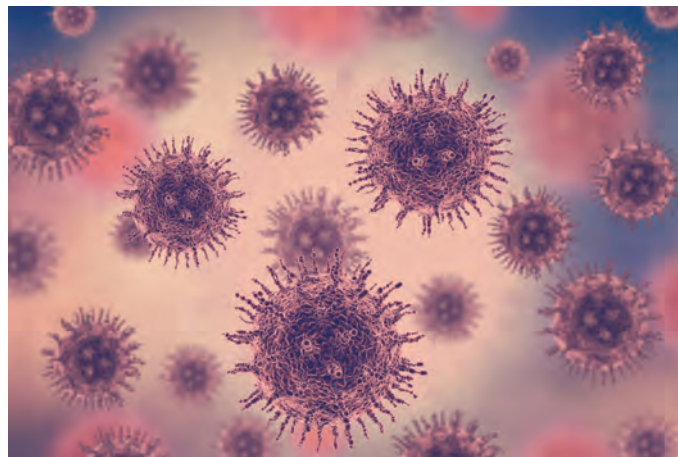


2022), Alemania Occidental (1974), Francia (1975), Italia (1978), España (1985), etc. En algunos países en los que se vivía bajo un sistema político autoritario, se promovió el aborto desde arriba, como ocurre aún hoy en China. También se difundió el aborto en el segundo país más poblado del mundo, la India.

En Hispanoamérica, la legalización del aborto está viendo una alarmante aceleración a partir de la segunda década del siglo XXI. Resultó especialmente emblemática la batalla para legalizar el aborto en Argentina: tras haber sido frenada en el parlamento una ley permisiva (en 2018), el gobierno volvió a presentar al poco tiempo otra ley igualmente permisiva, que fue aprobada en 2020.

Sin embargo, algunos gobiernos, basados en principios constitucionales y en un reconocimiento de la importancia del derecho a la vida como garantía fundamental para los demás derechos humanos, han presentado y siguen presentando una fuerte oposición al aborto legal. Los grupos defensores del aborto buscaron y buscan, para evitar la oposición de esos gobiernos (normalmente naciones de América, África y Asia), nuevos caminos para lograr sus objetivos, con la ayuda de términos ambiguos, como el de "salud reproductiva", en el que se incluye abiertamente una mentalidad a favor del sexo libre, de la anticoncepción, del acceso al "aborto seguro", incluso entre quienes son todavía adolescentes o niñas. En algunos lugares se ha llegado a proponer la distribución, sin que lo sepan sus padres, de píldoras "del día después" a niñas entre 10 y 12 años, como si se aceptase como normal el que estén teniendo ya relaciones sexuales (que, a esas edades, deberían ser consideradas como delito grave, como abuso sexual).

Al mismo tiempo, se ha intentado promover una mayor difusión de la anticoncepción y del aborto desde organismos internacionales, como las Naciones Unidas y algunas de sus organizaciones internas o afiliadas, y desde reuniones internacionales dedicadas a temas como el de la población mundial, el desarrollo y la mujer. Basta con evocar la reunión de El Cairo (1994) o la de Pekín sobre la mujer (1995), en las que varios países "ricos" buscaron imponer a los países considerados "pobres" o en vías de desarrollo una mayor liberación de la sexualidad a



través del libre acceso a la anticoncepción y al aborto, así como programas de "educación sexual" vacíos de un verdadero respeto por los valores de la familia y de la vida.

A la vez, algunos gobiernos u organizaciones no gubernativas están promoviendo programas de esterilización de masa entre algunas poblaciones (especialmente pobres o indígenas), ante un extraño silencio y complicidad de algunos sectores políticos y ONGs que suelen caracterizarse por la denuncia de las violaciones contra los derechos humanos...

El problema de las ETS

Quedaba pendiente el segundo gran problema ligado a las relaciones sexuales: el peligro (tristemente hecho realidad en las últimas décadas) de un incremento de las enfermedades de transmisión sexual (ETS), llamadas también infecciones de transmisión sexual (ITS, según la OMS), especialmente en aquellos lugares en los que la sexualidad es ejercitada sin frenos y con numerosas parejas más o menos ocasionales.

Resulta claro que la solución más eficaz a este segundo problema (vale también para el primero: los embarazos no deseados) consiste en la abstinencia sexual y la fidelidad de pareja; es decir, en lo más opuesto de lo que buscan los defensores de la revolución sexual. Por ello se comprende que el condón o preservativo haya sido y siga siendo presentado por los promotores de la libertad sexual como una solución mágica que permitiría un "sexo seguro", libre y "responsable", sin los daños



colaterales de una ETS o de un embarazo no deseado.

Consecuencias para las mujeres

A pesar de la propaganda que ha presentado la anticoncepción y el aborto como una conquista de la mujer, como una liberación del “peligro” del embarazo en quienes buscan una vida sexual “libre” y satisfecha, la situación resulta ser sumamente compleja. Más aún, se ha producido un cierto efecto “boomerang” contra la misma mujer a la que se decía liberar.

En efecto, una vez que la mujer ya no tiene el “freno” que significaba el “peligro” del embarazo, puede adoptar una actitud mucho más disponible ante las peticiones sexuales de los varones, si es que no llega a tomar cada vez más la iniciativa. ¿Cuál ha sido el resultado? Ha aumentado el número de embarazos no deseados, frente a los cuales el varón sigue con su postura “clásica” de desaparecer, o, en los países donde existe el aborto libre, recurre a presiones más o menos intensas para que su compañera aborte lo antes posible.

Los fenómenos más recientes

En las últimas décadas el mundo está entrando en una nueva fase (sin renunciar a muchos elementos ya presentados) de la revolución sexual, en la que se busca “normalizar” una vida sexual plena desligada de compromisos y de cualquier relación con la familia tradicional. Esta fase, en concreto, promueve las parejas de hecho (convivir “maritalmente” pero sin ningún compromiso matrimonial), presenta la homosexualidad como algo plenamente normal y aceptable (con la defensa de un presunto derecho al acceso al “matrimonio” de los homosexuales), agiliza el divorcio allí donde todavía existen ciertas trabas legales, promueve la “ideología de género”, facilita el acceso de los adolescentes (menores de 18 años) a la vida sexual libre y sin represiones (incluso al aborto libre sin el permiso de sus padres). No faltarán quienes promuevan pronto una mayor liberalización de la pederastia, pero actualmente existen fuertes sectores de la sociedad que reaccionan con firmeza ante semejante aberración.

Una aplicación de esta nueva fase podemos verla en el



campo matrimonial. Como acabamos de decir, algunos gobiernos empiezan a promover formas de divorcio rápido (“divorcio express”), es decir, después de pocos meses de matrimonio, con la simple petición de uno de los contrayentes, y sin necesidad de ofrecer un motivo válido para tal petición. Para quienes conocen derecho matrimonial, esto es prácticamente lo mismo que legalizar el repudio, algo que el mundo occidental había considerado siempre como un acto gravemente injusto, y que ahora está siendo presentado como una forma rápida de divorcio (por ejemplo, como ocurrió en España el año 2005). La creciente mezcla de personas de distintas culturas en todo el mundo llevará a algunos a repensar el matrimonio monogámico y así abrir un espacio jurídico a la poligamia, con todo lo que ella implica de discriminación hacia las mujeres a las que precisamente algunos dicen querer liberar y defender...

Dentro del complejo horizonte que hemos presentado hasta ahora, hay que decir una palabra sobre el desarrollo de técnicas de reproducción artificial. Si la revolución sexual quería promover el sexo desligado del hijo, cada vez es más posible obtener (podríamos decir “producir”) un hijo sin sexo. Ello ha llevado a una mayor conciencia de la separación entre sexualidad y procreación, y ha acelerado, a la vez, la tendencia a la selección del hijo según los deseos de los padres (o de los “compradores”), lo cual implica una grave degradación del principio de justicia y del principio de respeto, fundamentales para construir una sociedad verdaderamente justa.



Hacia una reflexión conclusiva

Hemos presentado, de un modo breve, casi esquemático, algunos presupuestos culturales que han provocado la revolución sexual, y las diversas formas en las que tal fenómeno se ha ido difundiendo en muchos lugares (no en todos) del planeta. Quisiéramos terminar con una reflexión valorativa. El hombre y la mujer se caracterizan por unir en sus vidas dos dimensiones inseparables: la física y la espiritual. Por su condición físico-biológica, sienten una tendencia natural a unirse con las personas de un sexo distinto al propio de una forma tal que sea posible el nacimiento de nuevos hijos (como hemos nacido casi todos los millones de personas que vivimos en la tierra). Por su condición espiritual, la dimensión físico-biológica puede ser integrada en un nivel superior, que permite ver la sexualidad no como algo simplemente instintivo, sino como algo que participa de una capacidad de amar que va más allá del sexo, sin excluirlo ni reprimirlo, sino elevándolo a un nivel superior, más rico, más plenificante, más responsable.

Allí donde se niega la espiritualidad humana, es fácil reducir la sexualidad a una fuente de placeres más o menos pasajeros, asociados, ciertamente, a no pocos "peligros" que ya hemos comentado (enfermedades de transmisión sexual, embarazos no deseados). Esta perspectiva, sin embargo, es incompleta, pues considera al hombre en su condición de animal, cuando continuamente descubrimos en nosotros elementos espirituales que nos hacen vivir más allá de lo inmediato; especialmente cuando ponemos en acto esa capacidad tan humana que nos permite asumir compromisos profundos, buscar el bien y la justicia, trabajar por amar a los otros sin reducirlos a simples objetos de placer.

Cuando, al revés, se niega la dimensión físico-biológica y se ve la sexualidad como un peso o como un peligro, se puede caer (un peligro del pasado muy poco presente en nuestros días) en complejos y en un desprecio hacia el cuerpo. En realidad, el hombre es una unidad de cuerpo y alma, según una fórmula clásica del mundo medieval. El cuerpo, por lo mismo, es algo sumamente rico, y sus valores merecen ser integrados y vividos según el proyecto espiritual de cada persona.

El mundo moderno está llamado a superar muchas limitaciones que arrancan y que perviven desde las distintas fuerzas que han puesto en marcha la revolución sexual. Necesitamos respirar el oxígeno de la espiritualidad y sacar a la luz fuerzas de bien y de compromiso que permiten vivir la sexualidad de modo realizador y natural, es decir, según su ordenación al amor (al otro, a la otra, sin límites). Un amor que adquiere una madurez especial en la vida que inicia con el matrimonio (compromiso total para darse por entero al esposo, a la esposa), y que abre a la pareja, a través de una vivencia generosa de su sexualidad, al don de cada hijo, culmen de la riqueza sexual y de los valores del espíritu que nos caracterizan como seres humanos.



“El pensamiento y preocupación de Benedicto XVI por la familia en América Latina”



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
 Doctor en Filosofía
 Licenciado en Teología Dogmática

A más de diecisiete años del discurso que Benedicto XVI dirigiera a los presidentes de las Comisiones Episcopales para la Familia y la Vida de América Latina el 3 de diciembre del 2005 en Roma, vale la pena recordar lo que el Santo Padre, con su acostumbrada mirada profunda y perspicaz, a la vez que iluminada siempre por la Revelación de Dios y de Su Voluntad para el hombre por medio de Su Palabra, decía y proponía como camino de acción y renovación en este ámbito tan esencial y trascendental para la vida de la Iglesia y de la entera sociedad como lo es la familia.

1.- El testimonio de Juan Pablo II en favor de la familia: retomando la *Familiaris consortio*

Después de saludar a todos los presentes y de agradecer al entonces presidente del Consejo Pontificio para la Familia, el cardenal Alfonso López Trujillo, las palabras que le había dirigido, el Papa comenzaría diciendo que era testigo, junto con toda la Iglesia, “de la solicitud con que el Papa Juan Pablo II [al cual venía de suceder en la sede de Pedro ese mismo año en el mes de abril] se entregó a este tema tan importante”; de todos es más que sabido tal solicitud del santo Papa polaco por la familia, así como por el matrimonio, que está a la base y es fundamento de aquella. Y continuaba diciendo el Papa Ratzinger: “Por mi parte, asumo esta misma preocupación, que afecta en gran medida al futuro de la Iglesia y de los pueblos, ya que, como afirmaba

mi predecesor en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, ‘el futuro de la humanidad se fragua en la familia. Por consiguiente, es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia’. Y añadía: ‘Corresponde también a los cristianos el deber anunciar con alegría y convicción la ‘buena nueva’ sobre la familia que tiene absoluta necesidad de escuchar siempre de nuevo y de entender cada vez mejor las palabras auténticas que le revelan su identidad, sus recursos interiores, la importancia de su misión en la ciudad de los hombres y en la de Dios’ (n. 86)”.

Y esto que menciona Benedicto XVI de que él asumía esa misma preocupación de san Juan Pablo II por la familia nos consta que fue así, pues durante su pontificado también insistió en el valor esencial y fundamental de la familia para la Iglesia y para el mundo, tanto así que en más de alguna ocasión llegó a referirse a ésta como la “célula originaria de la sociedad” (Discurso a los administradores de la Región del Lacio y del Ayuntamiento y la Provincia de Roma, 14 de enero de 2011), y no sólo “fundamental”, como dijo el Concilio Vaticano II y Juan Pablo II recordaría con éste en múltiples ocasiones. No, para Benedicto XVI la familia no sólo es “fundamento indispensable de la sociedad, comunidad vital para el camino de la Iglesia” (Discurso en su Visita Pastoral a Ancona, 11 de septiembre de 2011), ni siquiera es sólo célula “vital” o “básica”,



como él también llamó a la familia, sino que llegaría a llamarla “célula madre” de la Iglesia y de la Sociedad. Y es que es sencilla y totalmente verdad: ¿qué quedaría de la Iglesia, si su núcleo central que es la familia, y a la que llama “iglesia doméstica”, desapareciera? Por otra parte, la intuición del Papa alemán al definirla como “célula madre” va más allá de la genialidad del nombre, porque, como bien sabemos, las células madres se presentaban en esos años como la ‘última tabla de salvación’ para ciertas enfermedades, sobre todo irreversibles y terminales. Por tanto, la familia, fundada sobre el matrimonio, es en verdad la única “célula madre” –única por ser precisamente la “originaria”, la “básica”, la “fundamental”- que puede curar la enfermedad que hoy día afecta al mundo, y a la Iglesia como por “estar en el mundo”, aunque “sin ser del mundo”. Y dado que, como anotaba Juan Pablo II, “el futuro de la humanidad se fragua en la familia”, entonces, como concluía por su parte Benedicto XVI, “es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia”. “Salvar” y “promover”. “Salvar” porque tales valores están en peligro, y pareciera que incluso se trata de un ‘peligro de extinción’, a juzgar por lo que observamos a nuestro alrededor. “Promover”, porque pareciera que hoy nadie, a excepción de la Iglesia y algunos “hombres de buena voluntad” se atreven a defender la familia tal y como Dios la pensó, la creó y la bendice; son pocos hoy quienes son claros y decididos en el presentar “exigencias” de la familia. Y la primera “exigencia” de la familia es ser lo que es, como bien lo decía a manera de invocación urgente san Juan Pablo II en su encíclica sobre la familia a la que se refería el Papa Benedicto:

“¡Familia, sé lo que eres!”. Porque es cierto que sólo hay una familia, precisamente esa que ha sido pensada, creada y bendecida por Dios, como bien lo dice la Revelación, que es la Palabra misma de Dios, desde su primera página en el libro del Génesis, es decir “al inicio”, a los comienzos de la misma Creación: “varón y mujer los creó” (Gn 1,27; ver también: Gen 5, 2; Mt 19, 14; Mc 10, 6).

Por eso, como también anotaba Juan Pablo II en la misma exhortación apostólica, “corresponde también a los cristianos el deber de anunciar con alegría y convicción la ‘buena nueva’ sobre la familia que tiene absoluta necesidad de escuchar siempre de nuevo y de entender cada vez mejor las palabras auténticas que le revelan su identidad, sus recursos interiores, la importancia de su misión en la ciudad de los hombres y en la de Dios”. Es por eso que por lo que nunca está de más recordar, una y otra vez, al mundo -y a la Iglesia, que, insistimos, aunque *no es de este mundo, sí está en el mundo* y lleva a cabo su misión *en el mundo y para el mundo*- lo que es la familia, “su identidad”, como también sus “recursos interiores” y “la importancia de su misión en la ciudad de los hombres y en la de Dios”. Y entre sus “recursos interiores” está precisamente el recordar constantemente su “identidad” y ser progresivamente consciente de la misma. En tal sentido, ese adjetivo de “interiores” que acompaña a “recursos”, quizás en la mente del Papa santo quería decir la fuerza misma que viene del ser fiel a la *idea* de Dios para ella, para la familia. Por eso decimos que sólo hay una familia, precisamente la que Dios ha pensado, *ideado*, desde toda la eternidad, como fuente y ‘nido’ en el que viene a la existencia el ser humano, la persona humana. Y eso ya es una ‘fuerza interior’ para la familia. Santo Tomás, siguiendo la metafísica de “el Filósofo”, es decir Aristóteles, insistirá en que “todo agente actúa hacia el fin”; es decir: todo ente se mueve hacia su fin propio, hacia la finalidad que se deriva de su mismo ser, de la causa final en sí mismo puesta en él por el Creador. Se trata de una finalidad metafísica también en el ser libre, es decir tanto en la creatura angélica como en la creatura humana. Y, como decimos, en ello mismo va su primer “recurso interior”, su principal *fuerza interior*, su principal *poder o potencia (potencialidad)*. Así las cosas, su gran “recurso interior” le viene al ente familiar de su



propio ser, de su propia esencia. Y como consecuencia de ello, otro "recurso interior" es el hecho mismo de que si la familia es fiel a su *identidad*, a su *ser*, a su *esencia*, entonces recibe la bendición de Dios, entonces es *bendecida* por Dios. Porque Dios no puede engañarse ni engañar. Por eso san Pablo exhortará a los Gálatas –y en ellos nos exhorta a nosotros también-: "No se dejen engañar; de Dios nadie se burla" (Gal 6, 7).

Y además de esos dos "recursos interiores" fundamentales y esenciales de la familia –por decir así decir *metafísicos*-, está el hecho de que, siendo fiel a su esencia, y por ende pudiendo ser así bendecida por Dios, la familia se convierte de verdad en camino de plenitud humana, y, en el caso de la familia cristiana, camino también de plenitud divina por la Gracia. No por nada en ese sentido que los Padres de la Iglesia, en especial los Padres griegos, insistieron en eso que llamaron "*théosis*", es decir la "divinización" del hombre por la Gracia divina. Ahora bien, para el Papa Juan Pablo II es en la familia donde se cumple el designio divino originario para el hombre de manera más plena; es por eso que insistiría tanto en sus catequesis sobre el amor humano, es decir sobre el matrimonio –el matrimonio único y verdadero, entre un hombre y una mujer que se aman con un amor fiel, exclusivo y definitivo, fundamento sobre el que se construye toda verdadera familia- y la familia –esa única familia pensada, querida y bendecida por Dios-, precisamente en el hecho de que la familia es imagen del Dios Uno y Trino, ya que el hombre, por así decirlo, no sólo es "imagen y semejanza de Dios" en su humanidad individual, sino también a través de la "comunidad de personas"; es más, de alguna manera, desde esta perspectiva, "el hombre llega a ser imagen de Dios no tanto en el momento de la soledad cuanto en el momento de la comunión", llegará a afirmar el gran Papa del matrimonio y la familia (Catequesis del 14 de noviembre de 1979). Es por eso que realmente "el futuro de la humanidad se fragua en la familia" –como anota el mismo Papa en *Familiaris consortio*-, pero una "humanidad" según Dios, acorde al proyecto divino sobre el hombre, sobre la persona humana.

Ciertamente pudiéramos 'dar por descontado' todo esto que venimos diciendo. Mas no es así, máxime en los tiempos en que nos toca vivir, dado que desde hace ya muchos años se viene minando este fundamento



esencial de la humanidad y que atañe su *ser*, su *esencia* misma. Por ende, hemos de acoger esa indicación clara y precisa de Juan Pablo II, cuando dice que el mundo "tiene absoluta necesidad de escuchar siempre de nuevo y de entender cada vez mejor las palabras auténticas que le revelan su identidad, sus recursos interiores, la importancia de su misión en la ciudad de los hombres y en la de Dios". Por lo tanto, no está de más el que volvamos a insistir, siempre y a *tiempo* y a *destiempo*, como enseña san Pablo, en presentar a los hombres el designio divino sobre el hombre, el matrimonio y la familia, y esto no sólo a los cristianos, bautizados o católicos, sino a todos los hombres, porque, como bien anota el mismo Juan Pablo, un tal anuncio, el anuncio del matrimonio y la familia –o como el mismo Papa santo se referirá a dicho anuncio: "Evangelio de la familia"- es urgente e indispensable siempre, tanto "en la ciudad de los hombres" como "en la de Dios". Sin duda tal afirmación es eco de la distinción hecha ya por san Agustín en su magna obra "La ciudad de Dios", donde el gran santo de Hipona y Doctor de la Iglesia dirá que "dos amores fundaron dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial" (*De civitate Dei*, 14, 28). ¡Qué duda cabe que nunca como hoy el mundo de los hombres está cayendo precisamente ese primer amor descrito por el Doctor de la Gracia –*Doctor gratiae*!-: el amor propio, el amor de sí mismo, llevado a su límite, por así decirlo: hasta despreciar a Dios mismo, que es Amor, como enseña san Juan en su primera carta (1 Jn 4, 8), y que es la fuente del amor, de todo amor verdadero y auténtico. Por tanto, se trata más bien de un falso amor, de un verdadero desamor, es



decir egoísmo, egoísmo puro. Así las cosas, podemos decir que lo contrario, lo opuesto a la “ciudad de Dios”, es en verdad la “ciudad del demonio”, la ciudad de la aniquilación del amor mismo. Y ése es el mundo de las ideologías de hoy: de la ideología de la homosexualidad y su pretensión de elevarse no sólo a “derecho”, sino a equipararse a la sexualidad natural; la ideología del así absolutamente mal llamado “matrimonio homosexual”, que contradice en su misma raíz y esencial al matrimonio natural –es decir la unión enraizada en la naturaleza humana misma, que exige la complementariedad entre varón y mujer, para de verdad ser unión y plenitud, y por lo mismo abierta a la vida, fecunda y fecundante del verdadero amor, el cual necesariamente *produce* vida, se transforma en una nueva vida.

2.- *Familiaris consortio*, *Gratissimam sane* y *Evangelium vitae*: un “hermoso tríptico”

Después de citar la *Familiaris consortio*, el Papa Benedicto XVI volverá a referirse a ella añadiendo que ésta, “la mencionada exhortación, junto con la Carta a las familias *Gratissimam sane* y la encíclica *Evangelium vitae* constituyen como un hermoso tríptico que debe inspirar vuestra tarea de pastores”. Sin duda, hoy más que nunca necesitamos de la claridad que transpiran estos documentos del Papa Wojtyla sobre los temas principales sobre el hombre: la dignidad y sacralidad de la vida y de la persona humana desde su concepción hasta su término con la muerte natural; la dignidad y sacralidad del matrimonio natural, así como la santidad del matrimonio-sacramento; la dignidad y la sacralidad de la familia, que tiene su fundamento mismo en Dios mismo, que no es un Dios solitario sin un Dios-familia, en su Unidad-Trinidad. Por lo demás, se ha de subrayar el hecho de que Juan Pablo II, como gran filósofo del hombre, así como teólogo y también místico de lo humano y de lo divino, en estos documentos que conforman susodicho “tríptico hermoso” siempre apuntó más allá de los temas en sí mismos, y buscó apuntar hacia una verdadera “cultura de la vida”, esa tan anhelada “civilización del amor”, que supone, por supuesto, la justicia, y que tiene como fruto la verdadera paz. En efecto, Juan Pablo II tenía muy claro que los valores humanos y cristianos, realmente vividos –o, para decirlo con Gabriel Marcel, “encarnados”, porque,



como decía el filósofo de la esperanza, los valores que no están encarnados en realidad no tienen ningún ‘valor’, sino que se quedan en meras ideas o abstracciones-, se traducen, por su propia naturaleza y peso, en una verdadera “cultura”, en ‘humus’, es decir en tierra rica y fecunda de la que pueden brotar precisamente esos frutos de justicia y amor, realidades que se implican y exigen mutuamente, y la paz, que es su fruto más maduro, al mismo tiempo que su condición esencial.

En fin, hemos de cuestionarnos todos nosotros sacerdotes, no sólo los Señores Obispos, si acaso ese “tríptico hermoso” “inspira nuestra “tarea de pastores” en todo momento con relación a estos grandes temas esenciales de nuestra labor personal: la persona humana y su inviolable dignidad por ser “imagen y semejanza” de Dios; la defensa clara, rotunda y valiente de la vida humana en todas sus fases; la promoción del único matrimonio pensado, creado, querido y bendecido por Dios; y el anuncio decidido y constante del “Evangelio de la familia”, la única familia también pensada, creada, querida y bendecida por Dios. Porque si siempre hemos de ser claros con la verdad y con la doctrina, hoy son tiempos en que este deber se hace más urgente, pues es precisamente la ambigüedad y falta de claridad tan difundidas hoy día lo que se está promoviendo no ya sólo como “normal”, sino como lo verdaderamente *bueno*, cuando en realidad todas esas ideologías no hacen sino ir en contra y destruir el bien moral.

Y lo más delicado es que no se da esto en personas que son extrañas al Evangelio de Jesucristo y a Su Iglesia,



sino que en ocasiones –por desgracia cada vez más frecuentes- también al interior de la Iglesia se escuchan voces alineadas con susodichas ideologías y con esos grupos liberales –o mejor dicho ‘libertinos’- que afirman como verdadero lo que es mentira, y como bueno lo que es en realidad un mal. En pocas palabras, vivimos en los tiempos en que se impone cada vez con más fuerza eso que el Papa Benedicto tanto denunció y definió como “la dictadura del relativismo”; ni más ni menos.

Por eso, hay que volver a la sana doctrina, a la doctrina de siempre, a la auténtica doctrina de la Iglesia, que se nutre de la Palabra de Dios, de la verdadera Tradición eclesial –de manera especial de los Padres de la Iglesia- y del Magisterio perenne de la Iglesia. En ese sentido, cuán válido, pertinente y urgente es volver a eso que también Benedicto XVI llamó “hermenéutica de la continuidad” en contraposición de una “hermenéutica de la ruptura” en su discurso de felicitación navideña a la Curia romana el 22 de diciembre del 2005, en el que se refería a cómo había dos lecturas e interpretaciones del Concilio Vaticano II; por lo demás, como bien sabemos y la historia del postconcilio lo revela, dicho peligro y realidad ha acechado y ha estado presente desde que el Concilio se llevaba a cabo. Por eso se trata de una desviación en la lectura teológica que hay que desenmascarar con claridad y valentía, como lo hizo durante todo su pontificado Benedicto XVI; de hecho, podemos decir que dicha labor teológica de filigrana la comenzó ya mucho antes de que Juan Pablo II lo llamase a Roma para nombrarlo prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, años antes, cuando más y más se fue dando cuenta de este mal que aquejaba ya

en los tiempos preconciliares a varias líneas y teorías teológicas al interior de la Iglesia.

Así las cosas, es sólo volviendo a la doctrina perenne de la Iglesia que podremos ayudar a la Iglesia a salir de esta crisis interna, crisis que es radicalmente más peligrosa y destructora que los ataques que le vienen desde fuera. Porque, al fin de cuentas, los ataques de fuera no son sino parte de la persecución que la verdad ha de sufrir siempre, y la Iglesia con ella, pues ésta no es sólo la guardiana y depositaria de la fe (“*depositum fidei*”), sino, por lo mismo, la Iglesia es también custodia de la verdad. Eso es enseñanza pura del mismo Jesucristo, quien dijo de sí mismo que Él era “El Camino, La Verdad y La Vida” (Jn 14, 6). Y también dejó claro que “la verdad nos haría libres” (Cfr. Jn 8, 32). En efecto, sólo la verdad nos libera; nos libera en primer lugar del pecado, que desdice del amor, pero también de la verdad; nos libera del pecado, que es obra del demonio, quien es precisamente el “padre de la mentira”, como lo llama el mismo Jesús (Jn 8, 44); nos libera en definitiva del egoísmo, que está a la raíz de todo pecado, y de manera especialmente directa está a la raíz de la soberbia, del egoísmo y de la vanidad, en todo lo cual consiste la deformación del ángel caído, que de ser una naturaleza hermosa, eminentemente inteligente y creado, al igual que el hombre, para amar, se transforma en una naturaleza horrible, en una *forma deformada*, por así decirlo, en una negación en sí mismo de su misma naturaleza primigenia. Mas la frase completa de Jesús con respecto a la libertad que da la verdad, arroja una luz ulterior a cuanto venimos diciendo. Decía así a los judíos, a raíz de su incredulidad: “Si permanecen en mi palabra, serán en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad y la verdad les hará libres”. Por lo tanto, la raíz es la Palabra de Jesús, la Palabra de Dios; pero dado que Él mismo es la Palabra, el Verbo Eterno de Dios hecho carne, hecho hombre, entonces lo esencial es ser fieles a Su Palabra, ser fieles a Él, pues sólo así seremos “en verdad discípulos” suyos, como también sólo así “conoceremos la verdad”; y sólo conociéndola de verdad seremos libres, seremos libertados del pecado, de la mentira, y del demonio mismo. Pero volvamos a nuestro texto base.

3.- Esperanza, retos y deberes de la Iglesia universal





y de las Iglesias particulares y de todos los pastores por salvaguardar el matrimonio y la familia

El Papa Ratzinger, agradece “de modo especial” a los presidentes de las Comisiones Episcopales para la Familia y la Vida de América Latina, a quienes se viene dirigiendo, por su “solicitud pastoral en el intento por salvaguardar los valores fundamentales del matrimonio y la familia, amenazados por el fenómeno actual de la secularización, que impide a la conciencia social llegar a descubrir adecuadamente la identidad y misión de la institución familiar, y últimamente por la presión de leyes injustas que desconocen los derechos fundamentales de la misma”. Y, como es costumbre, en esto que dice Benedicto XVI, no sobra nada. Sin duda es significativo el que hable de “intento”, al referirse a aquéllas, las Comisiones Episcopales, un término que bien hace ver la fuerza de las ideologías y las instituciones y organismos que las difunden –si no es que también las crean-, las promueven, y hasta las imponen a las naciones y sociedades, en medio de este fenómeno de años –y de siglos, hemos de decir-, al cual denomina el Papa precisamente como “secularización”. Se trata de un proceso, este de la secularización, que, en efecto, como bien señala el Papa, “impide a la conciencia social llegar a descubrir adecuadamente la identidad y misión de la institución familiar”; y, por tanto, ver lo esencial en la familia, su ser y su quehacer en el mundo. Pero, además del peso de las ideologías, también esté el hecho –por desgracia y para desgracia de la Humanidad- de su concreción en “leyes injustas que desconocen los derechos fundamentales” de la institución familiar. Y esto es sumamente grave, porque lo que se hace ley pareciera que entonces sólo por eso ya es justo. Mas no es verdad, porque, como bien apunta el Papa, puede haber –y, de hecho, las hay- “leyes injustas que desconocen los derechos fundamentales” de la familia, y, por ende, los derechos fundamentales de la persona humana en cuanto tal, como son, de hecho, todas esas leyes que desde hace algunas décadas pululan ya en todo el mundo se imponen tiránicamente sobre las sociedades y las personas, y a algunas de las cuales nos hemos ya referido.

Ante este panorama, apenas dibujado con unas cuantas pinceladas, añadirá Benedicto XVI: “Frente a esta



situación, contemplo con complacencia cómo crece y se consolida la labor de las Iglesias particulares en favor de esta institución humana [la familia], que hunde sus raíces en el designio amoroso de Dios y representa el modelo insustituible para el bien común de la humanidad”. Y continúa diciendo que “son muchísimos los hogares que dan una respuesta generosa al Señor y, además, abundan las experiencias pastorales, signo de una nueva vitalidad, en las que, a través de una mejor preparación para el matrimonio, se fortalece la identidad de la familia”. Esto que el Papa a finales del año 2005, año de la muerte del Papa del matrimonio y la familia, san Juan Pablo II, se presenta como alentador. Mas no estamos tan seguros que a más de dieciséis años de estas palabras podamos decir que “frente a esta situación” de los ataques despiadados contra la familia, así como contra el matrimonio entre un hombre y una mujer, sobre el cual se funda aquella, “las iglesias particulares” se hayan consolidado en su “labor en favor de esta institución humana”, es decir la familia, “que hunde sus raíces en el designio amoroso de Dios”.

Ahora bien, hemos de preguntarnos si en estos últimos lustros se haya de verdad “consolidado” una pastoral familiar que anuncie, enseñe, promueva y defienda a esta “institución” originaria, fundamental y esencial de la persona humana y de las sociedades, misma cuyas raíces están inmersas en la misma naturaleza humana en cuanto tal. No estamos tan seguros de ello. El hecho es que, de seguro, falta mucho por hacer. E incluso se ha de decir que hemos de intensificar la “labor” por medio de la pastoral matrimonial y familiar en las estructuras eclesiales. El Papa aducía al hecho de



que las “experiencias pastorales” abundaban en este sentido, y las cuales, comenta el Papa, son “signo de una nueva vitalidad”; ojalá que así sea. Mas el hecho es que las estadísticas actuales sobre el matrimonio y sobre la perseverancia en el mismo parecen decir más bien lo contrario; porque está claro que una pastoral matrimonial –y por ende familiar- eficaz haría que se arrojaran otros datos, nos parece. En todo caso, el Papa alemán apunta hacia algo que es realmente indispensable precisamente para una “nueva vitalidad” en todo este amplio campo de la pastoral familiar: “una mejor preparación para el matrimonio”. Sin duda ahí está una de las claves de cara a una renovación de la sociedad y de la misma Iglesia, precisamente por cuanto recordábamos al inicio de nuestro trabajo: la familia es la “célula fundamental”, “esencial” y “originaria”, es más, es la “célula madre”. Es decir, o apuntamos a ello, o no estamos en verdad atacando el tema primordial y prioritario para la renovación y revivificación del mundo y de la Iglesia. Por ello, aquí cabe preguntarnos cuántas energías, cuántos recursos –materiales, humanos, intelectuales, espirituales- destinamos a la pastoral matrimonial, a la pastoral familiar, y de manera especial a la pastoral pre-matrimonial.

En ese sentido en el que venimos hablando cabe preguntarnos: ¿Cuánto tiempo y esfuerzo dedicamos precisamente a los cursos de preparación al matrimonio, así llamados “prematrimoniales”? ¿qué tan personalizada es la atención que damos a los novios en su camino al altar? ¿Qué tanta atención y seguimiento damos al equipo de pastoral matrimonial y familiar? ¿Qué tanto hago y dejo hacer a los laicos para que coadyuven a los novios en su preparación prematrimonial? En definitiva, ¿soy consciente de verdad de la grandeza que encierra el misterio del matrimonio, cuyo modelo es el mismo matrimonio místico entre la Iglesia-Esposa y Cristo-Esposo? ¿Actúo en consecuencia? Porque, como nos recordará Benedicto XVI en ese mismo discurso que venimos comentando, pero que podemos aplicarnos perfectamente a cada uno de nosotros como sacerdotes: “Vuestro deber de pastores es presentar en toda su riqueza el valor extraordinario del matrimonio que, como institución natural, es ‘patrimonio de la humanidad’”. Por otra parte, sigue diciendo, “su elevación a la altísima dignidad de sacramento debe ser contemplada con gratitud y estupor, como ya lo expresé

recientemente al afirmar que ‘el valor del sacramento que el matrimonio asume en Cristo significa, por tanto, que el don de la creación fue elevado a gracia de redención. La gracia de Cristo no se añade desde fuera a la naturaleza del hombre, no le hace violencia, sino que la libera y la restaura, precisamente al elevarla más allá de sus propios límites” (Discurso en la Ceremonia de apertura de la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma, 6 de junio de 2005). De todo esto que dice el Papa, es necesario que tanto los novios como los esposos tomen conciencia; y es nuestro “deber” –es decir, no es algo opcional en nuestro quehacer de pastores del Pueblo de Dios- el que ellos tomen conciencia. Ahora bien, como ‘nadie da lo que no tiene’, para ello es necesario que también cada uno de nosotros tomemos conciencia de la grandeza, sacralidad y santidad del matrimonio cristiano, base para la familia cristiana. Es más, es indispensable no sólo que seamos conscientes de lo sublime del matrimonio sacramento, sino de la ya absoluta dignidad del matrimonio natural. Como bien anota Benedicto XVI, hemos de ser conscientes no sólo de esa “elevación a la altísima dignidad de sacramento” que opera el sacramento por voluntad de Cristo mismo, sino de la ínsita grandeza que el matrimonio encierra ya como institución natural, que es don de Dios, ya que, como bien deja claro el Papa: “el don de la creación fue elevado a redención”. Pero se trata de una “elevación” por la gracia que fuese extrínseca y que, por tanto, se impondría por así decirlo a la fuerza, “haciéndole violencia” a la naturaleza humana, sino que, señala genialmente el Papa, la eleva por así decir desde dentro, cual elevación interior, intrínseca,





desde la naturaleza humana misma, a la cual “libera y restaura”, “precisamente al elevarla más allá de sus propios límites”. Y aquí conviene una vez más referirnos a la ya comentada “*théosis*” de los Padres de la Iglesia.

4.- Las notas específicas, peculiares del matrimonio y los ataques actuales a su misma esencia

Benedicto XVI continuará ahondando en el tema del matrimonio, precisamente por ser el fundamento sobre el cual se construye la familia. De hecho, en pocas palabras, y siguiendo cuanto enseña la constitución pastoral del Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, señala las características esenciales del matrimonio. Dice: “El amor y la entrega total de los esposos, con sus notas peculiares de exclusividad, fidelidad, permanencia en el tiempo y apertura a la vida, está en la base de esa comunidad de vida y amor que es el matrimonio (cfr. *Gaudium et spes*, n. 48)”. Y después añadirá que “hoy es preciso anunciar con renovado entusiasmo que el evangelio de la familia es un camino de realización humana y espiritual, con la certeza de que el Señor está siempre presente con su gracia”. Pero después también hará ver que “este anuncio a menudo es desfigurado por falsas concepciones del matrimonio y la familia que no respetan el proyecto originario de Dios. En este sentido, se han llegado a proponer nuevas formas de matrimonio, algunas de ellas desconocidas en las culturas de los pueblos, en las que se altera su naturaleza específica”. En efecto, podemos decir que nunca antes se habían propuesto las actuales verdaderas aberraciones anti-naturales y del todo contrarias a lo humano. Nos atrevemos a ir más lejos que el mismo Papa y decimos que dichas “nuevas formas de matrimonio” ya no sólo “alteran” la naturaleza específica del hombre, la misma naturaleza humana, sino que, de plano, la destruyen, precisamente por ser tan radicalmente opuestas a su ser mismo, a su esencia misma. Ante estas propuestas desnaturalizadas y contrarias a la dignidad humana, ¡qué diversa es la enseñanza genuina y perenne de la Iglesia sobre el matrimonio! Y, como bien hará ver en diversos momentos, esa misma doctrina perenne es de la que partió Karol Wojtyła – Juan Pablo II para regalarnos esa profundización extraordinaria y genial sobre la enseñanza de Cristo sobre el amor humano en general, y del matrimonio cristiano en particular, catequesis

conocidas como “teología del cuerpo”.

Y con respecto a la “teología del cuerpo” de Juan Pablo II, Benedicto XVI se refirió a ella en diversas ocasiones. Pero nos parece especialmente feliz e iluminador cuanto decía en un discurso a los participantes en un encuentro del Instituto Pontificio Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia el viernes 13 de mayo del 2011, fecha en que se conmemora la fundación de dicho Instituto por el mismo Juan Pablo II, y que no sólo es el día de la Virgen de Fátima, sino también de su atentado en la plaza san Pedro en Roma: “La familia es el lugar donde se unen la teología del cuerpo y la teología del amor. Aquí se aprende la bondad del cuerpo, su testimonio de un origen bueno, en la experiencia del amor que recibimos de nuestros padres. Aquí se vive el don de sí en una sola carne, en la caridad conyugal que une a los esposos. Aquí se experimenta la fecundidad del amor, y la vida se entrelaza a la de las otras generaciones. Y es en la familia donde el hombre descubre su carácter relacional, no como individuo autónomo que se autorrealiza, sino como hijo, esposo, padre, cuya identidad se funda en la llamada al amor, a *recibirse* de otros y a *darse* a los demás.” Por tanto, si “la familia es el lugar donde se unen teología del cuerpo y teología del amor”, entonces es también en la familia que se aprende –debiera aprenderse– “la bondad del cuerpo”, y, por ende, la bondad del amor humano, de la relación sponsal hombre-mujer, y la bondad de la sexualidad, cuando se vive “de forma humana”, es decir respetando la naturaleza humana en su dimensión sexuada, y ésta en sus dos únicas formas en cuanto naturaleza sexuada: varón y mujer. Por eso Benedicto XVI hace referencia





a “la experiencia del amor que recibimos de nuestros padres”, en la cual –y sólo en ella, en la diferencia sexual varón-mujer- “se vive el don de sí en una sola carne”, pue sólo en la complementariedad se puede llegar a un encuentro que se convierte de verdad en eso: “una sola carne”, como enseña el mismo Jesús en el Evangelio (Mc 10, 8). Y todo ello en el amor, y en el caso del matrimonio cristiano, en el amor teologal, como bien precisa el Papa: “en la caridad conyugal que une a los esposos”. Luego el Papa hace ver cómo es precisamente a partir de esa “experiencia de amor” sobrenatural, de auténtica caridad entre los esposos, caridad que está abierta a la vida, que “se experimenta precisamente la fecundidad del amor”, tanto en la relación sponsal entre los esposos como de éstos hacia los hijos y de los hijos hacia sus padres, por lo que entonces “la vida se entrelaza a la de las otras generaciones”. Parafraseando el canto de María ante su prima Isabel, podemos decir que es en el seno de la familia que el amor se pasa de *generación en generación*.

Finalmente, Benedicto completará su visión de la familia fundamentada en el matrimonio diciendo que es “en la familia donde el hombre descubre su carácter relacional, no como individuo autónomo que se autorrealiza, sino como hijo, esposo, padre, cuya identidad se funda en la llamada al amor, a *recibirse* de otros y a *darse* a los demás”. Por tanto, es en la familia que el hombre aprende no sólo a relacionarse con el prójimo, sino que aprende las diversas relaciones intrafamiliares, y aprende a ser persona por medio de tales relaciones, aprende a ser “hijo, esposo, padre”, identidades o *estados de vida relacionales* fundamentales e indispensables para la vida de todo ser humano, pues es precisamente en ese su “carácter relacional”, que la persona humana “se autorrealiza”; más aun, es ahí, en todo ese entramado de relaciones que tienen su origen en la familia y que ésta genera constantemente, perfeccionando a los miembros de la misma, que el hombre descubre, aprende y profundiza siempre más ese “*recibirse* de otros” y ese “*darse* a los demás”, dimensiones metafísicas y existenciales fundamentales y que están íntimamente unidas en la persona humana, y que son esenciales para su realización plena, para alcanzar esa “autorrealización” a la que se refiere el Papa.



5.- El derecho fundamental a la vida humana y los peligros que la amenazan y la destruyen

Después de hablar de la familia en pocas palabras, pero las esenciales y magistralmente articuladas, Benedicto XVI pasa a hablar de la vida y del derecho fundamental a ésta. Aborda el tema haciendo ver que “también en el ámbito de la vida están surgiendo nuevos planteamientos que ponen en tela de juicio este derecho fundamental”, y añadirá que “como consecuencia [de ello], se facilita la eliminación del embrión o su uso arbitrario en aras del progreso de la ciencia que, al no reconocer sus propios límites y no aceptar todos los principios morales que permiten salvaguardar la dignidad de la persona, se convierte en una amenaza para el ser humano mismo, quedando reducido a un objetivo o a un mero instrumento”.

Quizás debiéramos decir que hoy por hoy los “planteamientos” supuestamente científicos, así como los de orden jurídico, ya no sólo “ponen en tela de juicio” el derecho fundamental a la vida, como dice Benedicto XVI, sino que simple y llanamente lo aniquilan, como bien anota acto seguido el Papa al señalar que “se facilita la eliminación del embrión o su uso arbitrario en aras del progreso de la ciencia”. En efecto, podemos



decir que tal derecho ha desaparecido para el caso del embrión, es decir de la persona humana en cualquiera de los estadios de su desarrollo antes de nacer. La realidad del aborto, práctica generalizada en el mundo, lo dice todo; sobre todo porque es éste, el homicidio del ser humano más inocente y del todo indefenso. Así, la persona humana que más tiene necesidad de ser protegida, y la que más tiene derecho a tal protección, es la más vulnerable en manos del hombre mismo; y lo que es más contradictorio, injusto y trágico: en manos de su propia madre, de sus propios padres, y de quienes se suponen hacen un juramento de cuidar y proteger la vida, lo cual exige su misma profesión de médicos. Vale la pena traer aquí cuanto decía el mismo Papa Ratzinger al respecto en un discurso a los participantes en la Asamblea General de la Academia Pontificia para la Vida el 26 de febrero de 2001. Decía en esa ocasión el Papa. “Los médicos, en particular, no pueden descuidar la grave tarea de defender del engaño la conciencia de numerosas mujeres que piensan que en el aborto encontrarán la solución a dificultades familiares, económicas, sociales, o a problemas de salud de su niño. Especialmente en esta última situación, con frecuencia se convence a la mujer —a veces lo hacen los propios médicos— de que el aborto no sólo representa una opción moralmente lícita, sino que es incluso un acto «terapéutico» debido para evitar sufrimientos al niño y a su familia, y un peso «injusto» para la sociedad. En un marco cultural caracterizado por el eclipse del sentido de la vida, en el cual se ha atenuado mucho la percepción común de la gravedad moral del aborto y de otras formas de atentados contra la vida humana, se exige a los médicos una fortaleza especial para seguir afirmando que el aborto no resuelve nada, sino que mata al niño, destruye a la mujer y ciega la conciencia del padre del niño, arruinando a menudo la vida familiar”.

Eso en el caso del aborto; pero también está ese otro campo en el que también se asesina al embrión, pero no se le desecha, sino que se le “utiliza” como medio “en aras del progreso de la ciencia”, como bien dice el Papa. En realidad, ambos destinos de tan grave homicidio hoy día van unidos, pues se aprovechan los abortos producto de una “contratación de un sicario” —como dice el Papa Francisco al referirse al crimen del aborto con esa fuerte imagen— para deshacerse del



embrión o, como suelen decir los promotores de este genocidio, con desvergonzada desfachatez eufemística, del “producto”, para experimentar sobre los restos humanos de esas personas pequeñas, inocentes e indefensas. Es más, de un tiempo para acá no sólo experimentan sobre ellos, sino que los utilizan para diversos fines, algunos de ellos de tipo terapéuticos (por ejemplo, la extracción de células madres del embrión en orden a la búsqueda de la curación de enfermedades de diverso tipo, y sobre todo cuando ésta requiere la regeneración de células y tejidos en los pacientes); otros fines son de los así llamados del “bienestar”, pero que en realidad se trata de la fabricación de cosméticos. ¡Hasta dónde puede llegar la barbarie del hombre! Ya lo decía el filósofo católico Michel Henry, al referirse precisamente al grado de barbarie al que hemos llegado en nuestra así llamada “civilización del progreso y del bienestar”. En realidad, se trata de una civilización que ha perdido la brújula, la dirección hacia la verdadera humanidad. Sí, nuestra sociedad “moderna” ha perdido todo sentido de lo humano; o, para decirlo con Nietzsche, el hombre se ha vuelto “humano, demasiado humano”, perdiendo así todo sustrato que unión con su origen divino. En este punto, no le queda al hombre más remedio que creerse “superhombre”, como también proclamaba el filósofo de “más allá del bien y del mal”. En efecto, de esa manera el hombre suplanta a Dios, toma Su lugar; al menos es lo que pretender. En ese sentido, detrás de los postulados que pululan de unos años para acá sobre el “transhumanismo” encierran en sí esta misma actitud soberbia ante el Creador; se trata de una verdadera rebeldía diabólica frente a Dios. Por lo demás, y antes



de Nietzsche lo decía muy acertadamente ese otro autor –que a veces parece otro Nietzsche *avant la lettre*, otras veces más bien parece todo un místico cristiano, pero en quien, finalmente, prevaleció la admiración por Cristo y la fe en Él y en la Redención que nos trajo-, Dostoyevski, cuando hace decir a uno de sus personajes, Iván, uno de los “hermanos Karamazov”, novela de homónimo título: “Si Dios no existe, todo está permitido”. En fin, es cierto que vivimos en la civilización no “del progreso y del bienestar”, como pregonan los promotores de esta debacle, sino en la civilización *de la barbarie y de la rebelión contra Dios*. Por eso el Papa, después de condenar claramente el aborto y de apuntar hacia los sofismas que este cela en su pretensión de convertirse en un “derecho” y de desenmascararlos, afirmará, con gran lucidez, valentía y contundencia, que “cuando se llega a estos niveles se resiente la misma sociedad y se estremecen sus fundamentos con toda clase de riesgos”. En efecto, una vez que se llega a “estos niveles” de barbarie y deshumanización en el hombre, o mejor dicho de *anti-humanismo*, “todo está permitido” –como decía Dostoyevski-, todo puede ocurrir. Pero no cualquier “todo”, sino todo lo peor; como, de hecho, ya está ocurriendo. En realidad, como diría Gabriel Marcel, vivimos en los tiempos de “los hombres contra lo humano”, que es el título de una de sus obras: “*Les hommes contra l’humain*” (1951).

6.- El derecho fundamental a nacer y crecer en una familia fundada sobre el matrimonio y los deberes que hacia este todos tienen, incluidos políticos, legisladores y servidores del bien social

En contraposición a todas estas perversiones contra la vida humana, y contra *lo humano* en general, Benedicto XVI después insistirá en el “derecho a nacer” de los hijos. Dirá el Papa: “En América Latina, como en todas partes, los hijos tienen el derecho a nacer y crecer en el seno de una familia fundada sobre el matrimonio, donde los padres sean los primeros educadores en la fe de sus hijos y estos puedan alcanzar su plena madurez humana y espiritual”. Por tanto, el sinsentido del supuesto “derecho al aborto” está a las antípodas del “derecho a nacer” del que habla el Papa. Se trata de una tergiversación del *derecho humano* en cuanto tal, así como de una manipulación y corrupción total del lenguaje mismo. En realidad, quienes defienden un tal ‘derecho al aborto’, lo que amparan en realidad es un *derecho a matar*. Se trata de un anti-derecho, de la negación del primer derecho humano, que es el derecho a la vida, como bien señala el Papa. Mas no sólo tienen los hijos el derecho a nacer, sino “a crecer en el seno de una familia fundada sobre el matrimonio”. Y aquí por supuesto Benedicto se refiere, una vez más, insistimos, al único matrimonio pensado, querido y bendecido por Dios: el matrimonio entre un varón y una mujer, es decir el único matrimonio válido y justo y que, al mismo tiempo, está capacitado de dar vida, de estar abierto a acoger la vida humana que nace de su propio seno, y no de la soberbia de la ciencia –a la cual se refería el Papa antes- que cree que por *ser técnicamente posible* el *producir* personas a través de métodos que no respetan la dignidad de la vida humana ni la vida en sí misma en su dinamismo natural –piénsese en la fecundación in vitro, por mencionar tan sólo la técnica más común hoy en día para ‘concebir’ una vida humana fuera del ámbito *verdaderamente humano* del amor conyugal-, sólo por eso ya ello es lícito. En efecto: no todo lo técnicamente posible es moralmente lícito. Juan Pablo II no se cansó de repetir este axioma, de manera especial en su encíclica *Evangelium vitae* (25 de marzo de 1995), en la que hizo una defensa clara, rotunda y sin recortes de la dignidad de la persona y de la vida humanas, al mismo tiempo que condenó total y tajantemente el aborto y la eutanasia.

Ahora bien, el “derecho a nacer y crecer” de los hijos en una verdadera familia, en realidad se da ya desde el primer momento de la concepción; porque ya en ese



mismo instante comienza el desarrollo del embrión, es decir de la persona humana. Es decir, el crecimiento no sólo se da a partir del nacimiento del hijo, del *dar a luz* por parte de la madre, sino que éste, el crecimiento, en realidad comienza, desde la concepción, desde la unión de los gametos femenino y masculino en las trompas de Falopio, para poco después pasar al útero, donde se anida el óvulo ya fecundado. Pero, como bien sabemos, ya desde el primer momento de la concepción comienza el crecimiento del ser humano. Por otro lado, podemos decir que, en realidad, desde la concepción ya *nace* de alguna manera la persona humana, ya está presente; el resto es precisamente su *crecer*, hasta que se dé su *nacimiento* a la luz del día, para así continuar ese *crecimiento*, que llegará a su ápice en el desarrollo en sus potencias sensitivas, psíquicas, así como espirituales –en la medida que las cultive y alimente también–, ya que el hombre es precisamente una unidad físico-psíquico-espiritual, para luego comenzar a *decrecer*, es decir comenzará su declive en lo tocante a su desarrollo y crecimiento, aunque no necesariamente de manera homogénea en los tres órdenes o dimensiones de su ser integral. Análogamente, aunque se suele decir que se es madre o padre cuando “nace” el bebé a la luz del día, es decir cuando su madre lo *da a luz*, en realidad madre o padre ya se es desde el primer momento de la concepción, porque es desde entonces que *existe*, que *es*, que ya *está presente* la persona humana, y por lo tanto el hijo(a) ya *existe*, ya *es*, ya *vive*; y ya existe, ya es y ya vive como hijo(a). Por eso, como recordaba el Papa Benedicto XVI en un discurso dirigido al embajador de Austria ante la Santa Sede el jueves 3 de febrero de 2011,

“es preciso lamentar que la vida de los *nascituri* no reciba una tutela suficiente y que, al contrario, a menudo sólo se les reconozca un derecho de existencia secundario respecto a la libertad de decisión de sus padres”.

En fin, de todo esto cuanto comentamos, lo más importante a subrayar es el hecho de que, como venimos diciendo, *la persona está*, o mejor dicho *es*, a nivel metafísico, desde el inicio, desde el primer instante de su concepción, por una parte, y, por otra, la verdad de que, como también insistía el mismo Benedicto XVI, “la familia está fundada sobre el matrimonio”, y que es en esa familia cuya base es el matrimonio –el matrimonio verdadero– “donde los padres sean los primeros educadores en la fe de sus hijos”, y así “estos puedan alcanzar su plena madurez humana y espiritual”. Queda claro así que esto último, la “plena madurez humana y espiritual”, es posible sólo cuando los hijos viven en una auténtica familia, basada a su vez en un auténtico matrimonio, ambos basados en el designio divino sobre ellos, y sobre el hombre en cuanto tal. Por tanto, los hijos no son un “derecho” de los papás, no son éstos los que tienen derecho a los hijos, sino que, más bien, son los hijos quienes tienen derecho a sus padres.

Al fondo de todas estas reflexiones está el hecho, como lo hacía ver el mismo Benedicto XVI, de que los hijos, como la vida misma, es un *don*, y no una *posesión*. Y esto no sólo en relación al origen o inicio de la vida, porque ésta es *siempre* un *don*. Y es que Dios, que es “Creador y Dador de vida”, como confesamos al inicio del Credo, no sólo crea, sino que también *sostiene*. No crea si más; no crea y se desentiende de su creatura. Crea y *sostiene en el ser*. A esta luz se comprende en mayor profundidad eso del Papa Ratzinger que citábamos más arriba, y que volvemos a traer aquí: “... es en la familia donde el hombre descubre su carácter relacional, no como individuo autónomo que se autorrealiza, sino como hijo, esposo, padre, cuya identidad se funda en la llamada al amor, a *recibirse* de otros y a *darse* a los demás”. “Recibirse” y “darse”. Por ello es tan importante, insistimos, ver todo esto desde una perspectiva del don, de una óptica que parte de una verdadera *metafísica del ser como don*, que es lo que propone Benedicto en toda esta temática antropológica. Sólo desde esa perspectiva



del "don", de la *vida como don*, se puede entender el hecho de que, como también afirma Benedicto XVI, "verdaderamente, los hijos son la mayor riqueza y el bien máspreciado de la familia". Y por ello mismo, añadirá el Papa, "es necesario ayudar a todas las personas a tomar conciencia del mal intrínseco del aborto que, al atentar contra la vida humana en su inicio, es también una agresión contra la sociedad misma. De ahí que los políticos y legisladores, como servidores del bien social, tienen el deber de defender el derecho fundamental a la vida, fruto del amor de Dios". Y hemos de resaltar ese "tienen el deber", porque precisamente a todos estos servidores del bien común se les encarga, por parte de la sociedad, precisamente la defensa del bien común, el bien común se fundamenta y se protege al mismo tiempo por el derecho natural; y el primer derecho natural del hombre precisamente es el derecho a la vida, ya que sin éste no hay ningún otro derecho. Y es por eso que la dignidad humana exige el respeto absoluto de ese primer y fundamental derecho del hombre.

Por lo demás, es necesario insistir en esta visión de la vida como "don", de la persona humana como "don". Y esto se aprende en la familia, en familia. En efecto, como lo decía el mismo Papa en una ocasión, es en la familia donde los hijos "aprenden al mismo tiempo el sentido de la comunidad fundada en el don, no en el interés económico o en la ideología, sino en el amor, que es 'la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad (*Caritas in veritate*, n. 1)"; y añadía que ésta es la "lógica de la gratuidad" (Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del



mundo político, académico, cultura y empresarial, con el cuerpo diplomático y con los líderes religiosos, en el viaje apostólico a Croacia, 4 de junio de 2011).

7.- La necesidad de agentes de pastoral cuidadosamente preparados en materia tan delicada y compleja, y al mismo tiempo tan trascendental y de vida o muerte para la sociedad y para la Iglesia

Finalmente, antes de concluir invitando al V Encuentro mundial de las familias en Valencia, España, el cual se llevaría a cabo en julio del 2006, año que estaba por comenzar, y que ponía "bajo la amorosa protección de la Sagrada Familia", el Papa tocaba un último punto, pero que es de vital importancia para poder afrontar todos esos retos a los que se venía refiriendo durante su discurso; es decir: la formación de agentes de pastoral preparados en el campo del matrimonio y la familia. Decía el Papa: "Es indudable que para la acción pastoral en una materia tan delicada y compleja, y en la que intervienen diversas disciplinas y se tratan cuestiones tan fundamentales, se requiere una cuidadosa preparación de los agentes pastorales de las diócesis. Así, los sacerdotes, como colaboradores inmediatos de los obispos, han de poder recibir una sólida preparación en este campo, que les permita afrontar con competencia y convicción la problemática suscitada en su labor pastoral. En cuanto a los laicos, sobre todo los que dedican sus energías a este servicio de las familias, necesitan también una válida y elevada formación, que les ayude a testimoniar la grandeza y el valor permanente del matrimonio en la sociedad actual".

Esto que comenta el Papa es de vital importancia, como él mismo lo hace ver, dentro de la misión de la Iglesia de cara al anuncio, promoción y defensa del matrimonio y la familia, que es lo esencial, lo fundamental, lo verdaderamente *vital*, como hemos venido haciendo ver a lo largo de nuestro escrito, de la mano de Benedicto XVI, por lo que, como también el Pontífice anotaba, se



requiere una preparación “cuidadosa”, afirma el Papa, pues se trata de “una materia tan delicada y compleja, en la que intervienen diversas disciplinas y se tratan cuestiones fundamentales”. Por ello, insiste el Papa, “los sacerdotes, como colaboradores inmediatos de los obispos, han de poder recibir una sólida preparación en este campo, que les permita afrontar con competencia y convicción la problemática suscitada en su labor pastoral”.

Sin duda cuanto dice aquí Benedicto XVI sobre la necesidad de formarnos sólidamente es algo que no sólo sabemos, sino que experimentamos todos los días, pues, como bien apunta el Papa, si ya de suyo “la materia es delicada y compleja”, lo es más por el hecho mismo de que precisamente en ella “intervienen diversas disciplinas y que tratan cuestiones fundamentales”; y es el sacerdote, sobre todo –al menos se supone-, el “agente pastoral” que más se ha preparado en su camino durante el seminario –y a lo largo de todo su camino de formación integral, la cual ha de ser “permanente”; y en el sentido en que aquí hablamos sobre todo en todo su trayecto de formación intelectual-, hacia su configuración con Cristo Sumo y Eterno Sacerdote por el sacramento del Orden y durante toda su existencia como sacerdote. Y todo ello dirigido a servir cada vez más y mejor al Pueblo de Dios.

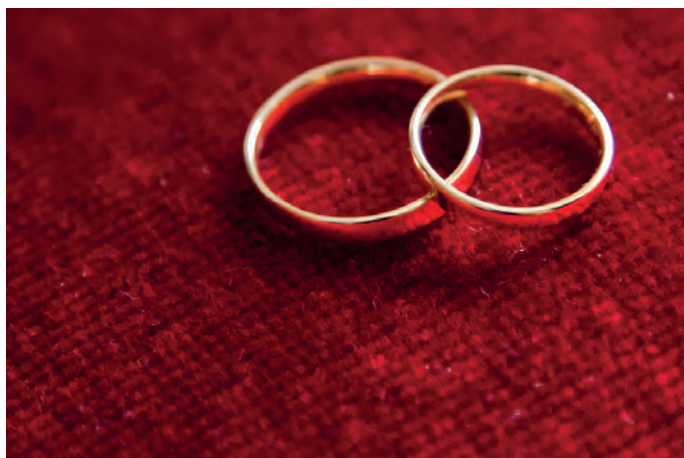
Claro, todo esto que anotamos sobre el presbítero se ha de llevar a cabo en conjunto con los laicos, y de manera especial con los agentes de pastoral especializados para cada una de los ámbitos de la pastoral. Todos como un solo Cuerpo que somos en la Iglesia, en bien del anuncio del Evangelio y de la comunicación de la gracia a las almas por medio de los sacramentos en orden a su salvación. Ahora bien, de manera especial es en la Eucaristía de donde nace toda esa misión salvífica de la Iglesia y a donde toda ella también tiende. En ese sentido, no por nada el Papa Benedicto XVI ha sido, sin lugar a dudas, un Papa eminentemente eucarístico, como lo ha sido todo su pontificado. En ese orden de cosas, en un discurso que ya citábamos antes más arriba, Benedicto XVI hará ver que, finalmente, es en la Eucaristía, “fuente y cumbre de la vida de la Iglesia”, como la definió el Concilio Vaticano II (*Sacrosanctum*



concilium, n. 10; *Lumen gentium*, n. 11), donde todos esos “agentes de pastoral” a los que se refiere, sacerdotes y laicos –y dentro de éstos especialmente los mismos matrimonios y familias que colaboran en la pastoral matrimonial y familiar- encuentran el alimento y fuerza precisamente para su labor pastoral, también en el ámbito específico de la promoción y defensa de la vida, de la persona humana, del matrimonio y de la familia. El texto es largo, pero vale la pena traerlo aquí a modo de conclusión de nuestro artículo, pues no tiene una sola palabra de desperdicio:

“Deseo detenerme brevemente en la necesidad de reconducir orden sagrado y matrimonio hacia la única fuente eucarística. Los dos estados de vida tienen, en efecto, en el amor de Cristo —que se da a sí mismo para la salvación de la humanidad—, la misma raíz; están llamados a una misión común: la de testimoniar y hacer presente este amor al servicio de la comunidad, para la edificación del Pueblo de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1534). Esta perspectiva permite ante todo superar una visión reductiva de la familia, que la considera como mera destinataria de la acción pastoral. Es cierto que, en esta época difícil, la familia necesita particulares atenciones. Pero no por ello hay que disminuir su identidad ni mortificar su responsabilidad específica. La familia es riqueza para los esposos, bien insustituible para los hijos, fundamento indispensable de la sociedad, comunidad vital para el camino de la Iglesia.

En el plano eclesial, valorar a la familia significa reconocer



su relevancia en la acción pastoral. El ministerio que nace del sacramento del matrimonio es importante para la vida de la Iglesia: la familia es lugar privilegiado de educación humana y cristiana, y permanece, por esta finalidad, como la mejor aliada del ministerio sacerdotal; ella es un don valioso para la edificación de la comunidad. La cercanía del sacerdote a la familia, a su vez, la ayuda a tomar conciencia de la propia realidad profunda y de la propia misión, favoreciendo el desarrollo de una fuerte sensibilidad eclesial. Ninguna vocación es una cuestión privada; tampoco aquella al matrimonio, porque su horizonte es la Iglesia entera. Se trata, por lo tanto, de saber integrar y armonizar, en la acción pastoral, el ministerio sacerdotal con «el auténtico Evangelio del matrimonio y de la familia» (*Directorio de pastoral familiar*, Conferencia episcopal italiana, 25 de julio de 1993, n. 8) para una comunión eficaz y fraterna. Y la Eucaristía es el centro y la fuente de esta unidad que anima toda la acción de la Iglesia.

Queridos sacerdotes y queridos esposos, que sepáis encontrar siempre en la santa misa la fuerza para vivir la pertenencia a Cristo y a su Iglesia, en el perdón, en el don de uno mismo y en la gratitud. Que vuestro hacer cotidiano tenga en la comunión sacramental su origen y su centro, a fin de que todo se realice para la gloria de Dios. De este modo, el sacrificio de amor de Cristo os transformará, hasta haceros en él «un solo cuerpo y un solo espíritu» (cf. *Ef 4, 4-6*). La educación de las nuevas generaciones en la fe pasa también a través de vuestra coherencia. Dadles testimonio de la belleza exigente de la vida cristiana, con la confianza y la paciencia de quien

conoce el poder de la semilla sembrada en la tierra. Como en el episodio evangélico que hemos escuchado (*Mc 5, 21-24.35-43*), sed, para cuantos están encomendados a vuestra responsabilidad, signo de la benevolencia y de la ternura de Jesús: en él se hace visible cómo el Dios que ama la vida no es ajeno o distante de las vicisitudes humanas, sino que es el Amigo que nunca abandona. Y en los momentos en que se insinúe la tentación de que todo esfuerzo educativo es vano, sacad de la Eucaristía la luz para reforzar la fe, seguros de que la gracia y el poder de Jesucristo pueden alcanzar al hombre en cualquier situación, incluso la más difícil” (Discurso en el Encuentro con las familias y con los sacerdotes durante la visita pastoral a Ancona, Italia, el 11 de septiembre de 2011).



¿Santa Pandemia? Consideraciones sobre el llamado a la santidad en este periodo



P. Juan Pablo Ledesma, L.C.
Doctor en Teología
Licenciado en Filosofía

¿Miedo a la gloria de Dios?

Yo, tú, los demás... El hombre y la mujer somos seres misteriosos, personas con cuerpo y alma. Microcosmos, síntesis admirable y armónica de la creación. «El hombre –se expresa maravillosamente San Gregorio Magno– tiene algo de todas las criaturas; porque tiene el ser como las piedras; la vida como los árboles, la sensibilidad como los animales y la inteligencia como los ángeles»¹.

¿Para qué nacimos? ¿Por qué vivimos? ¿Por qué estamos en este mundo? El sentido está escrito y sellado en la vida. Más que preguntarnos o buscar un porqué, preguntémonos: ¿para quién? En la respuesta hay una gran verdad y un regalo.

Es la certeza que proviene de la fe: soy amado; tengo un sentido, un cometido en la historia. Así me siento aceptado, querido. En su libro sobre el amor, Josef Pieper muestra que el hombre puede aceptarse a sí mismo sólo si es aceptado por algún otro². Tiene necesidad de que haya otro que le diga: Es bueno que tú existas. Sólo a partir de un «tú», el «yo» puede encontrarse a sí mismo. Por eso es bueno ser una persona humana.

Nuestro fin y nuestra meta es Dios, su gloria, siendo santos. Y sólo contamos con esta vida, la única, la última para serlo, para realizarlo... Pero esta realidad, ¿a quién no le provoca miedo? Ya Dios nos parece un tú desconocido. Miedo de su gloria, que nos parece un concepto superior, soberbio, injusto e impropio de nuestra época. La gloria de Dios, de un ser impersonal, aparentemente lejano y exento de mi vida... El Maligno nos lo presenta como adversario y enemigo acérrimo de nuestra felicidad. Tenemos también miedo de nosotros mismos, porque palpamos cada vez más la fragilidad de nuestra humanidad herida. Miedo de la misma santidad, porque nos parece un concepto frío, etéreo, imposible de alcanzar o algo muy aburrido.

A este propósito, reflexionando y haciendo un examen de conciencia sobre la santidad, escribía el Cardenal Van Thuan: «En mi vida, y también ahora de cardenal, he tenido y tengo miedo de las exigencias del Evangelio; tengo miedo de la santidad, de ser santo. Muchas veces no me he atrevido a pensar en la santidad: he querido ser fiel a la Iglesia, no renegar nunca de mi decisión. Pero no he pensado suficientemente en ser santo. El año pasado me operaron para extirpar un tumor. Me quitaron dos kilos y medio de tumor, y quedaron en mi

¹SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía 29* sobre el Evangelio: PL 76, 1214.

²Cf. BENEDICTO XVI, *discurso a la Curia romana*, 22 de diciembre de 2011.



vientre cuatro kilos y medio, que no se pueden extirpar. Y con todo esto yo he tenido miedo de ser santo: este ha sido mi sufrimiento. Pero duró hasta el momento en que vi la voluntad de Dios en lo que me sucedía y acepté llevar este peso hasta la muerte y, en consecuencia, no poder dormir más de una hora y media cada noche. Al aceptar todo esto, ahora estoy en paz: ¡su voluntad es mi paz! ¡Hasta que Dios quiera, yo querré ser como él quiera de mí, para mí!»³

Así concluyó el cardenal sus días en la tierra, abrazando la cruz, participando del misterio pascual de Cristo. La causa de beatificación de este profeta de la esperanza cristiana sigue abierta. Por hombres como éste, la santidad es posible y cierta, porque han vivido y buscado siempre la gloria de Dios.

Teológicamente la gloria de Dios es la que la Trinidad se procura en su seno. Dicho con otras palabras: es el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu. Amor que refleja toda la vida, la belleza, la bondad, la verdad, la eternidad de sus perfecciones y desbordan en corriente de infinito amor. Es el misterio –define A. Royo Marín– de su vida íntima en el que Dios encuentra una gloria intrínseca absolutamente infinita⁴.

Dios no necesitaba de ninguna creatura por buena

o bella que parezca, para aumentar su gloria. Pero, Dios ¡es amor! Y el amor se comunica, se expansiona y por eso participa sus perfecciones al creado. De esta forma, la creación entera glorifica a Dios. Esto no supone un egoísmo en Dios, sino una sobreabundancia y un derroche de generosidad, un éxtasis. Como acertadamente señala Santo Tomás de Aquino: sólo Dios es infinitamente liberal y generoso, porque no obra por indigencia o necesidad, como hacen los seres imperfectos, sino únicamente por bondad, para comunicar a sus creaturas su propia rebosante felicidad⁵.

San Ireneo de Lyon va más lejos y se atreve a afirmar que la gloria de Dios somos nosotros, cada hombre y mujer viviente, así como la gloria del hombre es la visión de Dios, entendiendo visión como posesión definitiva y total de Dios⁶. Nuestra propia felicidad no consiste en otra cosa que en la gloria eterna de Dios.

Por ello, la gloria de Dios nos es cercana y accesible. Significa la alabanza, la complacencia y el agrado que Dios recibe en Cristo de parte nuestra o de cualquier creatura. La misma encarnación, como veremos más adelante, y todo el misterio de la salvación no tienen otra finalidad que la gloria de Dios. ¡A Él la gloria por los siglos! –escribía San Pablo insistentemente a los Romanos desde su cautiverio, experimentando también el aguijón y la debilidad de su carne (cf. Rm 11, 36) ¡Que Dios sea todo en todas las cosas! (1 Cor 15, 28), porque también comer, beber o cualquier otra actividad que realicemos da gloria a Dios (1 Cor 10, 31).

Así lo entendieron numerosos santos, hombres y mujeres de Dios a lo largo de los tiempos, como san Alfonso María de Liguori, que siempre pensaba en la gloria de Dios, o san Ignacio de Loyola, que propuso como lema para su Compañía: *Ad maiorem Dei Gloriam* (a la mayor gloria de Dios), y tantos otros que buscan la gloria de Dios a través del Reino de Cristo.

De hecho, todo debería subordinarse a este fin.

³MARIO TOSSO, *L'Osservatore romano*, 1 de julio de 2012, p. 8.

⁴ANTONIO ROYO MARÍN, *Teología de la Perfección cristiana*, BAC, Madrid 1988, p. 48.

⁵SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, 44, 4, ad 1.

⁶Cf. SAN IRENEO DE LYON, *Adversus Haëreses*, IV, 20, 7.



Incluso la santificación personal es deseable en cuanto con ella glorificamos más a Dios. Cumplir la voluntad de Dios es importante, necesario, pero el motivo último no puede ser otro que agradar a Dios. Cumplir su voluntad porque quiero complacerle y darle gusto. Por agradarte, Señor, hago esto. Soy santo, por tu gloria. Una oración, atribuida a san Francisco Javier, dice: «Hago el bien, no porque a cambio entraré en el cielo y ni siquiera porque, de lo contrario, me podrías enviar al infierno. Lo hago porque Tú eres Tú, mi Rey y mi Señor»⁷.

Sí, pensar en la gloria de Dios y en la santidad. Creer que existen y que yo también puedo dar mucha gloria a Dios, siendo santo. Porque ser santos es muy fácil. Es la vía ordinaria del cristiano. Es o debería ser lo normal. Todos somos capaces de ello. Para eso hemos nacido. San Juan Crisóstomo así lo entendía y lo predicaba desde su destierro: «Dios mismo nos ha hecho santos, pero nosotros estamos llamados a permanecer santos. Santo es aquel que vive en la fe»⁸.

Santos lo somos por ser la predilección de su creación, su imagen y semejanza, hechura de sus manos; ya somos santos por la gracia del bautismo, que nos conforma con Cristo y nos hace participar ya de su muerte y resurrección; ya somos santos por nuestra incorporación a la Iglesia, por la fe... Ahora se trata de permanecer en estos dones y bendiciones, en hacerlos fructificar y llevarlos a plenitud. Lo que ya somos hay que mantenerlo y acrecentarlo, porque en la cumbre del amor -escribe san Juan de la Cruz- sólo mora la honra y la gloria de Dios.

Dios nos atrae hacia sí

Después de la gloria de Dios, toda vida cristiana tiene como finalidad la santificación personal. Ser santos, santas. Y esto, ¿qué significa? Quizás lo primero que nos viene a la cabeza al escuchar estos adjetivos sea una conexión inmediata con la Tierra Santa. Efectivamente, Israel y Palestina constituyen escenarios privilegiados, porque son la tierra de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

La tierra donde Dios comenzó su Revelación. Tierra del Éxodo y del exilio, del templo... Tierra donde el Hijo Unigénito de Dios se encarnó en el seno de María Santísima; donde vivió, murió y resucitó. Tierra donde nace la Iglesia. Por eso esta tierra es santa, no porque sea más digna, hermosa o mejor, sino porque es la cuna de un plan de salvación de amor, donde Dios ha entrado en comunión con el hombre.

Así como Abrahán, los patriarcas y profetas, María Santísima fueron los protagonistas, de la misma forma nos sentimos cada uno de nosotros interpelados por el mismo Dios, que baja a nuestra tierra y nos propone su mismo plan de salvación. Una invitación a la comunión con Cristo, que se cumple en plena libertad.

Desde que Dios tocó la Tierra Santa, la santificó. Análogamente podemos decir lo mismo de cada persona. Cuando Dios entra y transforma los corazones y las conciencias, santifica aquella persona.

Ampliando las miras, sabemos que la idea de la santidad se halla presente en todas las religiones, aunque con acentos diversos. Expresa ante todo la noción de una misteriosa potencia relacionada con el mundo divino e inherente a personas, instituciones y objetos particulares. Por eso, en el mundo de la Biblia brotó, como algo característico de lo santo, el concepto de separación: lo que es santo debe estar separado



⁷ Citado por BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia romana*, 22 de diciembre de 2011.

⁸ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre la carta a los Efesios*, I, 1,4.

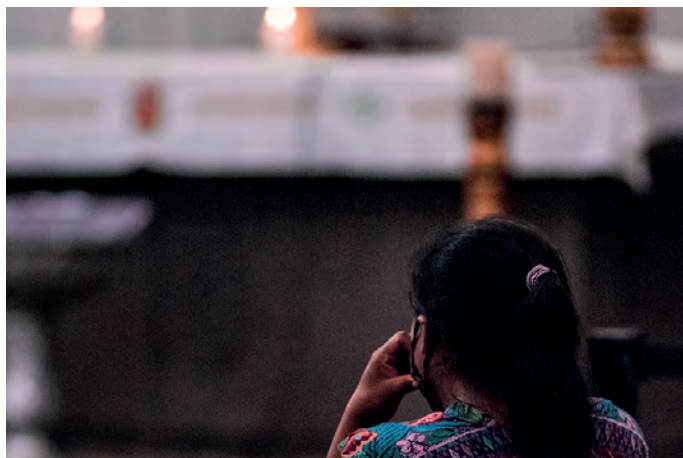


de lo profano, para que pueda conservar su carácter específico y no mancharse. Así como el Santo está fuera de nuestro radio, alejado y separado por su inmensa trascendencia, conviene que lo terreno o profano no se vea afectado por esa energía o potencia.

La santidad parecería así un valor sumamente complejo, que implica pureza y requiere lugares, cultos, objetos. El pueblo de Israel llevó a cabo una profunda reinterpretación de esta concepción, convirtiéndose los términos santo, santidad, santificar (derivados todos ellos de la raíz semítica *qds*) en unos de los más característicos y significativos de toda la revelación bíblica. Sólo Dios es santo, el tres veces santo. Santo sólo puede aplicarse de modo absoluto y total al Señor (Yhwh), Dios.

Todo lo demás sería santo (el pueblo de Israel, el templo, el sacerdocio, Sión...) sólo como participación de Dios o, mejor dicho, como la presencia del Santo en la historia de salvación.

Cuando el concilio de Éfeso (431 d.C.), bajo el reino del emperador de Oriente Teodosio II, aceptó para María el título de Madre de Dios -*Theotókos* (*Dei Genitrix*)- dio un gran paso. Condensaba en esa fórmula toda la doctrina de la Redención. Sin duda alguna, este término parece muy audaz. ¿Una mujer, madre de Dios? ¿Una virgen, madre del Santo? Pero precisamente ahí, en el misterio de la Encarnación se funda nuestra posibilidad



de dar gloria a Dios y de ser santos. Si no fuera así, si Dios no hubiera dado ese salto por propia iniciativa, ¿qué relación o comunión podríamos mantener con un Creador y Señor, separado de nosotros?

Es una maravillosa aventura de Dios. Dios no permanece en sí mismo, aislado y lejano. Rompe –por así decirlo- ese concepto tradicional de «santo» como separado. Dios sale de sí mismo, se comunica y se une a nosotros por medio de Jesucristo, que es Dios. No es un hombre que tiene relación con la Divinidad. En Jesucristo nació Dios en la tierra. Por eso ya no estamos fuera, sino dentro, participando de su vida, de su intimidad. La santidad ya no será separación, sino comunión, estrecha relación.

La filosofía aristotélica enseñaba que entre Dios y el hombre sólo puede existir una relación de causalidad, no recíproca. En la filosofía platónica, y luego más expresamente en la aristotélica, el concepto de Dios ese ser divino y trascendente es un pensamiento que se piensa a sí mismo, pero así, en realidad, no puede salir de sí. Dios es, sí, persona, porque conoce, y porque finalmente, aunque de distinta manera en el maestro (Platón) como en el discípulo (Aristóteles), Dios es, en última instancia, fundamento de las personas humanas. Es un Dios que existe en sí, pero fuera de mí. Es un Dios que se conoce y que conoce; pero no es un Dios que ama. Estas hipótesis conducen, finalmente, al miedo y al sinsentido, porque se trata de un Dios que existe en sí mismo pero sin relación conmigo.

Pero con su Encarnación, misterio clave para entender a Dios y a nosotros mismos, con una *Theotókos*, Dios se pone en relación directa y estrecha con la humanidad, asumiendo nuestra naturaleza, permitiéndonos participar de su relación interior. La carne adquiere así dimensiones divinas. Es el perno de la salvación –afirma categóricamente Tertuliano, intuyendo el misterio-: «*Caro cardo salutis*»⁹. Precisamente así se puede mantener abierta la esperanza hacia el futuro: «La carne resucitará: toda la carne, precisamente la carne, y la carne toda entera. Dondequiera que se encuentre, está en consigna ante Dios, en virtud del fidelísimo mediador

⁹ TERTULIANO, *De resurrectione mortuorum*, 8, 2.



entre Dios y los hombres, Jesucristo, que restituirá Dios al hombre y el hombre a Dios»¹⁰.

Por Jesucristo, Dios y hombre verdadero, entramos en el ser de Dios y con Él nos relacionamos. «Nace, pues, Cristo para restaurar con su nacimiento la naturaleza corrompida; se hace niño y consiente ser alimentado, recorre las diversas edades para instaurar la única edad perfecta, permanente, la que él mismo había hecho; carga sobre sí al hombre para que no vuelva a caer; lo había hecho terreno, y ahora lo hace celeste; le había dado un principio de vida humana, ahora le comunica una vida espiritual y divina. De este modo lo traslada a la esfera de lo divino, para que desaparezca todo lo que había en él de pecado, de muerte, de fatiga, de sufrimiento, de meramente terreno»¹¹.

Por eso, es posible la santidad, la comunión con Dios, la vida íntima de Dios, la inhabitación de la Trinidad en nuestros corazones. Si nos preguntamos cuál es el elemento más característico de la imagen de Jesús en los evangelios, debemos decir: su relación con Dios. Él está siempre en comunión con Dios. El ser con el Padre es el núcleo de su personalidad. A través de Cristo, conocemos verdaderamente a Dios. «A Dios nadie lo ha visto jamás», dice san Juan. Aquel «que está en el seno del Padre... lo ha dado a conocer» (1,18). Ahora conocemos a Dios tal como es verdaderamente. Él es Padre, bondad absoluta a la que podemos encomendarnos¹².

El Papa Benedicto XVI señala un interesante paralelismo entre el primer capítulo del Evangelio de Lucas y el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, que repiten en dos niveles el mismo misterio. En el primero, el Espíritu Santo desciende sobre María y así concibe al Hijo de Dios. En los Hechos, María está al centro de la comunidad, orando e implorando el Espíritu. Y así de la Iglesia creyente, con María en el centro, nace

la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. «Este doble nacimiento es el único nacimiento del *Christus totus*¹³, del Cristo que abarca el mundo y a todos nosotros. Nacimiento en Belén, nacimiento en el Cenáculo. Nacimiento de Jesús niño, nacimiento del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia. Son dos acontecimientos o un único acontecimiento. Pero entre los dos están realmente la cruz y la resurrección. Y sólo a través de la cruz pasa el camino hacia la totalidad del Cristo, hacia su Cuerpo resucitado»¹⁴.

De esta forma, la Madre de Dios es también Madre de la Iglesia, porque es Madre del Cristo total: *Christus totus*. Lo que nacerá de ella -según las palabras del arcángel- será santo.

La Encarnación cambió definitivamente el concepto de santidad. Ya no es separación, reserva, privilegio, sino cercanía, participación y comunión con Dios ya en esta vida. Cristo –como nos enseña el Credo que la Iglesia reza desde el año 325 d.C.- fue concebido por el Espíritu Santo de María Virgen. Y de la misma forma es concebido siempre Jesús. Como señala Luis María Martínez: «Así se reproduce en las almas; es siempre fruto del cielo y de la tierra; dos artífices deben concurrir para esa obra de la humanidad: el Espíritu Santo y la



¹⁰ TERTULIANO, *De resurrectione mortuorum*, 63, 1.

¹¹ SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón 148*: PL 598.

¹²Cf. BENEDICTO XVI, *jueves santo, 5 de abril de 2012*.

¹³«Et omnes in illo et Christi et Christus sumus, quia quodammodo totus Christus, caput et corpora est» (SAN AGUSTÍN, *Enarraciones a los Salmos 2, 2*: PL 36, 200).

¹⁴BENEDICTO XVI, *Meditación al inicio de los trabajos del Sínodo de los obispos para Oriente Medio*, 11 de octubre de 2010.



Santísima Virgen María. Dos son los santificadores esenciales de las almas: el Espíritu Santo y la Virgen María porque son los únicos que pueden reproducir a Cristo... Pero los dos —el Espíritu Santo y María— son los indispensables artífices de Jesús, los imprescindibles santificadores de las almas»¹⁵.

Dios nos quiere santos

Por eso debemos confiar mucho y dejarle actuar a Dios. ¿Por qué? Dios nos quiere así, santos. Y precisamente en el momento en que se experimenta la propia debilidad se manifiesta más aún el poder de Dios, que nunca nos abandona.

Desde siempre, antes de la creación del mundo, nos piensa santos. La vocación a la santidad, es decir, a la comunión con Dios forma parte del plan de Dios Creador. Y lo maravilloso es que no excluye a nadie; comprende y abraza a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, pasados, presentes y futuros. Llamada universal, proyecto de amor. Amor eterno.

Dios, que es Padre, nos eligió desde siempre y para siempre en su Hijo. Y a esto San Pablo lo llama una bendición. Una bendición en Cristo que conlleva toda clase de bienes espirituales y celestiales. Que Dios nos piense y nos ame desde siempre es muchísimo. No hay palabras para describir tal atención y amor. Y San Pablo prosigue indicando el sentido de este don, regalo, bien, bendición... El porqué y el para qué es que fuésemos santos por el amor (cf. Ef 1, 3-10).

La santidad es el fin y cometido de la toda vida humana. Destinados en la persona de Cristo, por puro amor y libre iniciativa divina. Eso somos cada hombre y mujer: un diseño de Amor; un proyecto de santidad, su gloria y alabanza.

Es la mirada de Dios, que, siendo eterna, penetra todo y lo trasciende todo. Y allí nos encontramos sus creaturas predilectas, sus hijos de adopción. Dios nos mira en Cristo. Nos ve y nos reconoce en su Hijo.

Nos da su sangre, el perdón de nuestros pecados, el tesoro de su gracia, derramando y derrochando bienes, mostrándonos su voluntad.

Y es que Cristo no se encarnó como un individuo entre muchos. Nació para crearse un cuerpo, para atraernos a todos hacia sí, para recapitular toda la creación, de cielo y tierra. Donde nace Cristo comienza el movimiento de la recapitulación, de la construcción de su cuerpo que es la Iglesia. Bella y plásticamente describe San Ireneo de Lyon este proceso de recapitulación: «Dios había tomado el barro de la tierra para plasmar al hombre y a través de esto tuvo lugar toda la Economía de la venida del Señor. También tuvo él carne y sangre para recapitular, no otras distintas de las de aquel antiguo plasma del Padre, buscando lo perdido»¹⁶.

Por eso San Pablo invita a los cristianos de Colosas a conseguir un conocimiento perfecto de la voluntad de Dios, de ese modo su conducta será digna y le agradecerán en todo. Así el poder de su gloria les dará fuerza para soportarlo todo con alegría.

Es posible, como los primeros cristianos

En los albores de la Iglesia, los santos eran los hermanos de la comunidad cristiana. San Pablo en sus cartas manda saludar a los hermanos y despedirse con



¹⁵LUIS MARÍA MARTÍNEZ, *El Espíritu Santo*, Ed. La Cruz, México 1998, p. 15.

¹⁶SAN IRENEO DE LYON, *Adversus Haëreses*, V, 14, 2.



el ósculo de la paz. Luego se reservó el título de santo a los mártires. Porque mártir es el testigo que sella con su muerte su profesión de fe cristiana. Es una persona que confirma la verdad en que cree con el don de su vida. Su fe en Cristo redentor es tan fuerte que dice: te lo demuestro con mi propia vida, quiero firmar mi amor y mi fe con mi sangre. El mártir es aquel que dice: yo creo en el amor y lo demuestro con el gesto supremo del amor. Porque «nadie tiene mayor amor, que el que da la vida por el amigo» (*Jn 15, 13*). Muere a sí mismo, renuncia totalmente a sí mismo, es un acto heroico de opción por el amor de Dios que le cuesta la vida.

Y el mártir es también –como la palabra griega indica– un testigo. Es testigo de los bienes eternos, porque tiene ante la vista la recompensa de la vida eterna. «Estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con la gloria venidera» (*Rm 8, 18*), y por eso san Pablo encara cárceles, latigazos, naufragios y todo lo que venga. El mártir tiene una especial fortaleza: porque Dios le concede el don de amar las dificultades de este mundo ante la vista del premio futuro. Es una fe que viene acompañada siempre de la fortaleza. Una fe que debe ser defendida de modo heroico y que viene a ser jalonada, por el anhelo de la recompensa futura, la certeza que le da que no todo se acaba aquí, sino que viene algo mejor. Y por eso el apóstol mártir es capaz de cualquier cosa. Recordemos lo que hizo el Espíritu Santo con los apóstoles: tímidos y cobardes se transformaron en valientes, audaces, testigos.

Todos sabemos que a partir del testimonio de todos

estos primeros cristianos que tuvieron que dar su vida por la fe, se creó en la Iglesia primitiva toda una ilusión de martirio. Era lo ordinario en los primeros cristianos, el vivir con la ilusión de ser mártir. Era la única forma en que se concebía la santidad entonces: la santidad del mártir. Los santos eran entonces los mártires.

Si bien el martirio es un don, una gracia reservada para algunos o muchos, la llamada a la santidad, a ser testigos de Cristo sí lo es para todos. Quizás Dios no nos pida ser mártires, pero sí nos quiere santos. Volviendo a los primeros siglos de la historia de la Iglesia, vemos que llegó un momento en que las circunstancias cambiaron. El mismo concepto de santidad circunscrito al martirio cambió. Terminó la persecución de la Iglesia, a inicios del siglo IV, con el reconocimiento por parte del Imperio Romano. Ya no los mataban ni los perseguían, al menos abiertamente.

San Martín de Tours muere sin haber sido martirizado y es santo; se le reconocen sus virtudes heroicas, y luego viene su biógrafo Sulpicio Severo que hace la defensa aguerrida de que éste es un mártir como los demás. Porque ha sido heroico en la vivencia de las virtudes cristianas. Empieza una especie de apología de esa forma de vida cristiana y se destaca de tal manera la forma heroica de vivir las virtudes que surge el monaquismo. Y lo promueven de tal manera que se convierte en un ideal de vida y hay un gran resurgimiento de este ideal de vida porque es la oblación de sí mismo en el sacrificio de la propia vida por Cristo.

Hay, por lo tanto, una transición en la historia de la Iglesia en la concepción de la santidad por el ejercicio heroico de las virtudes. En nuestros días, a todos los cristianos se nos pide ser testigos, santos. Leemos en la *Lumen Gentium*, n. 42: «Si el martirio es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia». Este es el martirio que se nos pide a todos los cristianos. A imitación de Cristo: «He nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (cf. *Jn 18, 37*). ¿Y cuál es la verdad del Evangelio?: «Dios es Amor» (*1 Jn 4, 8*). Y el único cristianismo es el Evangelio del amor.



Los primeros cristianos veían que el martirio les conformaba con Cristo, pero no tanto por el hecho de la muerte, sino por las disposiciones interiores con que ellos padecían. Esa manifestación externa de sacrificio, de martirio, debe proceder de las disposiciones interiores. Y san Pablo zanja el argumento: «Si no tengo caridad, nada me aprovecha» (1 Cor 13, 3b). El mismo san Agustín lo resume en una frase lapidaria: «Al mártir no lo hace el castigo que sufre, sino la causa del mismo». No cuenta tanto el sufrimiento padecido, sino el motivo, el porqué, o mejor aún, el por quién.

La fuente de la santidad

Nos atrevemos a decir que la santidad es una, como una es la perfección de la caridad, porque manan de Dios. Una es la filiación divina y la configuración a Cristo; una es la Eucaristía, una la unión con la Trinidad. Múltiples, sin embargo, son las modalidades o expresiones de esta santidad, según la diversa condición de las personas.

El concilio Vaticano II insistió en lo uno y en lo otro, al afirmar juntamente la unidad substancial de la santidad, y las diversas fisonomías espirituales de sacerdotes, religiosos y laicos: «Todos los fieles, de cualquier estado

o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»¹⁸. «Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios»¹⁹.

Dios Trinidad es la fuente de toda santidad, como de todo progreso y perfección. Es la fuente de donde mana todo: «Qué bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche. -Así se expresaba nuestro poeta y místico san Juan de la Cruz en 1578-. Su origen no lo sé, pues no le tiene, mas sé que todo origen de ella viene... Sé que no puede ser cosa tan bella... Su claridad nunca es oscurecida, y sé que toda luz de ella es venida...El corriente que nace de esta fuente bien sé que es tan capaz y omnipotente... El corriente que de estas dos procede sé que ninguna de ellas le precede... Aquesta eterna fuente está escondida en este vivo pan por darnos vida... Aquesta viva fuente que deseo, en este pan de vida yo la veo, aunque es de noche»¹⁹.

Dios al ser Padre es fecundo. Es Padre y como tal desarrolla una paternidad inefable. El Hijo es perfecto, de la misma naturaleza, y por eso infinito. Del mutuo amor procede el Espíritu Santo, amor substancial del Padre y del Hijo. Así nos habla la Revelación.

Dios es la fuente y nosotros sus vasos de elección. Podemos contemplarnos y admitir nuestra condición de frágiles vasijas de barro, pero tenemos la certeza de que también a nosotros la tribulación presente nos proporciona una inmensa e incalculable carga de gloria (cf. 2 Cor 4, 7). Es Dios quien santifica, a través de la acción de su Espíritu, en el Hijo. Así lo enseñaba en sus catequesis San Cirilo de Jerusalén: «La vida verdadera y auténtica es el Padre, la fuente de la que, por mediación del Hijo, en el Espíritu Santo, manan sus dones para todos y, por su benignidad, también a nosotros los hombres que se nos han prometido verídicamente los bienes de la vida eterna»²⁰.

¹⁷Lumen Gentium, 40b.

¹⁸Lumen Gentium, 41a.

¹⁹Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe: Que bien sé yo la fonte que mana y corre*.

²⁰SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis 18, 29*: PG 33, 1050.

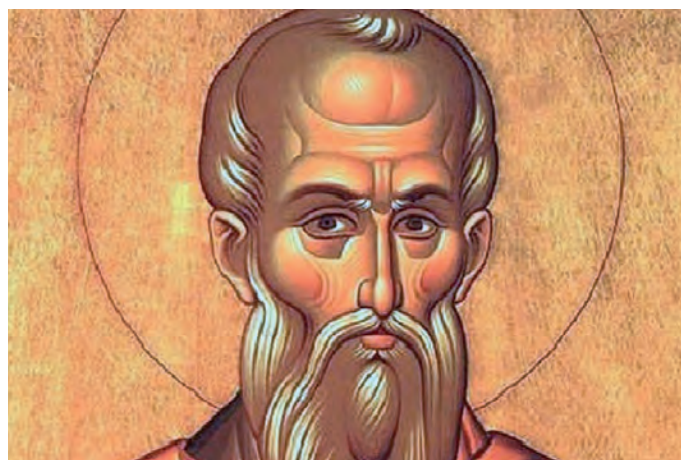


Si consultamos diversos tratados y libros de vida espiritual, encontraremos enunciados y principios fundamentales de la vida cristiana. Nadie dudará de que el fin y propósito de toda vida humana es la gloria de Dios y nuestra santificación, pero suelen distinguir diversas fuentes o caminos que, a fin de cuentas, apuntan a lo mismo.

La santidad es vista como un precioso y valiosísimo diamante, desde diversas caras. Unos acentúan el misterio de la gracia de Dios en plenitud; la configuración con Cristo, participando en sus misterios; otros, la perfección de la caridad y la plenitud de las virtudes o la perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Unos y otros no son sino enfoques, acentos en perfecta armonía. Si faltara alguno de estos elementos, ¿qué santo o santa sería? Incluso el caminito de las almas sencillas recorre estas facetas en mayor o menor medida. Decía Newman que para juzgar a un alma no importa tanto ver la distancia a que se encuentra de Dios como ver la dirección que lleva. ¿Va hacia Él o se aleja? Pues si va hacia Él, si le busca con sinceridad, es que Dios comienza a atraerle; es que Dios se le acerca²¹.

Son varias las fórmulas, las enunciaciones, los modos de explicar o de interpretar esta única sinfonía, cuyo compositor es Dios y cuya partitura es el Evangelio. El estilo de Dios es distinto del estilo del hombre. Si Dios mora en un alma –misterio sólo acariciable con la fe- es para hacernos partícipes de su vida íntima y transformarnos en Dios; para ofrecernos la plena posesión de Dios y el goce de las divinas personas.

La configuración con Cristo es también la finalidad de nuestra vida cristiana. San Gregorio de Nisa concluye que el cristiano es otro Cristo: «Puesto que la bondad de nuestro Señor nos ha concedido una participación en el más grande, el más divino y el primero de todos los hombres, al honrarnos con el nombre de cristianos, derivado del de Cristo, es necesario que todos aquellos nombres que expresan el significado de esta palabra se vean reflejados también en nosotros, para que el



de cristianos no parezca una falsedad, sino que demos testimonio del mismo con nuestra vida»²².

No podemos santificarnos ni glorificar a Dios sino por Jesucristo, con Él y en Él. No seremos santos si no vivimos la vida de Cristo o mejor aún -como lo entendió san Pablo- en la medida en que Cristo viva en nosotros (cf. Ga 2, 20). Jesucristo era una obsesión para san Pablo. Tanto le atrajo y le cautivó que dedicó el resto de su vida a revelar al mundo ese misterio escondido (cf. Ef 3, 9). De esta forma Cristo es la vida del alma, el Camino, la Verdad, la Vida. A Él lo tenemos siempre con nosotros, por la fe, por los sacramentos, por la Iglesia.

Entre todas las fórmulas para escalar las cumbres de la perfección cristiana, la Iglesia en la doxología de cada celebración eucarística utiliza estas sublimes palabras: «por Cristo, con Él y en Él, a Ti Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos». Aquí encontramos, de nuevo, la finalidad de nuestra vida: la gloria de Dios en Cristo, por el Espíritu. Y todo esto es gracia de Dios y es posible, gracias al misterio precedente de la Encarnación del Verbo, donde María Santísima intervino de modo esencial y necesario. ¿No es nuestra Madre el camino más fácil, más breve, más perfecto y más seguro?²³ María halló gracia delante de Dios y dio el ser y la vida al Autor de la gracia. Ella formó a la Cabeza del cuerpo, y también Ella modela a

²¹ANTONIO ROYO MARÍN, *Teología de la Perfección Cristiana*, BAC, Madrid 1988, p. XXXI.

²²SAN GREGORIO DE NISA, *Tratado sobre el perfecto modelo de cristiano*: PG 46, 255.

²³Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONFORT, *La verdadera devoción a la Santísima Virgen*, c. 5, a.5, BAC, Madrid, p. 522ss.



los miembros de ese cuerpo.

Y este progreso y santificación se realiza en la Iglesia, depositaria de todos los tesoros de la gracia. Ella nos pone en comunión con Dios, como miembros de su familia. Nada más contrario al plan de Dios que una visión de su Iglesia escondida o invisible, considerada como una mera creación humana, de corte jurídico, deficiente. ¿Qué podríamos saber de Cristo sin la Iglesia? ¡Nada! En ella lo encontramos a Él, porque es suya. «La Iglesia es Jesús enseñando, curando, salvando, sirviendo, invitando; es Jesús muchas veces herido, ridiculizado, maldecido y profanado. La Iglesia es una *communio*, una familia sobrenatural. La mayoría de nosotros, alabado sea Dios, nacimos dentro de ella, como nacimos dentro de nuestras familias humanas. Así, la Iglesia está en nuestro ADN espiritual. La Iglesia es nuestro hogar, nuestra familia»²⁴.

La perfección cristiana

«Toda la santidad y perfección del alma consiste en el amor a Jesucristo, nuestro Dios, nuestro sumo bien y nuestro Redentor. La caridad es la que da unidad y consistencia a todas las virtudes que hacen al hombre perfecto»²⁵. Con estos trazos el gran teólogo moralista san Alfonso María de Liguorio sintetizaba la noción de santidad, personificándola y centrándola en Jesucristo. Señalaba también la cumbre, la caridad, reina de todas las virtudes.

Recordemos que el crecimiento en las virtudes es crecimiento en Cristo y consiste en apropiarse cada vez más profundamente los hábitos sobrenaturales²⁶. Las virtudes crecen por repetición de actos; por actos intensos, motivados, sobre todo en momentos difíciles como enfermedad, tentación o tribulaciones. Una repetición de actos que es fruto del ambiente o de

una mera costumbre, no perfecciona, sin una voluntad, consciente y decidida. Por eso, quien crece en la virtud, en cualquier virtud, se hace libre de espíritu, porque es más dueño de sí. No hay que maravillarse de que las virtudes crezcan armónicamente, como los dedos de una mano. Es siempre Dios el maestro, el artesano que toma nuestra arcilla y modela cada alma. Los dones del Espíritu Santo completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben²⁷.

Dios quiere nuestra perfección, pero también es interesante constatar que ha habido, hay y seguramente habrá santos no ejemplares. En su libro *Síntesis de espiritualidad católica*, los autores José Rivera y José María Iraburu puntualizan esta realidad: «Cuando hay importantes carencias –de salud mental, formadores, libros-, puede Dios permitir que perduren inculpablemente en el cristiano ciertas deficiencias psicológicas o morales que no afectan a la esencia de la santidad, pues no son culpables»²⁸.

Esto se explica de la siguiente manera. Dios otorga siempre su gracia, pero no necesariamente sana las enfermedades o patologías de la naturaleza humana. Precisamente esas deficiencias físicas, psicológicas,



²⁴MONS. TIMOTHY DOLAN, en un discurso pronunciado a los obispos estadounidenses en el contexto de la Asamblea Plenaria de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB por sus siglas en inglés), celebrado en noviembre de 2011, en Baltimore. Mons. Dolan es presidente de esa Conferencia Episcopal y arzobispo de Nueva York.

²⁵SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Tratado sobre la práctica del amor a Jesucristo*, edición latina, Roma, 1909, p. 9.

²⁶Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, I-II, 52, 1-2; II-II 24, 5.

²⁷Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1831.

²⁸JOSÉ RIVERA-JOSÉ MARÍA IRABURU, *Síntesis de espiritualidad católica*, Edibesa, Madrid 2009, p. 117.



morales o espirituales –del todo inculpables- constituyen para la persona en cuestión y muchas veces en su entorno una buena carga de sufrimiento y de humildad. Y precisamente aquí, en esta cruz, encuentran su santificación. Misteriosa manera de conducir a las almas, pero Dios tiene sus caminos, y los nuestros tantas veces no coinciden con los suyos...

Aunque estas personas no sean canonizables por la Iglesia, porque toda beatificación y canonización tiene como finalidad el ejemplo y estímulo de todos los fieles, son «santos no canonizables». ¿Por qué? Sencilla y llanamente porque Dios ha derramado sobre ellos su gracia, trascendiendo su pobre naturaleza quebradiza.

En estas ocasiones resulta difícil no juzgar y distinguir al pecador de este tipo de personas, porque mantienen achaques, caídas e imperfecciones, pero recordemos que no podemos identificar el grado de virtud con las obras externas. Si esto no fuera así ni los dementes ni los niños sin uso de razón podrían ser santos y, sin embargo, los hay.

Todos estamos llamados a la santidad, a la perfección, que equivalen en la práctica. Repitémoslo una vez más, la perfección cristiana consiste en la plenitud de la caridad. Algunas expresiones audaces de san Pablo ponen de manifiesto esta certeza: «Por encima de todo la caridad, que es el vínculo de perfección» (Col 3, 14). «El fin del Evangelio es la caridad» (1 Tm 1, 5).

La caridad es la síntesis de la perfección. La caridad muestra el grado de perfección. Y lo maravilloso de todo esto es que en esta vida podemos siempre crecer indefinidamente en la caridad, porque no hay límites para el amor a Dios ni para el amor al prójimo. Sólo la muerte paraliza este crecimiento terreno. Por eso el amor será nuestro galardón, nuestro telón definitivo, que revelará el grado de perfección adquirido en este mundo. Será nuestro premio.

«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48) –frase de Jesucristo que nos interpela y que evoca aquella del Levítico: «Sed santos, porque Yo soy santo» (Lv 11, 44). Llamada inequívoca a la santidad. Pero, si nos preguntamos con sinceridad,

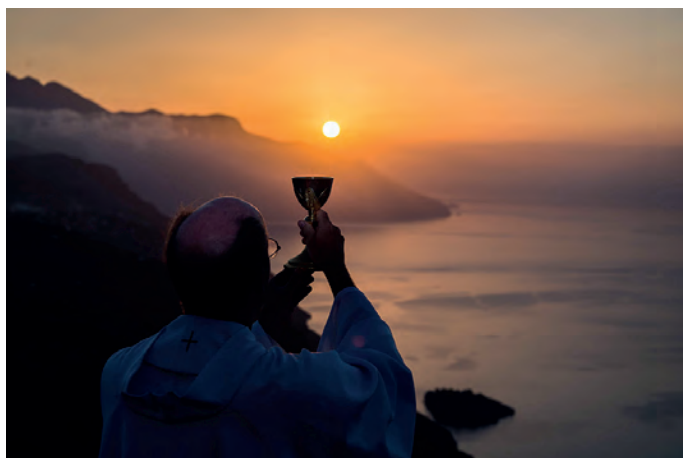
¿quién de nosotros es santo, perfecto? Bajamos la cabeza y pensamos que eso es para otros; que sólo algunos pueden con semejante empresa, que los buenos están en el cielo y que aquí hay mucha maldad... Volvemos a reencontrarnos con nosotros mismos en la parábola que Jesús explicó detenidamente a sus discípulos.

Es verdad, en nuestro campo de tierra buena, donde Dios ha sembrado trigo de la mejor calidad, puede aparecer también la semilla de la cizaña, plantada por el enemigo de nuestra salvación. ¿Cizaña? Esta planta considerada falso trigo por su semejanza con el trigo crece a la par en las mismas tierras. ¿Qué hacer? ¿Alarmarse? ¿Preocuparse? ¿Segar la planta que no es trigo? El Señor nos da una lección sublime, porque con una respuesta nos habla del cielo y nos invita a la confianza. ¡Dejadla! –dice-, hasta el final; no sea que levantéis también el trigo bueno. Los ángeles se ocuparán...

En nuestra vida no tenemos que tener miedo. ¿Has visto algún campo o jardín impecables, sin ningún hierbajo? Si esto sucede en la tierra, cómo no va a permitirlo Dios en nuestras almas. La cizaña nos hace reconocer con humildad nuestra miseria y nos incita a la confianza. Cada día encontraremos en nuestro campo trigo y cizaña: santidad y pecado; perfección y faltas; fruto y simple maleza; verdadero y falso trigo...

El hecho de no ser todavía perfectos ni santos no constituye en sí mismo un pecado. Pero el no tender seria y maduramente hacia la santidad, el olvidar conscientemente el porqué y el para qué de nuestra





vida, el excluir a ciencia cierta este empeño de santidad, equivale a no amar a Dios sobre todas las cosas. Es sembrar cizaña voluntariamente.

Si todos los cristianos estamos llamados a amar Dios sobre todas las cosas, cuánto más los sacerdotes, religiosos y personas consagradas. Más aún, la perfección para estos estados de vida constituye una obligación y un deber esencial. San Alfonso María de Liguorio llegó a decir en su tratado de moral que pecaría mortalmente el religioso que haya decidido firmemente no tender ya a la perfección ni preocuparse por la misma²⁹.

La perfección es la materia propia de los votos, de los consejos evangélicos, porque conducen a la transformación en Cristo.

Pero para todos, laicos y almas consagradas, nos podíamos preguntar: ¿es obligatorio aspirar y realizar siempre lo más perfecto? La doctrina católica nos enseña que siempre tenemos que desear y amar el bien mejor, el más elevado. Esto en la práctica conlleva dejar de lado los «quisieras» y activar la voluntad. Una voluntad buena, cuando llega la ocasión, se traduce en obras. Es verdad que no podemos llevar a cabo todos los bienes que quisiéramos. Somos humanos, limitados en el tiempo y el espacio. Además, estos bienes se presentan como mera posibilidad, incierta todavía y futurible. Entonces no estamos obligados.

Pero si se nos presentara un bien posible de realizar, aquí y ahora, a esta persona determinada, en esta circunstancia en que me hallo, en conciencia debería realizarlo. De lo contrario, resistiríamos a la gracia y esto conlleva al menos imperfección y, a veces, induce al pecado venial.

No hay que confundir lo que es menos bueno en sí con lo que es malo en sí. El bien menor no es un mal, como tampoco el mal menor es un bien. Lo que normalmente llamamos imperfección no es un mal en sí mismo; es más bien un bien imperfecto. Sería la no adquisición de un bien, la ausencia de un bien posible. Por eso, toda vida que camine hacia la perfección tratará incluso de evitar las imperfecciones, no porque sean males, sino porque la imperfección suele ir acompañada de otros vicios o faltas veniales que entorpecen nuestra transformación en Cristo.

Podríamos concluir este apartado señalando que sólo en el ámbito de la generosidad y del amor es donde se entiende y se practica la perfección cristiana. El amor siempre busca, desea, pide y quiere lo mejor. Eso es crecer y madurar en la perfección.

Santidad y libertad interior

Cerramos este capítulo con una consideración sobre la santidad y la libertad interior. La filosofía y la vida práctica nos enseñan que la libertad no consiste en una autonomía absoluta.

Muchas veces se entiende la libertad interior como la autonomía en la vida espiritual o se confunde con un sentimiento de paz que embarga el alma. Hay quienes piensan que es la ausencia de dificultades, pero no... Precisamente, para el P. Jacques Philippe, la libertad interior es la fuerza de la fe, de la esperanza y del amor. Equivaldría al ejercicio de las virtudes teologales: «La verdadera libertad, esa libertad soberana del creyente, consiste en que éste, en cualquier circunstancia y gracias

²⁹«Peccat mortaliter religiosus qui firmiter statuit non tendere ad perfectionem, vel nullo modo de ea curare» (SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Theologia Moralis*, I, 4, n. 16).

³⁰JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior...* p. 26.



a la asistencia del Espíritu Santo, que ayuda nuestra debilidad, cuenta con la posibilidad de creer, de esperar y de amar. Nadie se lo podrá impedir jamás»³⁰.

La misma libertad que probó san Pablo. Ante tribulaciones, angustias, persecuciones, hambre, peligros, espada... Nada le podía separar de su amor, de su fe, de su confianza en Cristo Jesús. Por eso, incluso encadenado, se sentía libre. La libertad de los hijos de Dios que implica un crecimiento en la fe, en la esperanza y en el amor.

En la vida, de frente a situaciones inesperadas, contradictorias o adversas, solemos reaccionar con rebelión, resignación o aceptación. Son las tres actitudes que todos hemos experimentado. Nos rebelamos cuando el sinsentido toca a nuestra puerta. Pero esta actitud no resuelve nada. Añade un nuevo sufrimiento a la carga. La resignación, en cambio, es más pasiva. Ata y amordaza. Nos resignamos ante la dificultad o imposibilidad de cambiar o mejorar. En circunstancias difíciles la única actitud del cristiano es la aceptación.

Además de una libertad considerada como la elección deliberada entre diferentes opciones, encontramos que también libertad es aceptar lo que no hemos elegido³¹. Aceptación que requiere dominio de sí para querer algo o alguien que no hemos elegido, que nos viene impuesto por las circunstancias exteriores. Entonces sí somos real y verdaderamente libres, porque no nos sometemos a las emociones. Dice el mismo J. Philippe: «el acto más elevado y fecundo de libertad humana reside antes en la aceptación que en el dominio. El hombre manifiesta la grandeza de su libertad cuando transforma la realidad, pero más aún cuando acoge confiadamente la realidad que le viene día tras día»³².

No hemos elegido muchas realidades y circunstancias de nuestra vida, como a nuestros padres, el lugar y tiempo de nuestro nacimiento, el país, el color de los ojos... Al aceptar somos libres. Si todo coincidiera con nuestra voluntad, ¿cómo podríamos ser libres?

En la búsqueda de la santidad y de la perfección llegamos a momentos en que es difícil y costoso aceptarse a sí mismo. Con el tiempo nos conocemos más profundamente, para bien o para mal. Aparecen defectos, dolores, modos que antes nosotros no percibíamos. En este camino es importante saber que el «gran secreto de toda fecundidad y crecimiento espiritual es aprender a dejar hacer a Dios»³³. Sin Dios no podemos hacer nada. Es la lección del Evangelio (cf. Jn 15, 5). Sin Él, sin su gracia nuestras obras serán vacías.

Aceptarnos como somos, como Dios nos ve y nos quiere. Un error difundido en la vida espiritual es considerar que Dios nos ama sólo cuando somos buenos, virtuosos y nos comportamos bien. Cuando somos malos, buscamos en nosotros la causa de esa aparente lejanía o inconformidad de Dios. Nada más equivocado. Dios nos ama siempre, porque nos ha amado antes, incluso cuando éramos pecadores, enemigos. No son mis cualidades o mis buenas obras las que le cautivan, sino simplemente lo que soy ante sus ojos. Su mirada es compasiva. Conoce el trigo y la cizaña. Nos conoce como somos realmente y, por eso, nos ama. La conciencia de esta realidad da mucha paz. Su mirada es como una autorización, una condescendencia para ser nosotros mismos y nos otorga el derecho a equivocarnos, a fallarle. Quien no se acepte a sí mismo nunca podrá ser plenamente libre. Será presa de sus angustias, de sus



³¹JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior...* p. 30.

³²JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior...* p. 30.

³³JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior...* p. 34.



obligaciones, de su psicología.

Una de las grandezas del ser humano estriba en su capacidad de dar un sentido profundo a todo, incluso a lo que carece de él. Incluso cuando no aparecen vías de salida, soluciones. Siempre podemos amar, incluso cuando nos odian. Siempre podemos perdonar, incluso cuando nos atacan. Sólo cuando dejamos entrar el mal en nuestra vida, entonces somos esclavos.

Por eso, el tiempo de la libertad interior, como el tiempo para vivir la santidad, es el presente. El pasado ya se fue y no nos pertenece. El futuro es incierto. El momento de la libertad es el presente. Y precisamente ahí podemos encontrar la presencia y el amor de Dios que vive en un eterno presente. Ahí se nos ofrece la posibilidad de la comunión con Él. «Para que la vida se nos haga soportable, es fundamental ejercitarse en no cargar más que con las dificultades de hoy, entregando el pasado a la Misericordia divina, y el futuro a la Providencia»³⁴. Quien se atrinchera en el pasado prueba decepciones. Quien se aventura hacia el futuro se llena de fantasmas, vanos temores y miedos. La realidad es el presente, tiempo de Dios, tiempo de la libertad, tiempo de la santidad.

³⁴JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior...* p. 34.



Fieles discípulas de Cristo y su maternidad espiritual



P. Luis Alfonso Orozco, LC
Doctor en Teología
Licenciado en Filosofía

Leemos en el Evangelio de San Juan 19, 25-27:

Junto a la cruz de Jesús estaban: su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Al ver a su madre y junto a ella al discípulo que tanto quería, Jesús dijo a su madre: "Mujer, ahí está tu hijo". Luego dijo al discípulo: "Ahí está tu madre". Y desde entonces, el discípulo se la llevó a vivir con él. (Jn 19, 25-27)

Podemos meditar en el amor de Dios desde múltiples ángulos, porque es como un diamante de mil caras y cada una refleja una luz propia, riquísima. Veamos aquí el amor hecho fidelidad en la cruz y en la obediencia al mandato de Cristo.

- Acompañan a Nuestro Señor junto a su cruz cuatro mujeres y un discípulo, Juan: son cuatro a uno.
- No es de extrañar. Ante el dolor, en la hora de la prueba dura y de la verdad, las mujeres suelen ser más fuertes que los hombres. No es, pues, el llamado "sexo débil", ni mucho menos.
- Su corazón de madre, de esposa, de hermana las mantiene de pie junto a la cruz del dolor,

como María Santísima (*Stabat iuxta crucem*), y son fieles porque aman.

- Los hombres suelen fallar más, resultan ser más calculadores; las mujeres, en cambio, ven más con el corazón. El hecho es que eran 12 discípulos apóstoles y al final, a la hora suprema del Calvario, sólo se encuentra uno, Juan: el que salva la honra del equipo.
- Las mujeres son generosas, aguantan el dolor y la cruz que les toca: son madres de familia, esposas sufridas y fieles; son religiosas orantes y abnegadas en el claustro o a la cabecera de los enfermos en los hospitales.
- Almas generosas que asumen con amor el mandato de Nuestro Señor de cuidar de sus sacerdotes y de su santificación. María, la madre, representa a todas las madres del mundo, mientras que Juan a todos los sacerdotes.
- Con estas características espirituales, todas las mujeres que lo deseen pueden desarrollar una faceta de gran ayuda para el bien de toda la Iglesia: su maternidad espiritual en beneficio de los sacerdotes, de los seminaristas. En la promoción de las vocaciones consagradas.



La maternidad espiritual se desprende del mando de Cristo

Porque hablamos de la maternidad espiritual en favor de las vocaciones sacerdotales voy a proponer a continuación cuatro ejemplos notables de este carisma en la historia de la Iglesia. Dos de ellas ya fueron elevadas a los altares, mientras que las otras dos -la inglesa y la mexicana- son aún menos conocidas, pero no menos admirables. Dos madres de familia, una religiosa y una mujer soltera, ejemplos a imitar por las mujeres que quieran ejercer el don de la maternidad espiritual.

Ejemplos de madres de familia:

1. La inglesa Eliza Vaughan: fue madre de 14 hijos de los cuales 6 fueron sacerdotes y 4 religiosas. Ella pertenecía a la rica familia Rolls. Convertida muy joven al catolicismo, después de su internado en Francia, regresó a Inglaterra y llevó heroicamente su matrimonio y familia contra un ambiente adverso a su conversión católica. Murió en 1853 con fama de santidad. ¿Cuál era su secreto?: Todos los días oraba durante una hora ante el Santísimo Sacramento. Dios la premió con 10 hijos consagrados: 6 sacerdotes, uno de ellos -Herbert- llegó a ser cardenal y arzobispo de Westminster. Y

cuatro de sus hijas entraron en distintas Congregaciones religiosas. Además, más tarde 6 de sus nietos también fueron sacerdotes. Quizá el caso de Eliza Vaughan sea un ejemplo de excepción en toda la Iglesia católica, el de una misma madre de seis sacerdotes.

2. La beata Conchita Cabrera, mujer carismática, de profunda vida interior. Natural de San Luis Potosí. Fue esposa, madre de familia -uno de sus hijos fue sacerdote jesuita y tuvo que recibir la ordenación en Europa, dado el ambiente de persecución religiosa de inicios del siglo veinte, en México -. Y al quedar viuda, ella se hace religiosa. Cofundadora de las Obras de la Cruz. Falleció en México en 1937.

Entre las religiosas, hay una santa francesa universal:

3. Sta. Teresita de Lisieux, patrona de las misiones, sin salir de su convento de clausura. Muerta muy joven, a los 24 años de edad, sobresalió por el valor enorme que dedicó en su vida a la oración y la aceptación de la cruz personal. Su ofrecimiento constante era por los sacerdotes y los misioneros de toda la Iglesia.

Una mujer hermana de un mártir santo:

4. María Quica Romo: se trata de la alteña, heroica hermana de Sto. Toribio, sacerdote mártir (+1928), y también del padre Román Romo (quien fue párroco en el templo de Sta. Teresita en Guadalajara). Ella entregó su vida entera al servicio de sus hermanos sacerdotes. Después de la persecución religiosa en México, dedicó los años finales de su vida como madrina y protectora de seminaristas pobres en Jalisco, falleciendo en + 1957¹.



Sus restos reposan en el santuario de su hermano mártir, en Santa Ana de Guadalupe, Jalisco.

Enseñaba el Papa san Pío X: "Cada vocación sacerdotal viene del corazón de Dios, pero pasa por el corazón de una madre". Lo cual es así respecto a la evidente maternidad biológica, pero también no se puede prescindir de una *maternidad espiritual* para nuestra vida sacerdotal: nos confiamos a la oración de toda la Santa madre Iglesia, a la maternidad del pueblo fiel, del que somos pastores, y al cual se confía también nuestra custodia y santidad sacerdotal; no dejemos de pedir esta ayuda fundamental.

Santa Teresa del Niño Jesús era consciente de la necesidad imperiosa de oraciones por los sacerdotes, en especial por los tibios; en una carta dirigida a su hermana Celina, dice: "Vivamos por las almas, somos apóstoles, sobre todo salvemos las almas de los sacerdotes (...) Recemos, suframos por ellos y, en el día final, Jesús nos lo compensará" (carta 94).

- La mitad de la humanidad no seríamos nada sin las mujeres. Les estamos profundamente agradecidos, les debemos tanto y no siempre las honramos como merecen. Jesús Nuestro Señor sí lo sabe bien y las tiene en un puesto especial en su Corazón. (cf. *Libro del P. Juan Solana LC sobre Magdala, habla de una columna colocada allí para la mujer en la iglesia: p. 263-265*).
- Cada sacerdote sabe que debe su vocación al amor de Cristo, pero también a la fe de su propia madre, quien le cuidó, educó en la fe y es un referente en su vida.
- Tristemente, alguien que sí sabe bien la importancia de la mujer en la Iglesia y en el mundo es el demonio; por eso las ataca con tanta maldad y astucia.

- La Iglesia, sin las mujeres, tampoco iría a ninguna parte; enfermaría y se paralizaría. Dijo una vez un Cardenal Italiano ante una pregunta que le formularon: "¿Qué sería la Iglesia sin las Religiosas?: Sería como una madre sin brazos y sin corazón" (cf. Benedicto XVI en *Luz del mundo*, 158).
- Las Mujeres cristianas tienen en María Santísima el mejor modelo en quien reflejarse, como madre y esposa especialmente. Ella es la mujer íntegra, la mujer nueva.

La maternidad espiritual de María de Nazaret y San Juan apóstol

- De las 4 mujeres junto a la cruz de Jesús, Jesús le confía su madre al discípulo y viceversa.
- Juan es también uno de los primeros sacerdotes de la Iglesia. Jesús le confía a su propia madre para que lo santifique con su protección y ejemplo.
- Ustedes, mujeres, ejercen también una maternidad espiritual hacia los sacerdotes y las vocaciones sacerdotales; con sus oraciones, valiosísimas, con su piedad y fervor, con su ayuda generosa al sostenerlos.
- Son madres y abuelas: si Dios se fijara en uno de





sus hijos o nietos para llamarlo al sacerdocio, ¡no duden ni un instante en apoyarlo! Un sacerdote en la familia es un honor de Dios y es fuente de incesantes bendiciones para muchas almas. (Cf. El caso admirable de Eliza Vaughan, la madre inglesa de 6 sacerdotes, fallecida en 1853, en olor de santidad).

- ¡Cuánto hacen las mujeres en la Iglesia por las vocaciones sacerdotales! Como las santas mujeres del Evangelio que seguían a Nuestro Señor y le servían. De ellas cuatro las más conocidas son María Santísima y María Magdalena. Discípulas fieles porque aman. Allí hay muchas santas (El Centro de Magdala, junto al lago de Galilea, ¡qué gran iniciativa eclesial!).
- El demonio lo sabe muy bien, y por eso ataca tan fuerte a la mujer en nuestro tiempo: aborto, divorcio, feminismo radical, irreligiosidad, mundanidad... Hoy se casan muy tarde, no quieren tener hijos, prefieren perros y mascotas...
- Si satanás hace caer a una mujer -joven o mayor-, cae con ella una familia y después la misma sociedad. Esta batalla espiritual es antigua como la misma humanidad: *Pondré enemistad entre ti y la mujer* (Génesis 2)
- Pero el amor de Dios nos apremia, nos saca

de nuestra comodidad y de nuestros miedos; un amor que vence al mundo y al mal. Amor hecho niño en Belén, Emanuel.

- Su amor nos ha llamado en la Iglesia y a los diversos carismas ser santos y evangelizar. Es por eso que el amor de Dios nos apremia; nuestro camino es la santidad.
- Toda mujer cristiana que desee ejercer el don de la maternidad espiritual, no importa su edad, debe pedírselo a Dios con fe y humildad; asimismo, ha de prepararse para esta misión de absoluta necesidad en la Iglesia.